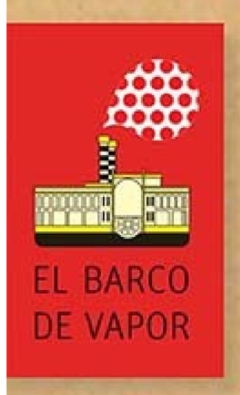
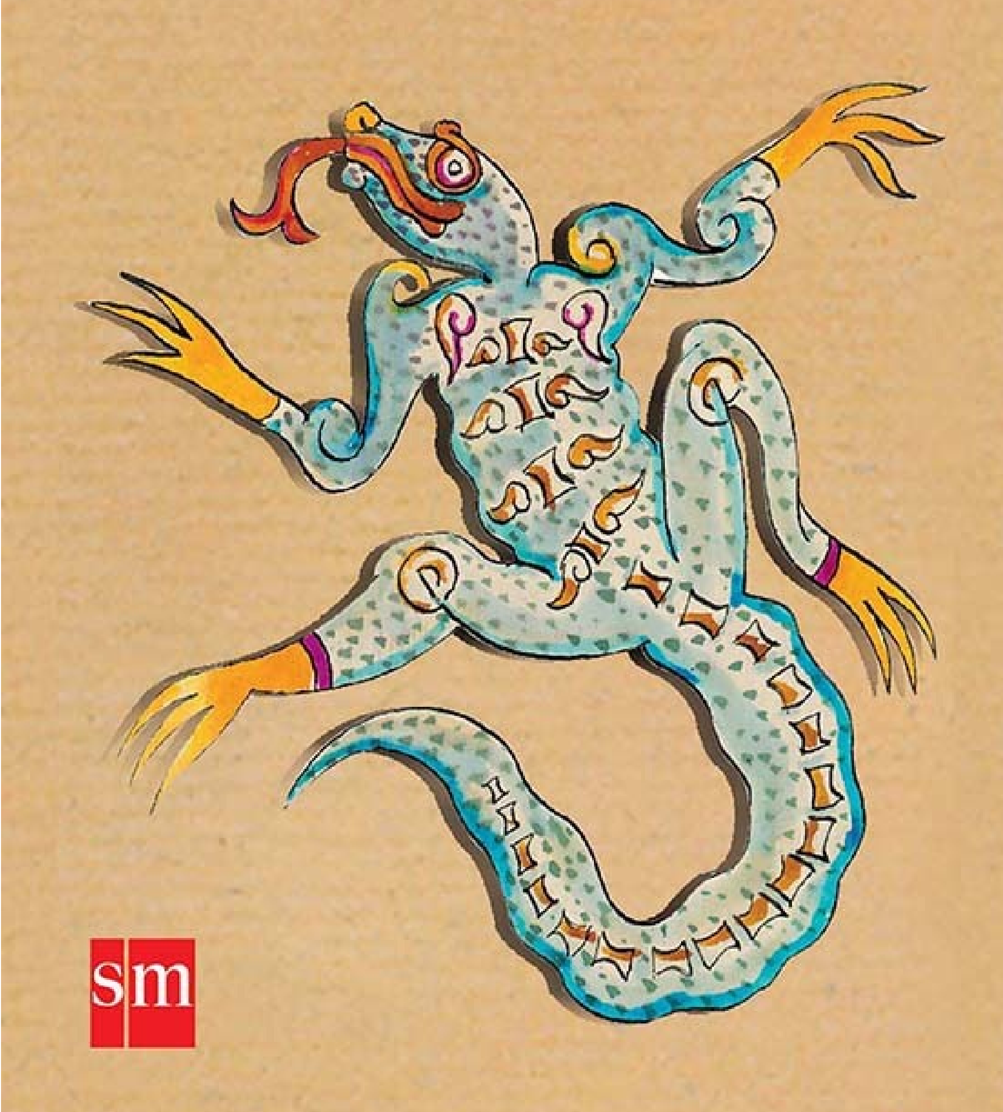


Huesos de lagartija

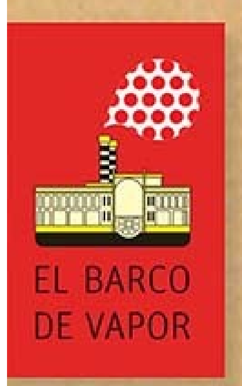
Federico Navarrete

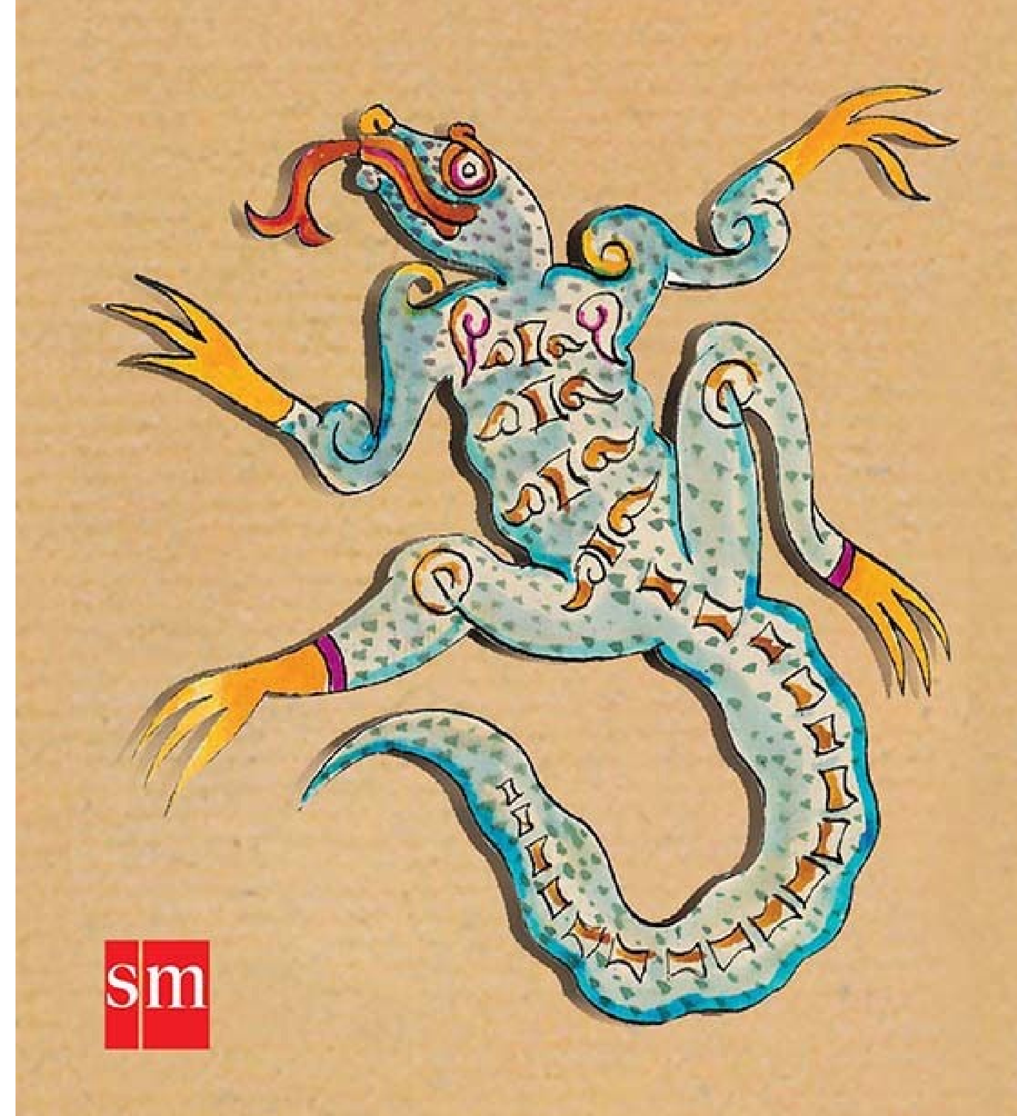


sm

Huesos de lagartija

Federico Navarrete





sm

Huesos de lagartija

Federico Navarrete

ediciones sm

A Emma, Roberto y Gabriel, mis abuelos, que me enseñaron el placer de educar a los viejos

Introducción

HUESOS de lagartija es una historia de ficción basada en hechos reales. Los personajes principales, Cuetzpalómitl, el narrador, su hermano Cuahuitlícac, su padre y su madre, el gran sacerdote, el viejo español, son inventados, pero su historia es la historia del pueblo mexica que vivió la conquista y la destrucción de su ciudad por los españoles entre 1519 y 1521. Esta historia la conocemos por varios libros de la época, escritos por españoles y por indígenas. El más importante es el "Libro XII. De cómo los españoles conquistaron la ciudad de México", contenido en la Historia general de las cosas de la Nueva España de fray Bernardino de Sahagún, en el que los mexicas presentan su propia versión de estos sucesos. Huesos de lagartija se apega en lo fundamental a esta narración para describir los grandes acontecimientos de la conquista, desde los presagios que la anunciaron hasta la guerra y el sitio de México.

A través de las palabras y los ojos de Cuetzpalómitl y de los personajes imaginarios, la novela procura ofrecer una reconstrucción lo más apegada posible del mundo y las ideas de los mexicas en el siglo XVI, pero una que resulte interesante y comprensible para los lectores de los siglos XX y XXI.

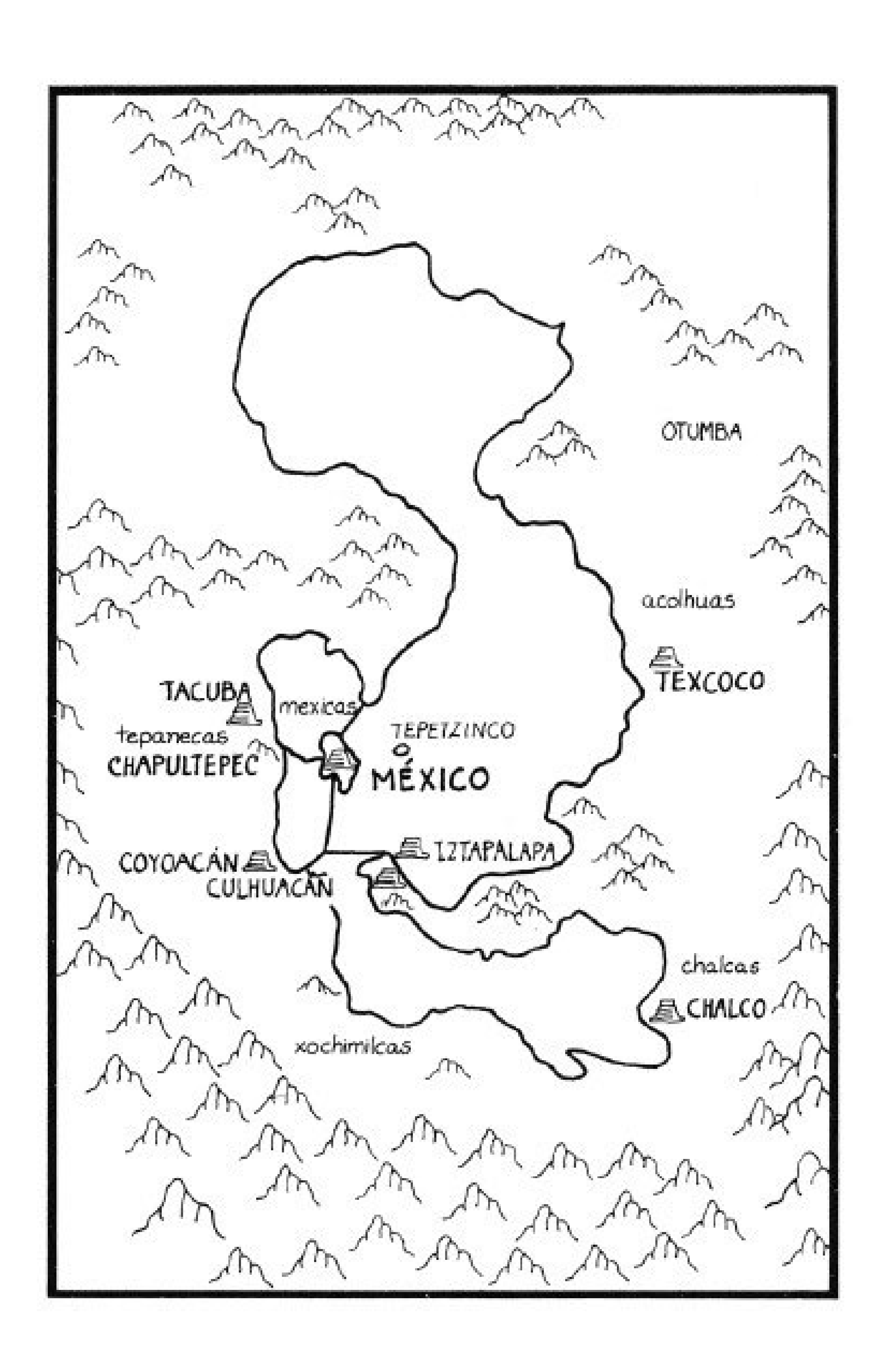
Para que los lectores puedan identificarlos fácilmente, los lugares del valle de México son llamados por sus nombres actuales: así, Tlacopan se llama Tacuba, Coyohuacan se llama Coyoacán, Atlacuihuayan, Tacubaya, etc. En el libro se llama mexica al pueblo que vivía en la ciudad de México y que se decía originario de Aztlan, que también es conocido como azteca. Su ciudad se llama México, pues llamarla solamente Tenochtitlan sería injusto para Tlatelolco, la otra mitad.

Con el fin de facilitar la lectura, se han empleado pocas palabras en náhuatl y otras han sido traducidas a nuestro idioma. Se incluye un glosario al final del libro que explica el significado de las palabras que puedan crear alguna dificultad y que a lo largo del texto aparecen en cursivas.



Calzada de Tepeyac
Calzada de Tacuba
Mercado
TLATELOLCO
Gran Templo
Palacio de Axayácatl
Barrio de
Yopico
TENOCHTITLAN
Calzada de Iztapalapa

Ciudad de México


OTUMBA
acolhuas
TEXCOCO
TACUBA
mexicas
tepanecas
CHAPULTEPEC
TEPETZINCO
MÉXICO
COYOACÁN
CULHUACÁN
IZTAPALAPA
chalcas
CHALCO
xochimilcas

Valle de México

I. En el que cuento por qué decidí escribir esta historia

QUERIDOS hijos y nietos míos, esta es la historia de la conquista de México, nuestra ciudad, y de la derrota de los mexicas, nuestro pueblo. Antes de ella nosotros los mexicas gobernábamos sobre toda la tierra, mandábamos sobre todas las naciones. Pero entonces llegó por el mar, del rumbo de oriente, gente que nadie había visto, de la que nadie había oído hablar. Eran hombres diferentes, extraños, ruidosos, que usaban armas muy poderosas, como rayos, y que venían montados en animales desconocidos, grandes como venados y temibles como fieras. Esos españoles guerreros nos llenaron de miedo, nos asustaron al punto que no supimos qué hacer con ellos, no supimos cómo enfrentarnos a su fuerza. Más tarde, cuando les hicimos la guerra, los extraños nos derrotaron y nos destruyeron, a nosotros los mexicas, los guerreros más fuertes, los más temidos. Arrasaron nuestra ciudad y nuestras casas. Se apoderaron de nuestras riquezas y tomaron a nuestras mujeres. Derribaron a nuestros dioses y quemaron nuestros templos. Así cayó nuestra ciudad, la afamada México, y así cayeron sus grandes mitades, Tenochtitlan y Tlatelolco.

Todo eso lo vi yo, Francisco Cuetzpalómitl, el viejo, su abuelo. Yo lo sufrí y lo lloré, yo viví hambres y miedos, yo combatí y fui herido, yo maté a varios de los enemigos. Y ahora han pasado tantos años que soy el único que lo recuerda. Quienes lo vivieron conmigo, quienes vieron esos tiempos, mis padres, mis hermanos y mis amigos, han muerto todos. Su carne ha regresado a la tierra y sus ánimas han ido al cielo, junto a Dios Nuestro Señor. Pues todo eso sucedió en verdad hace ya mucho, en los años del Señor 1519, 1520 y 1521, que en nuestro antiguo calendario eran los años 1-caña, 2-pedernal y 3-casa. Fue antes de que ustedes nacieran, nietos míos, antes de que construyéramos la casa en que ahora vivimos, la casa de nuestra familia.

Al presente, que es el año 1573, ustedes me preguntan si en verdad conocí esos tiempos, si en verdad existió una época en que no había españoles en esta tierra y en que nosotros los mexicas éramos los guerreros más valientes y todos los pueblos nos temían y nos obedecían. Si en verdad recibíamos todas las riquezas

y tributos desde las regiones más lejanas, desde las costas y las montañas y los bosques. Y me preguntan también si había fiestas como ahora. Si los niños eran diferentes a ustedes. Si también comíamos maíz, frijoles, chile, calabazas y jitomates.

Es mucho lo que ustedes no vieron, hijos míos, muchas las cosas que no conocen. Por eso ahora escribo esta historia, la narración verdadera de la conquista de nuestra ciudad y de lo que sucedió con nosotros los mexicas y de lo que le sucedió a nuestra familia. La historia de cómo sobrevivimos, pese a todas las desgracias, pese a todas las muertes. Así pues, me he sentado a escribir este libro. He comprado hojas y hojas de papel español y de tinta negra como capulines y he practicado cómo trazar bien las letras de los españoles para escribir rectamente todo lo que recuerdo. Y también he preguntado con los otros viejos, con la gente sabia, para que me cuenten lo que ellos conocen y lo que ellos vieron.

Decidí escribir esta historia hace unos días, nada más pasada la Pascua Florida, cuando se casó mi nieto Francisco. Él lleva mi nombre por ser hijo de Francisco, mi hijo mayor, que murió en una de las grandes enfermedades que asolaron a nuestra ciudad. Por eso lo quiero tanto como a mis propios hijos, porque él va a heredar esta casa y va a velar por todos los de la familia. Por eso ordené que la suya fuera la boda más hermosa y grande que se pudiera recordar y convidé a todos nuestros amigos y compadres, los del barrio de Yopico del Espíritu Santo, que es el nuestro. Días antes fuimos al mercado, a Tlatelolco, a comprar la comida: gallinas de Castilla, jitomates, yerbas, chocolate, todo lo que se necesitaba para el banquete. Y doña Isabel, mi querida esposa, y todas mis hijas y las mujeres de mis hijos se dedicaron a preparar la comida. Días enteros estuvieron en la cocina, atareadas, sin dejar de conversar y reír, cocinando el mole y el pozole.

En la mañana del día de la boda me desperté muy temprano, con el olor dulce de las tortillas cocinándose en el comal. Después de levantar mi cuerpo cansado, fui a la cocina y una de mis nietas, Ana, me sirvió una tortilla con frijoles y chile.

—Coma usted, abuelo. Está muy flaco —me dijo.

Todas las mujeres callaron mientras yo comía, en señal de respeto. Hacía calor junto a la lumbre aunque el sol apenas se asomaba sobre la barda del patio. Entonces llegó mi compadre el pulquero con su mula cargada de dos inmensos

odres de pulque y aguamiel para que todos tuvieran qué beber.

Después fui a tomar mi baño de vapor y me restregué con ceniza y yerbas, pues quería estar más limpio que nunca. Me puse mi camisa blanca de brocado. Es mi camisa más fina y sólo la uso para ocasiones importantes, como las reuniones de los viejos en el patio del templo del Espíritu Santo. En esas reuniones discutimos y decidimos las cosas de nuestro barrio: dónde vamos a tomar agua, cómo vamos a repartir las tierras, cómo vamos a pagar el tributo al virrey y a sus ayudantes. En esas reuniones se escucha mi voz pues todo el mundo reconoce mi experiencia de anciano, de hombre que ha vivido mucho y llevado a cabo muchas obras, y todo mundo me respeta. Por eso me vestí así, para que todos supieran que soy un anciano respetable, un hombre de palabras fuertes, un guía de la gente, alguien que conoce las cosas y las enseña a los demás.

Cuando terminé de ponerme elegante ya se sentía el calor del sol, por lo que me senté en el centro del patio, a la sombra del gran ahuehuete cerca de donde toman el sol las lagartijas. Vigilé desde ahí cómo colocaban las flores blancas sobre las puertas y las ventanas y alrededor de las columnas, para que todo el patio estuviera adornado y aromático. Todos los que pasaban frente al árbol se detenían a saludarme. Los niños salieron a jugar, después de haberse bañado, y sus gritos llenaron el aire de la mañana, que se hacía cada vez más caluroso. Más tarde, cuando arreció el sol, se sentaron a mi alrededor, bajo la sombra del árbol.

—Cuéntenos algo, abuelo —me pidió Domingo, el más inquieto de todos mis nietos, y los demás voltearon a verme con los ojos bien abiertos para imaginar mejor lo que les iba a contar.

Les hablé de cuando yo era niño, antes de que vinieran los españoles. Entonces me llamaba Cuetzpalómitl, huesos de lagartija. Les conté que un día caluroso, igual a ése, se había casado mi hermano mayor, que se llamaba Cuahuitlícac, árbol erguido.

Ese día igualmente me desperté muy temprano y corrí a la cocina. El olor de las tortillas recién hechas llenaba toda la casa y mi madre me esperaba con un taco de frijoles. El sabor del maíz era igual entonces. Siempre ha sido nuestra carne, nuestro principal alimento y mientras lo comamos, seguiremos siendo los mismos. Pero esa vez las mujeres no dejaron de hablar, siguieron conversando mientras yo comía, porque no era más que un niño. Todas comentaban lo orgullosas que estaban de mi hermano Cuahuitlícac. Mi madre me sonrió:

—Todos estamos muy contentos por tu hermano Cuahuitlícac, pequeño Cuetzpalómitl, hijo mío. Estamos orgullosos de que sea un gran guerrero. Ya ha demostrado que es valiente. Ha tomado dos prisioneros en la guerra. Por eso ya puede pintarse el rostro de amarillo y rojo y ya puede vestir las mantas de colores y el máxtlatl rojo que le ha regalado el emperador Moctezuma. Gracias a ello todos los que lo ven por la calle saben que es un valiente y por ello ahora se va a casar con una buena muchacha. La que será su esposa es una mujer recta, discreta y obediente. Y tu padre le va a regalar mantas de algodón azul y rojo y también algunos chalchihuites y plumas de quetzal.

”Y tú, hijito querido, tú debes ser como él. Ya eres un joven fuerte. Pronto irás a la guerra y capturarás un enemigo. Todos esperamos que seas tan valiente como tu hermano. Si no, todos lo sabrán y se burlarán de ti. Y entonces, ninguna mujer te querrá como esposo y nunca te podrás casar.”

Mi madre me hablaba en tono serio, para que supiera que me decía cosas importantes. Ella quería que fuera tan valiente como mi hermano y yo también sentía deseo de ir a la guerra para hacer prisioneros y vestirme como él y llevar la cara pintada de amarillo y rojo. Pero eso no se lo podía decir, porque un joven no debe hablar cuando un mayor se dirige a él, menos cuando usa un tono tan serio.

Cuando terminó de hablar, mi madre me acarició la cabeza y me sonrió.

—Pero ahora diviértete, hijito. Va a haber música y baile. Va a haber mucha comida. Van a venir nuestros amigos de todo el barrio de Yopico.

Más tarde, cuando arreció el sol, fui a tomar la sombra con los viejos, al pie de un gran ahuehuete. Conversaban en voz baja, como siempre. Me encantaba estar junto a ellos para sentir su fuerza, su sabiduría y para escuchar sus palabras, aunque muchas veces no alcanzaba a entenderlas bien.

En esos tiempos, hijos míos, había muchos más ancianos que ahora, pues los hombres vivían más y enfermaban menos. Todos llegaban a los cincuenta y dos años, que es la edad de los ancianos. Era porque comían mejor y porque seguían las reglas para vivir rectamente; trabajaban mucho e iban a la guerra, se mantenían apartados de la suciedad y el pecado, hacían penitencia y se sacaban sangre para alimentar a sus dioses. Así prosperaban, así eran felices y veían crecer a sus hijos y nietos y les daban sabios consejos para que siguieran el buen

camino.

No era como ahora, que somos pocos los que llegamos a viejos. Duramos menos porque sufrimos viendo morir a nuestros familiares con las nuevas enfermedades y porque tenemos que trabajar mucho para pagar el tributo a los españoles. Por tal motivo muchos se dan a la bebida y terminan sus días tirados en las calles, como animales. Y la gente ya no es virtuosa, ya no obedece ni respeta las reglas del recto vivir ni las palabras de los viejos.

Ese día también los ancianos hablaban de mi hermano Cuahuitlícac.

—Claro que es un buen guerrero ese muchacho—decía uno de ellos—. Nació en un día pedernal, cuando hablaba la estrella de Huitzilopochtli. Ese es el signo de los grandes combatientes.

—Sí, pero también de los que mueren jóvenes en la guerra —respondió otro.

—Morir en la guerra es un gran honor —continuó el primero—. Si es capturado y sacrificado por nuestros enemigos, irá a acompañar al sol en su camino. Estará con él cuatro años y luego regresará a la tierra en forma de colibrí.

Estuve a punto de interrumpir al anciano. Yo no quería que mi hermano muriera. Apenas iba a casarse, todavía le faltaba tener hijos y verlos crecer. Pero sentí más curiosidad por conocer mi destino.

—Abuelo, disculpe —dije tímidamente—. ¿Qué va a ser de mí? ¿En qué signo nací? Yo quiero ser guerrero como mi hermano.

Los viejos rieron, como si hubiera dicho algo muy gracioso.

—Tú eres diferente, Cuetzpalómitl —me respondió el anciano—. Tú no naciste en un signo de guerra. Naciste el día de la lagartija, por eso te llamas así, huesos de lagartija, y por eso eres como eres, flaco pero duro y nervudo. Tú vas a sobrevivir, vas a llegar a viejo. No importará lo que te pase: vas a caer y a levantarte como una lagartija que cae de lo alto de un muro y sale corriendo por el piso como si no le hubiera pasado nada. Y vas a prosperar también. No pasarás hambre porque las lagartijas siempre encuentran alimento.

Las palabras del anciano me dejaron contento y triste a la vez, hijos míos. Sentí gusto de saber que viviría mucho tiempo y que llegaría a ser como él y los otros

ancianos, y que quizá sería tan sabio como ellos. Pero sentí dolor al pensar que no sería un gran guerrero como mi hermano Cuahuitlícac, pues quería que todos me admiraran y me quisieran como lo querían a él. ¿Quién decía que los lagartija no podíamos ser combatientes? Yo les demostraría que no era ningún cobarde.

Pero entonces los ancianos cambiaron de tema y empezaron a hablar con voces graves y preocupadas de algunos sucesos extraños, de algunos agüeros que habían ocurrido no hacía mucho, cosas inusitadas y temibles.

—Todo eso anuncia grandes calamidades —dijo uno y todos asintieron en silencio—. El otro día se incendió el templo de nuestro dios Huitzilopochtli. Ardió solo, sin que le cayera un rayo. Se prendió desde adentro y se consumió todo, nada quedó de él. De nada sirvió el agua que llevaron para apagarlo. ¿Querrá decir que nuestro dios está enojado con nosotros? ¿Que nos quiere abandonar?

Sentí miedo, hijos míos. Huitzilopochtli siempre había sido nuestro dios, nuestro protector. Él fue quien guió a los mexicas desde Aztlan hasta México. Él consoló y ayudó a nuestros abuelos todos los años que anduvieron caminando por el desierto, sin poder detenerse a descansar. Gracias a él encontramos nuestra verdadera casa, en Tenochtitlan y en Tlatelolco, en el centro del gran lago del Anáhuac. Él fue quien nos dio fuerzas para vencer a nuestros enemigos en la guerra. Por él nos hicimos el pueblo más poderoso y temido. Si nos abandonaba, todo estaría perdido. Si Huitzilopochtli se enojaba con nosotros, entonces sería el fin de los mexicas.

—Han sucedido muchas cosas extrañas —continuó otro anciano—. ¿Qué me dicen de los cometas que han cruzado el cielo? ¿Y de la vez que hirvió el agua del lago? Son cosas que nunca habían sucedido. Algo quieren decir.

—Anoche escuché a una mujer que daba gritos por la calle. Llamaba a sus hijos y no dejaba de llorar. Decía que venía por ellos porque ya era tiempo de que se fueran de aquí, de México.

—Yo también la escuché y decía las mismas cosas terribles.

Los ancianos bajaron la cabeza y guardaron silencio por unos instantes. Después uno de ellos, el más sabio, el dueño de las palabras más luminosas, habló en voz muy baja y todos lo escucharon sin levantar la vista:

—Todos estos sucesos son signos de algo. Son cosas nuevas y nunca vistas. Eso quiere decir que pasará algo que nunca antes ha sucedido. Los viejos me contaron los portentos que han acompañado a los mexicas desde que vivimos en la tierra. Cada vez que algo importante va a suceder, nuestro dios nos avisa por medio de esos sucesos temibles y extraordinarios. Por ello, tenemos que estar atentos para conocer nuestro destino.

—Hace poco escuché una historia que viene de la tierra caliente. Cuentan que un pescador estaba en medio de un río cuando lo atacó un gran caimán. Nada pudo hacer para defenderse y el animal se lo llevó entre los dientes. Pero no lo mató, simplemente lo llevó a una casa que estaba en el fondo del río. Ahí lo soltó y le contó que él era el dios-caimán y que tenía un mensaje para su rey. Le encargó que le dijera que ya habían nacido los hombres que habrían de destronarlo. Que esos hombres destruirían su reino y se apoderarían de su tierra para siempre.

Nadie habló más. Tal vez todos estaban tan atemorizados como yo. ¿Qué cosas nuevas y extraordinarias nos esperaban? Entonces recordé que los viejos habían dicho que mi hermano moriría joven y me preocupé mucho.

Pero el día era alegre. Era un día bueno para bodas, un día del mono. Así lo había elegido el sacerdote que conocía los destinos, pues era un buen día para los juegos y las bromas, para escuchar música y bailar. Ya todo estaba listo para la fiesta. Mi padre regresó del mercado con los granos de cacao para el chocolate que todos beberíamos en la noche.

—¿Ya te bañaste, hijo mío?

Corrí con él y fuimos juntos al temazcal, que ya estaba preparado con las piedras candentes. Juntos nos metimos al vapor y juntos nos restregamos con hierbas aromáticas. Mi padre estaba feliz y me dijo alegremente:

—Hoy es un día muy importante. Estoy muy orgulloso de Cuahuitlícac. Yo nunca fui un gran guerrero como tu hermano, pues ese no era mi destino. Por eso siempre quise que mis hijos fueran buenos capitanes. Ahora él ya ha capturado dos enemigos y pronto será tu turno, Cuetzpalómitl. No me decepciones.

—Pero, papá, yo soy del signo de la lagartija... —traté de explicarle.

—Sé que tú eres tan valiente como tu hermano —me interrumpió y no me escuchó más.

Entonces salimos del temazcal y nos vestimos.

Así pasó el día. En la tarde, al oscurecer, recibimos a la novia de mi hermano, que venía con su familia. Formaban un cortejo muy vistoso y todos nuestros vecinos se asomaron a sus puertas para admirarlo. Al frente venían sus padres, vestidos con mantas finas y plumas azules y rojas. El padre había sido un gran capitán y era ahora un calpixque del palacio del emperador Moctezuma. Detrás venían las ancianas venerables de nuestro barrio de Yopico, las abuelas queridas y admiradas por todos. La novia venía al final, con la cara pintada de amarillo brillante y los brazos cubiertos de plumas rojas. Su cabello largo brillaba con los aceites y perfumes que le habían untado. Se veía muy hermosa. Todos le gritaban que era una afortunada.

El cortejo entró al patio de la casa y los novios se juntaron y se acercaron al hogar. Ahí les ataron las mantas que llevaban puestas y les dieron a comer un solo tamal para los dos. Así fue como se convirtieron en esposos. Eso no lo vi yo, pues no alcancé a entrar a la cocina. Me quedé en el patio, entre los invitados, admirando los tambores y los caracoles de los músicos. Después, mi hermano y su esposa se retiraron a una habitación y se encerraron. Tenían que hacer cuatro días de penitencia y sólo podrían salir al quinto.

Pero no pensé más en ellos. Empezó el banquete. La gente se acercaba a los calderos y tomaba tamales y tortillas con mole con carne de guajolote, pues entonces no teníamos gallinas de Castilla. Luego se reunían a conversar. Los ancianos seguían sentados bajo el árbol a beber pulque y traían a cuento mil cosas. Se veían alegres, quizá habían olvidado su conversación. Yo tomé atole de chía endulzado con aguamiel. Después sirvieron el chocolate y empezó la danza. La música sonó durante toda la noche y no dejamos de cantar y bailar. Mi padre era el más contento y sus risas se escuchaban por todo el patio.

No dormí esa noche, hijos míos, y en la mañana muy temprano me fui de la casa, pues tenía que volver a mi calmécac, el de Yopico, donde yo vivía y hacía penitencia, como les contaré más adelante.

Mientras contaba la historia de la boda de mi hermano Cuahuitlícac, mis nietos no dejaron de verme para no perder un solo detalle. Recordaba tan bien todo lo sucedido aquel día, que a veces no sabía si era un viejo que se acordaba de cuando había sido niño o un niño que imaginaba que algún día sería viejo.

En cuanto terminé de hablar llegaron a la casa los parientes de la novia de mi nieto. Venían arreglados de la manera más elegante, aunque ya no usaban las antiguas plumas ni las viejas mantas de colores. Los recibí y me sentí muy orgulloso. La familia de la novia de mi nieto era tan conocida y tan buena como lo había sido la familia de la novia de mi hermano: el padre era un principal, encargado de recoger los tributos de todo el barrio para entregárselos a los españoles.

Ella era muy hermosa. Estaba recién bañada y perfumada y llevaba ropa de algodón muy fina, como la que usan las mujeres de los españoles. A su alrededor había muchas niñas, vestidas todas de blanco, con palmas en las manos. Los vecinos también se asomaron a verlo todo.

Pero ahora la boda no se hizo en la cocina, frente al hogar. Fuimos todos a la iglesia de nuestro barrio, la capilla del Espíritu Santo, construida en el mismo lugar en el que antes estaba el templo y el calmécac de Yopico. Ahí nos esperaba un fraile. La ceremonia fue rápida, porque había muchas otras parejas de indios que se querían casar ese día. Pero ahora yo estuve en el mero centro, muy cerca de mi nieto y de su esposa.

Después regresamos a la casa para comer tamales y mole, con carne de gallina de Castilla.

A mi nieto Francisco le regalé mis tesoros, cosas que había guardado durante años para él. Le di telas de Flandes de las más finas, con brocados y dibujos, varias monedas españolas de oro y la espada que me regaló un oidor hace ya mucho tiempo, cuando ayudé a construir la casa de la Audiencia.

Bebimos un poco de chocolate, aunque está tan caro siempre que apenas alcanzó para un trago para cada invitado. Los hombres seguimos tomando pulque. Los músicos empezaron a tocar sus vihuelas y sus trombones, los instrumentos nuevos que han traído los españoles. Todos bailaron durante varias horas mientras yo los veía desde mi lugar junto al fogón. La gente se acercaba a conversar conmigo y yo me quejaba de la música ruidosa y horrible que escuchan ahora los jóvenes. Todos reíamos.

Entonces volví a recordar la boda de mi hermano y me sentí muy triste, hijos míos, porque pensé que ya habían muerto todos los que estuvieron conmigo ese día. Mi dolor es como los rescoldos de un fogón que siguen dando calor mucho

tiempo después de que la lumbre se ha apagado. Cada vez que recuerdo el mundo de mis padres y mis abuelos, el mundo de los antiguos mexicas, antes de que llegaran los españoles, siento la misma tristeza en lo más profundo de mi corazón.

Estaba pensando en eso cuando se aproximó mi nieto Domingo, que es el hermano menor de Francisco. Se sentó junto a mí y apoyó su cabecita en mi brazo. Después de un rato volteó a verme.

—Abuelo. Esta fiesta se parece mucho a la fiesta que hicieron cuando se casó su hermano.

—Sí, hijo, sólo que ahora ya soy viejo.

—Y dígame, ¿qué más ha cambiado?

Cuando vi sus ojos curiosos supe que tenía que contarle lo que había visto, que era mi deber escribir esta historia para que todos mis nietos y luego los nietos de mis nietos supieran siempre lo que sucedió con nosotros los mexicas, y también lo que sucedió conmigo y con mi hermano Cuahuitlícac y con mi padre y con los hombres y mujeres del barrio de Yopico. Entonces resolví escribir este relato.

II. Cómo era nuestra vida antes de los españoles y cómo supimos que habían llegado a nuestra tierra

HAN de saber, hijos míos, que hace años, cuando yo tenía su edad, los jóvenes de nuestro barrio no vivíamos con nuestras familias, en nuestras casas, como hacen ustedes ahora. Vivíamos en nuestro calmécac, nuestra casa de linaje, la casa de los nobles del barrio de Yopico. Ahí dormíamos y comíamos, como si esa fuera nuestra verdadera casa, y como si los sacerdotes que nos vigilaban y educaban fueran nuestra verdadera familia.

Los sacerdotes eran llamados tlamacazque, los ofrendadores, pues su encargo era cuidar a los dioses y darles comida y regalos. Nosotros los auxiliábamos y nos llamaban tlamacaztoton, pequeños sacerdotes. El sacerdote principal del templo de Yopico era un viejo muy sabio, un gran servidor de los dioses. Él sabía hablar con nuestro dios, que era nuestro Señor Xipe. Varias veces lo había escuchado en sueños y luego nos había dicho sus órdenes. Por eso todos los del barrio de Yopico lo respetábamos mucho y hacíamos caso a sus consejos.

El deber de los jóvenes en el calmécac era barrer los templos, para que estuvieran siempre limpios. De noche íbamos a los bosques de los cerros a recoger leña, la cargábamos en nuestra espalda y la traíamos para alimentar los grandes braseros de los templos. Los braseros ardían la noche entera, todas las noches del año, e iluminaban la oscuridad.

Era dura nuestra vida en el calmécac, vida de sufrimiento y penitencia. Debíamos velar y ayunar, pasábamos noches enteras sin dormir y también días enteros sin comer. Nos enseñaban a soportar el frío, a bañarnos en agua helada, y cuando dormíamos no podíamos cubrirnos con ninguna manta, ni apretarnos unos con otros para calentarnos. Nunca descansábamos, apenas comíamos y, si por ventura nuestros familiares nos traían algo de alimento, tal vez un poco de maíz, unas semillas de amaranto, un poco de carne de conejo, debíamos compartirlo con los otros jóvenes.

Así nos endurecían, así nos preparaban para nuestros grandes deberes de nobles.

Algunos servirían a los dioses, vivirían en los templos, ayunando y haciendo penitencia para poder estar cerca de ellos. Otros más, en cambio, irían a la guerra, mandarían sobre los guerreros y les enseñarían la valentía y el arrojo. Otros, por último, gobernarían y juzgarían a los hombres, ayudarían a nuestro emperador Moctezuma a mandar sobre la tierra.

Asimismo, aprendíamos la manera correcta de hablar. Nos enseñaban las palabras que brotan de los labios y se apoderan del corazón de la gente, los discursos de los antiguos, los cantos, la historia. Estas eran palabras muy viejas, palabras que nuestros abuelos habían aprendido de sus abuelos y ellos de los suyos. Quien las conocía, penetraba el secreto del gobierno y podía hacerse obedecer por la gente común. También nos enseñaban a leer el calendario, para conocer nuestro destino y el de nuestro pueblo, y para saber cuándo deberían realizarse las fiestas de los dioses.

La gente común, los maceguales, los jóvenes del pueblo, no vivían en el calmécac, pues ellos pertenecían a los telpochcalli, las casas de los muchachos. Ellos sí podían dormir en sus casas y divertirse, no tenían que ayunar ni velar como nosotros. Pero después debían obedecernos, trabajar para nosotros, darnos nuestros alimentos, construir nuestras casas.

Pocos días después de la boda de mi hermano hicimos la gran fiesta de nuestro Señor Xipe. Cada año nuestro dios se ponía una piel nueva y por eso cada año renacía. Su fiesta se celebraba cuando empezaba el año. Poco a poco los días se hacían más largos y el frío menos intenso. Cada mañana el gran sacerdote revisaba por dónde salía el sol.

—Cuando el sol se muestre por ese cerro —nos decía, señalando hacia el oriente— entonces sabremos que ha llegado el día de la fiesta.

Pero entonces aún no llovía. El aire estaba seco y todos los montes y los campos que rodeaban nuestra ciudad estaban amarillos. Eso era porque las yerbas que los cubrían estaban marchitas y su piel estaba muerta. El agua escaseaba ya. Muy poca llegaba a nuestra ciudad por el acueducto de Chapultepec y las orillas del lago se habían secado, de modo que donde antes había agua ahora sólo quedaba lodo; en algunos canales, el agua estaba tan baja que las canoas apenas podían navegar.

—Los cerros y los campos son la piel de nuestro Señor Xipe —explicaba el gran

sacerdote, nuestro maestro—. Ahora esa piel está muerta, pero cuando llegue la lluvia, nuestro señor tendrá una nueva piel verde y así renacerá.

Nosotros sabíamos que dentro de los cerros estaba el agua de la lluvia pues todos los montes que nos rodean son cántaros inmensos, llenos de agua. Nuestro trabajo era convencer a los dueños del agua, los tlaloque, que vivían dentro de los cerros, para que la dejaran salir e hicieran las nubes. Les pedíamos que hicieran llover para que pudieran crecer el maíz y las calabazas y los frijoles, para que los hombres tuviéramos qué comer.

Mi deber, hijos míos, como pequeño sacerdote del calmécac, era visitar los cerros para hacer ofrendas a los tlaloque. Salía en las noches, en medio de la oscuridad y el frío, y tomaba el camino de Coyoacán hasta llegar a uno de los cerros del sur. Recuerdo todavía el miedo que sentía al caminar solo por entre los matorrales: acaso me toparía con una serpiente o con un brujo que me robaría el alma y me haría enfermar.

En la cumbre de cada monte había un pequeño templo, con su brasero. En cuanto llegaba a él tenía que prender la lumbre. Mientras me calentaba las manos y las pantorrillas veía cómo mis compañeros encendían los braseros sobre todos los cerros: al sur, por el rumbo de Coyoacán, al norte, por el rumbo del Tepeyac, al oeste, por Tacubaya.

Entonces me sentaba en cuclillas y abría el saquillo que me había dado un sacerdote. De él sacaba una espina de maguey y varias tiras de papel. Con la espina de maguey me pinchaba las piernas, los brazos y la lengua hasta que me sacaba sangre. Luego recogía la sangre en una de las tiras de papel y la quemaba en el brasero. Dolía mucho, hijos míos, pero yo no me permitía pensar en el dolor. Estaba alimentando a los dioses: les daba mi propia sangre, mi propia vida, para que ellos a su vez nos alimentaran con la lluvia y las plantas comestibles.

Toda la noche me quedaba en el cerro, haciendo ofrenda de mi sangre. Cuando amanecía, revisaba siempre si el sol ya aparecía por el cerro que había señalado el gran sacerdote. Después regresaba a la ciudad y en el camino me encontraba con mis compañeros de calmécac y con los jóvenes de los calmécac de los otros barrios. Todos veníamos tan cansados que no podíamos conversar.

Finalmente llegó la fiesta de nuestro Señor Xipe. Desde días antes ayunamos:

sólo podíamos comer en las mañanas o en las noches, y el resto del tiempo debíamos resistir el hambre y la sed, pues no podíamos llevarnos nada a la boca.

Como en todas nuestras fiestas de entonces, hijos míos, los sacerdotes mataban y sacaban el corazón a algunos hombres para alimentar a los dioses. Los sacrificados eran los prisioneros de las guerras, los guerreros enemigos capturados en combate.

Los sacrificios se hacían en el gran templo de Huitzilopochtli, en el centro de nuestra ciudad. Los dueños de los cautivos los llevaban por los cabellos, de la misma manera en que los habían capturado. Ese año, mi hermano Cuahuitlícac fue entre ellos, pues tenía un cautivo, un prisionero que había hecho en la guerra contra los tlaxcaltecas, nuestros peores enemigos. Con él iban otros guerreros que habían tenido la gran fortuna de hacer un cautivo. Detrás de ellos íbamos los jóvenes y los hombres del barrio.

Cuando llegamos al gran templo, en el centro de la ciudad, los cautivos treparon lentamente a lo alto de la pirámide. Ahí los esperaban los sacerdotes: los tomaban por los brazos y las piernas, los acostaban sobre el téchcatl, la piedra de sacrificio, les abrían el pecho y les sacaban el corazón. Su corazón era para el dios, y sus cuerpos para los hombres. Por eso, una vez muertos, sus cadáveres eran arrojados y rodaban por las gradas del templo hasta el piso. Abajo los esperaban otros sacerdotes que los desollaban, les quitaban la piel, porque era la fiesta de Xipe.

Cuahuitlícac y los otros dueños de cautivos tomaron las pieles de los sacrificados para dárselas a los muchachos pobres. Ellos se las ponían, como un vestido; las vestían como una nueva piel sobre la suya. Así era como hacíamos cambiar de piel a nuestro Señor Xipe. Los hombres se ponían la piel de los cautivos como él se ponía su nueva piel verde y brillante. Los dueños de los cautivos también recogieron su carne y la llevaron de regreso a sus casas para hacer un banquete. En nuestra casa se hizo un gran festín al que invitamos a toda la gente principal del barrio y a nuestros parientes. Mi madre preparó la carne del cautivo con un poco de maíz, en una olla muy grande, sin nada de sal. Mientras comíamos las piernas y los brazos del prisionero, cortados en trozos y preparados en pozole, todos comentaban que la valentía de mi hermano era admirable.

Después, para que nadie olvidara la hazaña de Cuahuitlícac, mi padre y mi hermano levantaron un gran poste de madera en el patio de la casa, y de él

colgaron los adornos de papel que había vestido el cautivo, así como los huesos de sus piernas, ya limpios. De esa manera, todos los que pasaban por la calle, o por los canales, los podían ver y admirar.

Poco después de la fiesta, las nubes empezaron a bajar de las montañas y empezó a llover. Al principio caían unas cuantas gotas, pesadas y lentas, y la tierra las devoraba en unos instantes. Pero pronto llovió más y los cerros empezaron a reverdecer, por todos lados nacieron yerbas y retoñaron flores.

Entonces recogimos las flores, las primeras del año, y las llevamos a nuestro templo, que quedó cubierto de colores. En esa nueva fiesta cantamos y bailamos, pues veíamos que la piel de la tierra empezaba a cambiar.

—Nuestro Señor Xipe ha cambiado de piel —dijo el gran sacerdote cuando terminó la fiesta—. Fue gracias a nuestras ofrendas. Si no hubiéramos dado nuestra sangre, si no le hubiéramos ofrecido los corazones de los cautivos, nada hubiera pasado. No habría lluvias, la tierra seguiría seca y no habría alimentos para nosotros. Por eso nunca debemos olvidar nuestros deberes con los dioses.

Al escuchar sus palabras me sentí muy orgulloso, hijos míos. Gracias a mi sangre, gracias a mis ayunos y a la valentía de Cuahuitlícac, ahora llovía y las plantas volvían a crecer.

Unos días después, el sacerdote nos llamó al templo del calmécac. Cuando entramos nos hizo sentarnos en el piso, frente a un brasero lleno de copal, y empezó a cantar suavemente con los ojos cerrados. Ninguno de nosotros hacía ruido para no distraerlo.

Me gustaba estar a su lado. Sentía su fuerza y su sabiduría. Él sabía cómo era el mundo, cómo había que tratar con los dioses, cómo había que leer los destinos. Y ahora con su canto llamaba a nuestro Señor Xipe, lo traía a nuestra habitación para que nos bendijera y nos protegiera. Sin advertirlo, empecé a cantar con él en voz muy baja:

Noteuh achalchiuhmama

tlacoapan a itemoya oy

quetzal aueuetl ay

quetzal xiuicoatl ay

Que quería decir:

Mi dios carga esmeraldas de agua

viene bajando por el acueducto oy

Es un ahuehuete con plumas de quetzal ay

Es una serpiente de turquesas con plumas de quetzal ay

Poco a poco fui levantando la voz, siguiendo siempre al sacerdote. El canto llenaba mi pecho y mi boca y me hacía sentir una inmensa tranquilidad.

Cuando terminamos, vi que el sacerdote había abierto los ojos y que me miraba fijamente. Yo había sido el único de sus alumnos que había cantado con él.

Así empezó la época de lluvias. Cada veinte días hacíamos una fiesta diferente para cada uno de nuestros dioses. El sacerdote nos explicaba que había que celebrarlos a todos porque a todos los necesitábamos para que nuestro mundo no desapareciera. Cada dios tenía su propia fuerza, cada uno se encargaba de una parte del mundo. Y en su tiempo, cada dios mandaba y los hombres teníamos que servirlo y obedecerlo.

Entonces nos enteramos que habían llegado los españoles a nuestra tierra. No supimos mucho al principio, sólo que unos hombres extraños habían venido por el mar, desde el oriente.

—Nuestro señor Moctezuma ya envió varios embajadores a hablar con ellos —decía mi padre—. Quiere saber quiénes son y qué es lo que quieren. En el

palacio todos estamos preocupados porque nunca había sucedido nada semejante. Nuestros antepasados jamás vieron ni oyeron de hombres que vinieran del oriente.

Y todos hacíamos las mismas preguntas. ¿Cómo es que pudieron venir por el océano? ¿Vendrían del cielo? ¿Serían dioses?

Porque entonces, hijos míos, no sabíamos que había tierras más allá del océano. Pensábamos que la única tierra en el mundo era la nuestra y que el mar que la rodeaba terminaba en una pared que se unía al cielo. Por eso lo llamábamos el agua del cielo. Por eso pensábamos que tal vez esos hombres habían venido del cielo.

Después nos enteramos de que los embajadores de Moctezuma habían regresado de la costa y que traían noticias inquietantes.

—Sus barcos son grandes como casas —nos contó mi padre cuando regresó del palacio—. Los extraños son blancos y algunos tienen el cabello amarillo. No parecen hombres como nosotros. Pero los más terribles son los otros seres que vienen con ellos. Son unos venados inmensos y fuertes, con cabeza y cuerpo de hombres pero con patas de animal. Corren muy rápido y hacen mucho ruido. Nuestros embajadores los vieron y sintieron mucho miedo.

Entonces, hijos míos, no conocíamos los caballos. Por eso pensábamos que eran venados y también que el jinete y el caballo eran un solo animal.

—Pero lo peor de todo —continuó mi padre— es que ellos ya saben quiénes somos nosotros. Viene con ellos una mujer de nuestra tierra que habla su idioma y el nuestro. Así entienden lo que nosotros decimos. También tienen un capitán muy bravo. Él les dijo a los embajadores que venía de parte de un gran emperador y que quería hablar con nuestro rey Moctezuma. Dijo que quiere que nos sometamos a su rey para que le paguemos tributo y lo obedezcamos.

Mientras mi padre hablaba, un grupo de personas se había reunido alrededor de él.

—¿Y cómo es que saben de nosotros? —preguntó uno.

—Su capitán debe de ser nuestro dios Quetzalcóatl —respondió un viejo—. Él se fue hacia el oriente hace muchos años y prometió que regresaría a gobernar

sobre nosotros. Por eso sabe quiénes somos. Si es Quetzalcóatl el que ha llegado, lo que debemos hacer es obedecerlo y entregarnos a él.

—No puede ser Quetzalcóatl —replicó mi padre—. Nuestro emperador le envió las ropas y los adornos de ese dios pues pensó que si era él, sabría reconocer su vestimenta. Pero ese capitán no supo de quién eran esas ropas, no se fijó en ellas y no se las puso. Dicen que lo único que le interesaba eran los adornos de oro.

—¿Y qué quieren de nosotros? —pregunté yo.

—Nadie sabe —respondió mi padre—. El capitán le dijo a los embajadores que había oído que los mexicas somos muy valientes. Por eso quería combatir con nosotros, para ver quién es mejor guerrero. Y entonces hizo estallar unas armas terribles, ruidosas como truenos. El ruido fue tan fuerte que uno de los embajadores se desmayó. Pero más miedo sintieron todos cuando vieron que el arma golpeaba un árbol inmenso y lo hacía desaparecer. No quedó nada de él, como si lo hubiera partido un rayo. Entonces los embajadores huyeron, no quisieron quedarse con ese capitán, por miedo a que los matara.

—¿Qué vamos a hacer? —pregunté de nuevo.

Nadie respondió. Todos bajaron la vista.

—Nuestro rey Moctezuma sabrá qué hacer —dijo el viejo—. O si no, nuestro dios Huitzilopochtli nos dará la orden. Él siempre sabe lo que es bueno para su pueblo.

Pero nosotros no sabíamos nada, hijos míos. No sabíamos si los recién llegados eran dioses u hombres. Podían ser dioses, porque tenían grandes poderes y porque sus animales y sus armas eran algo que nunca habíamos visto.

Tampoco podíamos saber si eran hombres porque no los conocíamos aún, no los habíamos visto de cerca, no sabíamos si morían como nosotros, si comían lo que nosotros comemos, maíz, frijol, calabaza y chile.

En suma, no sabíamos qué hacer porque nunca había sucedido nada semejante en nuestra tierra, ante nuestros ojos. Nuestros antepasados no habían visto ni oído de esos hombres. Por eso sus palabras no nos servían ahora. Teníamos que aprender por nuestra cuenta o esperar a que nos hablara nuestro dios Huitzilopochtli.

Mientras pensaba en todo eso, hijos míos, recordé lo que habían dicho los viejos en la boda de mi hermano. Venían tiempos extraños, sucesos terribles y nunca vistos. Y todo eso nos había tocado vivir.

Cada día llegaba una noticia nueva de los recién llegados. Nos enteramos de que se hicieron amigos de los pobladores de la costa, los totonacas, y luego supimos que querían venir a México, a nuestra ciudad, para hablar con nuestro rey Moctezuma.

Mientras tanto, las plantas crecían y se acercaba la cosecha. Después de que se hubiera recogido el maíz y tuviéramos nuestros alimentos, llegaría la época de la guerra. Entonces nos encontraríamos con nuestros enemigos, los tlaxcaltecas, para combatir y hacer prisioneros en la batalla y sacrificarlos a nuestros dioses.

Desde tiempo antes, nos preparábamos para la guerra. En el calmécac nos enseñaban a usar las armas y a seguir las órdenes de los capitanes. Los grandes aprendían a usar las inmensas macanas de obsidiana, que eran muy pesadas; los más pequeños aprendíamos a lanzar piedras y dardos.

Entonces llegó el día en que nos cortaron el cabello. Los capitanes nos juntaron a todos en el patio y nos raparon uno a uno, dejándonos únicamente una colita en la nuca. La llevaríamos hasta que hiciéramos nuestro primer cautivo en el combate. Los afortunados o los valientes que lograran hacer prisionero a un enemigo, podrían dejar crecer todo su cabello y las mujeres los admirarían. Los que no, seguirían llevando su colita y todos se burlarían de ellos.

—¡Colita vieja! —les gritarían y todo mundo los tomaría por cobardes.

Esa noche, cuando mi padre me vio con la colita, sonrió y me dijo:

—Ahora sí, hijo mío, tienes que demostrar que eres un valiente. Ya va a venir la guerra y tienes que hacer tu prisionero. Espero que pronto te puedas dejar crecer el cabello como tu hermano.

Poco después se hizo la gran fiesta de nuestro dios Huitzilopochtli. Todos los guerreros, desde los capitanes hasta los jóvenes que apenas aprendíamos a combatir, hicimos un desfile frente al palacio de nuestro rey Moctezuma. Al frente iban los guerreros más temibles, con sus trajes de águilas y de ocelotes y

sus escudos de plumas finas y oro. Después venían los jóvenes que ya habían tomado prisioneros en la guerra, como mi hermano Cuahuitlícac. Al final íbamos nosotros.

Nuestro emperador Moctezuma nos esperaba en el patio principal de su palacio. A todos agasajó con algún presente para que lo usáramos en la guerra. Los mayordomos del palacio corrían de un lugar a otro con los regalos y los entregaban a los guerreros. Mi padre estaba entre ellos. Ese era su trabajo, pues él cuidaba las riquezas del emperador: sus plumas preciosas, su oro y su plata, sus mantas ricas, sus pieles de animales, todas las cosas que recibía como tributo de los pueblos sobre los que mandaba.

A los capitanes les entregaron mantas de colores muy vistosos para que se adornaran con ellas. A los guerreros como mi hermano les dieron macanas de obsidiana y escudos de finísimas plumas azules. A nosotros los jóvenes nos tocaron sólo mantas de algodón blanco, pues aún llevábamos nuestra colita.

Cuando nos acercamos a donde estaba nuestro emperador, tuve que bajar la vista porque nadie podía ver su cara. Era tan fuerte, tan parecido a un dios, que nos podía dejar ciegos. Mientras pasaba frente a él sentí su fuerza y me invadió el orgullo.

Éramos muchos guerreros los que desfilamos ese día, y todos estábamos listos para combatir y para morir en el combate. No temíamos a nuestros enemigos, sólo queríamos cumplir con nuestro deber, sólo queríamos capturar a los enemigos para traerlos a México y alimentar a los dioses.

Por eso, al vernos pasar, nuestras madres lloraban y decían que quizá no nos volverían a ver porque podrían hacernos cautivos a nosotros y moriríamos lejos de nuestras casas.

Pero ese día todos sentíamos miedo también, y nuestro señor Moctezuma tanto como nosotros. Habíamos oído que los recién llegados, los soldados extranjeros, ya habían dejado la costa, donde habían hecho su campamento, y habían partido en dirección a México, pues querían visitarnos. Y supimos que venían con ellos los totonacas de Cempoala, que se habían hecho sus amigos y los guiaban por los caminos de la sierra.

Quizá con ellos nos veríamos obligados a hacer la guerra. Pero temíamos mucho las armas terribles que llevaban. Yo pensaba en eso cuando regresé al calmécac

con mi manta de algodón blanco. Ninguno de mis compañeros hablaba, quizá pensaban lo mismo.

En un puente me encontré a Cuahuitlícac. Conversaba con otros guerreros y les presumía su nueva macana, que era casi tan alta como él mismo. Pero mi hermano era tan fuerte que la blandía, la levantaba y la dejaba caer, con una sola mano.

Al verme, sonrió y me llamó.

—Ven aquí, Cuetzpalómitl, hermano menor. Mira mi arma. Ahora sí seré un guerrero invencible.

Jugaba con ella y sonreía, orgulloso.

—Si haces un cautivo pronto, el año siguiente te regalarán tu macana también e iremos juntos a la guerra.

Mientras hablaba me arrojó su macana. Me tomó de sorpresa y apenas pude tomarla. Pesaba tanto que se me cayó y fue a dar al piso. Una de las navajas me rasguñó un dedo del pie.

Todos los guerreros se rieron y mi hermano me miró con expresión furiosa. Me agaché a recoger la macana, pero él fue más rápido y la levantó inmediatamente.

No quise verlo más. Me fui corriendo hacia el calmécac.

A partir de ese día, siempre que caminaba por la calle sentía que todos me miraban de reojo y pensaban que era un joven con colita vieja. Entonces me imaginaba que se reían de mí y me señalaban como a un cobarde.

III. Cómo nos preparamos para la llegada de los españoles y por qué algunos querían recibirlos de paz y otros querían hacerles la guerra

DESPUÉS de la fiesta de los guerreros llegó la época de recoger el maíz maduro. Entonces hicimos otra gran fiesta para repartir comida y celebrar que el año había sido bueno, que había llovido y que las plantas habían crecido. Estábamos todos contentos porque sabíamos que tendríamos alimento y por eso, en la fiesta, invitábamos a todos nuestros dioses para ofrecerles comida. Preparábamos panes de harina de maíz y los poníamos en el piso junto a los templos, en la noche. Al día siguiente encontrábamos en ellos las huellas de los pies del dios que nos había visitado. Era un tiempo alegre y yo me sentía aún más alegre, hijos míos, porque había ayudado a traer la lluvia.

Pero entonces supimos que los españoles habían llegado a Tlaxcala, a la casa de nuestros peores enemigos. La gente se volvió a reunir en la calle para conocer las noticias.

—No tenemos nada que temer —dijo un guerrero, adornado con plumas rojas y una manta morada—. Los tlaxcaltecas son grandes guerreros. Son tan valientes que ni siquiera nosotros los mexicas los hemos podido vencer. Sin duda ellos derrotarán a estos hombres. Los aniquilarán y no tendremos que preocuparnos más. Los tlaxcaltecas nunca se han entregado ni se han sometido a ningún otro pueblo. Son valientes, saben defenderse.

—Eso no lo podemos saber —le respondió un anciano—. Los recién llegados son muy poderosos. ¿No has oído hablar de sus armas mágicas? Ellos podrían destruir a los tlaxcaltecas.

El viejo tenía razón. Pronto nos enteramos de que los tlaxcaltecas se enfrentaron a los recién llegados en una batalla terrible en la que murieron muchos hombres. Los españoles mataban a sus enemigos con sus armas de hierro, los pisaban con sus caballos, los hacían desaparecer con sus cañones. Por donde pasaban quedaban los cuerpos de los guerreros, quebrados como plantas tiernas. Los

tlaxcaltecas y los otomíes, sus vasallos, pelearon con gran valentía, nos dijeron, pero al cabo de muchos días no lograron matar a uno solo de los invasores. Entonces se rindieron y se entregaron a los recién llegados. Los recibieron en sus casas y les ofrecieron su ayuda en todo lo que quisieran.

Al saber todo esto sentimos más miedo, hijos míos. ¿Cómo podía suceder algo así? En nuestras guerras morían siempre muchos hombres, mexicas y enemigos. Pero esos extraños parecían no morir. Acaso fueran dioses, como decían algunos.

En esos días dejó de llover. El sol brillaba todo el día sobre el cielo inmenso y sus rayos eran tan fuertes que todos buscaban la sombra de sus casas. Sólo a mí me gustaba quedarme en la calle, junto a una pared, quieto como una lagartija. Entonces la piel de los montes comenzaba a ponerse de nuevo amarilla y a hacerse seca y quebradiza. En las mañanas y en las noches se sentía frío y un viento helado del norte. Era la época de la guerra, la época de la fiesta de los muertos y de nuestro dios Huitzilopochtli. Así moriría el año y al fin regresaría nuestro Señor Xipe y los montes y los campos volverían a cambiar de piel.

En esos días recibimos una noticia todavía más terrible. Supimos que los tlaxcaltecas y los españoles habían atacado la ciudad de Cholula y habían matado a muchos de sus pobladores. Lo hicieron a traición, sin avisar. Sin piedad, mataron a los hombres y a las mujeres y a los niños indefensos.

Esa mañana nos despertó el ruido de la gente que corría por las calles y daba gritos. Todos los jóvenes del calmécac nos veíamos con temor, pues era claro que había sucedido una desgracia. Quizá la tierra había temblado o alguna montaña se había abierto y escupía fuego y cenizas. Corrimos a nuestras casas.

La calle estaba llena de personas reunidas en corrillos. Cuchicheaban sin cesar y volteaban a ver a los demás, como si temieran que los fueran a atacar ahí mismo. En mi casa, mi padre estaba sentado en el piso, pálido y tembloroso, como si hubiera enfermado. Apenas pudo levantar la vista mientras contaba la noticia a Cuahuitlícac:

—Los extraños han destruido Cholula. Atacaron a traición a sus habitantes. Actuaron como ladrones, como asaltantes sin honor. Los de Cholula no esperaban una guerra y los habían recibido de paz. Pero los recién llegados les tendieron una trampa. Sin avisarles, cerraron las puertas de la plaza del templo

de Quetzalcóatl y luego mataron a todos los que estaban adentro, hombres guerreros y también viejos, mujeres y niños. Después, los canallas dejaron que sus perros se comieran los cuerpos de los cholultecas, como si fueran animales y no hombres.

—Pero, padre —le pregunté—. ¿Cómo puede ser que el poderoso dios Quetzalcóatl no haya protegido a la gente de su ciudad?

—No lo sé, hijo mío.

—¿No será que los recién llegados son dioses?

—¡No pueden ser dioses! —me interrumpió Cuahuitlícac—. Dicen que su capitán es Quetzalcóatl, pero eso es falso. Si fuera Quetzalcóatl ¿por qué habría de atacar a su propia ciudad? Toda la culpa es de los tlaxcaltecas. Ellos aconsejaron a esos hombres desconocidos, ellos los guiaron a Cholula, ellos los ayudaron a atacar a los pobladores. Fue su traición la que destruyó Cholula.

Mi padre volvió a agitar la cabeza y se encogió de hombros.

—Si en verdad fueron los tlaxcaltecas los culpables, entonces nada bueno nos espera. Ahora son guías y amigos de los recién llegados. De seguro los aconsejarán en contra de nosotros, como hicieron con los de Cholula. Les hablarán mal de nuestro pueblo mexica para que vengan a masacrarnos, a conquistarnos, a arrasar nuestra ciudad.

No escuché más lo que decían. Trataba de recordar cómo era Cholula. Hacía un año mi padre, mi hermano Cuahuitlícac y yo habíamos ido en peregrinación a pedir la ayuda y protección de nuestro dios Quetzalcóatl. Pasamos por las tierras de los acolhuas y luego atravesamos la Sierra Nevada. Volví a sentir el frío que sentí entonces y recordé mi impresión al ver el extenso valle que había al otro lado: estaba lleno de poblaciones y todo plantado de maíz, como el nuestro, pero no tenía lagos en el centro. De todas las ciudades de ese valle, Cholula era la más grande. Ahí se reunía gente que venía de las tierras más lejanas. Venían de las costas, de más allá de las montañas, del norte, del occidente. Esa inmensa multitud se encontraba en la plaza para conversar, para comprar y vender mantas y chalchihuites. Ni siquiera en el mercado de Tlatelolco había oído tantos idiomas diferentes y había visto ropas de tantos colores y peinados tan extraños. Me daba miedo perderme entre toda esa gente pues pensaba que, de ser así, nunca más volvería a ver a otro mexica.

Pero lo que mayormente me impresionó, hijos míos, fue el templo de Quetzalcóatl. Era tan alto y tan ancho que no podía haber sido hecho por hombres como nosotros. Los habitantes de Cholula contaban que lo habían construido unos gigantes que vivieron hace muchos años y decían que estaba lleno de agua, como un cerro. Por eso no temían a sus enemigos, pues creían que si algún día éstos los atacaban a ellos les bastaría romper el templo de modo que esa agua brotara como un torrente y ahogara a sus atacantes. Así los protegía su dios Quetzalcóatl y por ello todos los hombres de todas las tierras venían a honrarlo, y en su templo había siempre visitantes que daban su sangre al dios.

Esa vez nosotros también nos pinchamos los brazos y la lengua y quemamos unos papeles empapados con nuestra sangre en el inmenso brasero que ardía en la punta del templo. Después regresamos a México, contentos de haber hecho nuestra ofrenda porque sabíamos que Quetzalcóatl nos ayudaría.

Pero ahora Cholula había sido atacada y sus pobladores habían muerto a manos de los recién llegados. De nada les había servido la protección de nuestro señor Quetzalcóatl.

—Habrá guerra —dijo mi hermano Cuahuitlícac—. Los mexicas probaremos de nuevo que somos los guerreros más valientes y poderosos, que nadie nos puede vencer. Huitzilopochtli nos protegerá. No les tenemos miedo a los tlaxcaltecas... ni a esos desconocidos. Siempre hemos sido valientes y siempre hemos vencido a nuestros enemigos y así venceremos a éstos. No vamos a entregarnos a esos extraños, a esa gente bárbara de la que nadie ha oído hablar. Los podemos vencer y mostrarles que seguimos siendo los más fuertes.

No dejaba de caminar de un lado a otro y agitaba sus brazos, como si ya estuviera en el combate blandiendo su inmensa macana y su escudo. Ya podía imaginarlo, el más temible de los guerreros, dispuesto a dar su vida para salvar a su ciudad y a su pueblo.

—Y tú, Cuetzpalómitl, hermano menor, tú también vas a estar en la guerra —me apuntó repentinamente como si me acusara de algo—. Vas a tener que ser fuerte para llevar las armas, y valiente para atacar a los enemigos. ¿Entendiste? Es tu deber. Da vergüenza verte con una colita. Espero que pronto te la puedas quitar.

No le respondí nada. No me atrevía a compararme con él. Cuando salí de la casa, la ciudad estaba tan animada como siempre: los hombres iban y venían por las

calles o por los canales; los cargadores traían agua, recogían el excremento de las casas o llevaban cargas al mercado; algunas mujeres vendían tamales y atole en las puertas de sus casas y, a lo lejos, los tambores de los templos sonaban sin cesar.

Pero ahora nadie hablaba ni sonreía ni saludaba a sus amigos. Todos se apuraban para retornar a sus casas.

En el calmécac tampoco había tranquilidad. Los sacerdotes habían prendido braseros y se sacaban sangre en silencio. Los jóvenes los asistían y traían copal para quemarlo con la sangre.

Así estuvimos durante dos días. Sabíamos que el gran sacerdote estaba encerrado en la habitación donde vivía nuestro Señor Xipe. Sabíamos que estaba ayunando y dando su sangre para hablar con él, para preguntarle qué era lo que debíamos hacer. Durante ese tiempo nadie se atrevía a hablar en voz alta, nadie sonreía. Todos esperábamos.

Finalmente el sacerdote salió de su encierro. Todos nos reunimos en el patio y nos sentamos en el piso. Jamás lo había visto con el semblante tan grave. Sin volverse siquiera a vernos, empezó a hablar en voz muy baja:

—Todos los años, en esta época, los jóvenes parten a la guerra y todos los años algún sacerdote los despide con las mismas palabras, las palabras de los antiguos, que no han cambiado en muchas generaciones. Les decimos que irán a alimentar al sol, que la guerra es nuestro oficio, la manera en que los mexicas servimos a los dioses. Les deseamos fuerza para capturar un enemigo o suerte para morir sacrificados y poder unirse al sol en su camino. Esas son nuestras palabras y así damos ánimos a los corazones de los guerreros.

”Pero esta vez todo es nuevo. Tenemos un nuevo enemigo, más temible que cualquiera que hayamos conocido. Y este enemigo viene hacia nosotros, hacia nuestra ciudad. Quizá trae la batalla a nuestros propios hogares, como lo hizo en Cholula. Entonces morirán los niños y los viejos, las mujeres y las niñas. Nadie se salvará de la guerra.

”Si hay guerra en nuestra ciudad nadie podrá alimentar a los dioses, nadie mantendrá encendidos los braseros, nadie dará su sangre. Entonces perderemos

la lluvia y la tierra se secará. Habrá hambre y nadie podrá aliviarla porque habremos roto nuestro pacto con los dioses.”

El gran sacerdote hizo una pausa y nos vio a todos un instante.

—O tal vez podamos evitar la guerra y logremos alejar el combate de nuestras casas. Si nos sometemos a los recién llegados, si los recibimos de paz y les damos lo que piden, entonces, quizá entonces, no nos destruyan. Acaso ya ha terminado nuestro turno de mandar sobre la tierra y ha llegado a su fin la época de nuestra gloria. Si es así, debemos bajar la cabeza y aceptar el destino, para que no nos maten, para que no nos destruyan. Si tenemos suerte, los extraños volverán a irse en paz, contentos con sus regalos, y nos dejarán a nosotros vivir como antes.

”Esto es algo que los hombres no podemos saber. Nuestros dioses lo decidirán y entonces nos darán sus órdenes. Cuando hablen, los mexicas los obedeceremos y no discutiremos más entre nosotros. ¿Acaso no los hemos obedecido siempre?

”Pero hay algo que no deben olvidar, ustedes, los pequeños sacerdotes. No solamente existimos para hacer la guerra y para alimentar al sol con los corazones de los cautivos. No sólo es gracias a Huitzilopochtli que estamos en el mundo. También tenemos deberes hacia los otros dioses, tenemos que alimentarlos, hacerles regalos, celebrar sus fiestas. Gracias a ellos, a nuestro Señor Xipe, a Tláloc y a sus tlaloque hay lluvia y alimentos. Gracias a ellos podemos seguir vivos y tener hijos y vernos los rostros en este mundo.

”Huitzilopochtli no puede salvarnos de la sequía ni del hambre. Por eso, mis hijos, nunca debemos olvidar nuestros deberes con los otros dioses. El día en que los dejemos de lado, el día en que no les demos más ofrendas, entonces sí moriremos, entonces sí desapareceremos de esta tierra.”

Sin decir más, el maestro nos dio la espalda y regresó al cuarto de nuestro Señor Xipe. Los sacerdotes y los jóvenes subimos tras él por las escalinatas del templo hasta la puerta y ahí nos detuvimos sin saber qué hacer.

Desde lo alto del templo se podía ver el sol que se ponía. Ya brillaban los braseros en todos los templos de la ciudad y sonaban los tambores que anunciaban la llegada de la noche. A lo lejos, en el oriente, los montes de la Sierra Nevada se veían inmensos y dorados. Temblé al pensar que los extraños estaban ya del otro lado de esas montañas y que venían hacia nosotros.

Más cerca se veían las otras ciudades del lago: Iztapalapa, Texcoco, Coyoacán, Culhuacán. Las casas blancas brillaban con los últimos rayos del sol, pero los bosques ya estaban oscuros. El lago rebosaba de canoas que iban y venían de una ciudad a otra.

Entonces sentí un miedo inmenso, hijos míos. Mi cuerpecillo temblaba a unos palmos de los de mis compañeros. Me llenó el temor porque sentía que nosotros los mexicas estábamos solos, completamente solos. Todos los pueblos que vivían alrededor de nosotros eran nuestros enemigos y nada más esperaban la ocasión para atacarnos. Los chalcas, en el lago del sur, los acolhuas en el oriente, los tepanecas en el norte, todos nos odiaban. Siempre nos habían querido aniquilar, desde que éramos el pueblo más pobre y débil de todos, hacía muchos años, cuando acabábamos de llegar de la lejana Aztlan, nuestra primera patria. Ahora nos respetaban porque los habíamos vencido, porque sabían que éramos los guerreros más valientes y por eso nos pagaban tributos y nos obedecían, nos ayudaban a construir nuestros templos y nuestros edificios. Pero ¿qué pasaría ahora que habían venido los extraños? ¿Se unirían a nuestros nuevos enemigos y así se vengarían de las batallas en que los vencimos y de los prisioneros suyos que sacrificamos en honor de Huitzilopochtli? ¿Nos abandonarían todos y nos dejarían solos en medio del lago, como habíamos estado cuando éramos unos recién llegados? Entonces nos veríamos forzados a alimentarnos con yerbas y lagartijas, con la comida más inmunda, como lo habían hecho nuestros abuelos. Pero ahora ya no podíamos huir, no podíamos ir a escondernos en las montañas. No teníamos más que esperar a ver nuestro destino y la decisión de nuestros dioses.

Entonces sentí mucha ira. Quería ya combatir con los extraños, quería ya vencerlos en la guerra. Mi hermano tenía razón: los mexicas no nos dejaríamos vencer. Éramos los más fuertes y lo seguiríamos siendo. Pero después recordé las palabras del gran sacerdote. ¿Qué pasaría si olvidábamos a nuestros dioses y dejaba de caer la lluvia y crecer el maíz? ¿Qué sería de nosotros? No podíamos dejar de dar nuestra sangre y de hacer las fiestas. Quizá sería mejor recibir a los extraños y pedirles paz para poder seguir alimentando a los dioses.

Entre la furia y el miedo no sabía en verdad qué pensar, hijos míos, y tampoco lo sabían mis compañeros, los pequeños sacerdotes, ni los guerreros como Cuahuitlícac. Ni siquiera lo sabía nuestro rey el gran Moctezuma.

Poco después supimos que los extraños habían cruzado la Sierra Nevada. Moctezuma hizo todo lo posible para detenerlos. Envió a los más poderosos brujos para que los hechizaran y los hicieran enfermar y ordenó que los caminos fueran tapados con troncos caídos y con plantas espinosas, como magueyes y nopales, para que sus animales temibles, los caballos, se lastimaran y no pudieran avanzar. Pero ellos no se detuvieron. Los tlaxcaltecas los guiaron por otros caminos, para que no cayeran en las trampas de nuestro emperador.

Así llegaron a los dominios de los chalcas, al sur de nuestra ciudad, al pie de los grandes montes nevados, un pueblo muy numeroso, de valientes guerreros y ricos cultivadores. Los señores chalcas salieron a recibirlos de paz, hasta la sierra. Les dieron regalos y comida y luego los alojaron en sus casas, tratándolos como a hombres importantes y poderosos. Los españoles quedaron muy amigos de los chalcas, que prometieron ayudarlos.

Al día siguiente partieron hacia México y llegaron a Iztapalapa, junto al lago. Pasaron la noche ahí, viendo nuestras casas y nuestros templos.

Esa noche nadie salió a la calle y nosotros los jóvenes esperamos en el calmécac, en silencio, sin atrevernos a mirarnos o a conversar. Estábamos como esperando la muerte y apenas nos decíamos en voz baja, en secreto:

—Sea lo que fuere, ¡mal haya!... ¿Qué más podemos hacer? Ya vamos a morir. Ya vamos a dejar de ser. Ya vamos a ver nuestro propio fin, con nuestros propios ojos.

Más tarde, cuando dormía sobre el petate frío, solo, sin una sola manta para cubrirme, soñé con la nueva gente extraña. Aparecían por el camino que venía de Iztapalapa y avanzaban montados sobre sus venados, que tenían cuernos inmensos y afilados. Eran blancos como la sal y sus cuerpos brillaban como si estuvieran hechos de metal. Sus rostros eran en verdad temibles, llenos de pelo, como los de las fieras. Sus ojos eran inmensos y rojísimos como los de los duendes tzitzimime. Cuando abrían la boca, mostraban sus colmillos larguísimos y daban gritos que hacían derrumbarse las casas. Si se les acercaba un hombre, ellos extendían sus brazos con un inmenso ruido, como un trueno, y con sólo tocarlo lo hacían desaparecer en el acto, como si lo hubieran devorado los dioses. Sus venados también abrían las bocas y arrancaban de cuajo las plantas de maíz que crecían en las chinampas.

Nosotros los veíamos desde nuestra casa. Mi hermano Cuahuitlícac estaba vestido como un gran guerrero águila y quería salir a combatir a los extraños. Era valiente y no sentía temor, pero mi padre lo trataba de detener y le decía que no combatiera con ellos, que seguramente lo matarían. Yo me escondía en el fondo de la habitación sin saber qué hacer. Pensaba que debía salir con mi hermano, como un valiente guerrero mexica… Pero una mano me detenía. Era el gran sacerdote, que me veía en silencio.

Cuando me desperté, temblaba y sudaba, hijos míos, y no me atreví a volver a cerrar los ojos para no ver más a esos seres temibles que atacaban a mi familia. Entonces sentí a los otros jóvenes dormidos a mi alrededor, dentro de la habitación. Del patio llegaba la luz de los braseros y los cantos ligeros de los sacerdotes que velaban. De seguro mi maestro estaba entre ellos. Sabía que por toda la ciudad había otros braseros ardiendo en torno a los cuales otros sacerdotes rezaban. De esa manera cuidábamos la tierra mientras el sol estaba ausente.

Esa noche ya no dormí. Me quedé nada más en mi rincón, tiritando de miedo y de frío, preguntándome qué sería de mi familia, de mi padre, de mi hermano, de mi madre. ¿Y qué sería de nuestro barrio, de nuestro dios? ¿Qué pasaría con nuestra ciudad y nuestro rey? ¿Seguirían existiendo o desaparecerían para siempre?

IV. Cómo entraron los españoles a nuestra ciudad y cómo vinieron con ellos nuestros enemigos los tlaxcaltecas

—¡YA vienen los extranjeros! —gritaron los pregoneros por toda la ciudad.

Esa mañana, hijos míos, los jóvenes del calmécac permanecimos en nuestra habitación, sin atrevernos a salir, sin asomarnos a ver el sol y las montañas. Pero entonces, al oír sus voces, todos nos pusimos de pie y salimos a la calle.

Sin decir nada empezamos a correr hacia el sur, hacia el camino de Iztapalapa, por donde venían los extraños. Las calles estaban llenas de hombres y mujeres, con sus niños de la mano, que avanzaban hacia la entrada de la ciudad. Todos caminaban en silencio y nadie se atrevía a mirar a los otros, acaso porque nadie quería que vieran el miedo que sentía en su corazón.

Corrí con mis compañeros en medio de la multitud. Nos metíamos entre la gente y nos abríamos paso con los brazos. Avanzábamos tan rápido que choqué con una anciana de la multitud y estuve a punto de hacerla caer.

—Disculpe, abuela —balbuceé mientras la detenía para que no cayera.

La mujer me vio a la cara y movió la cabeza.

—¿Para qué tienes tanta prisa, mi hijo? ¿Quieres llegar tan rápido a tu propia muerte?

Su voz era tranquila y ni siquiera parecía triste. No me atreví a devolver su mirada. Nada más la solté y salí corriendo para alcanzar a mis compañeros.

Cuando llegué a la entrada de la ciudad, donde empezaba la gran calzada de Iztapalapa, la multitud había desaparecido. Sólo veía la calzada, que estaba vacía y limpia pues los muchachos del barrio de Coatlan la acababan de barrer. Entonces sentí el calor del sol: brillaba en medio de un cielo azul. No había nada

de viento y el agua del lago golpeaba suavemente contra las rocas de la calzada.

A lo lejos, sobre la calzada, se veía una nube de polvo que seguramente era la que levantaban los extraños. Avancé por el centro de la calzada para ver si alcanzaba a distinguir las armas brillantes que llevaban pues quería ver si era cierto que deslumbraban como el sol.

—¡Muchacho, quítate de ahí! Ya viene nuestro emperador Moctezuma —me gritó alguien desde arriba, como si el propio cielo me hablara.

Di un respingo y entonces escuché risas arriba de mí. Volteé y vi que todo el mundo estaba subido en las azoteas de las casas que bordeaban la calle. Se reían de verme solo allí abajo, como si acabara de despertar de un sueño.

—¡Abran paso! Ya viene el gran señor, nuestro rey, Moctezuma Xocoyotzin.

Los pregoneros pasaron junto a mí, gritando sin verme siquiera. Corrí hacia un lado de la calzada y unos desconocidos me tendieron una mano para que trepara con ellos.

En ese momento aparecieron los hombres que barrían siempre el camino por donde avanzaba Moctezuma. Todos bajamos la vista en señal de respeto y no la volvimos a levantar hasta que pasó el cortejo del rey.

Entonces vimos a lo lejos cómo la nube de polvo que levantaban los extranjeros se encontraba con la que hacían Moctezuma y su cortejo.

Más no supimos, hijos míos. Después me he enterado de que Moctezuma recibió al capitán de los españoles, a Hernán Cortés, como si fuera un gran señor, y que le dio con cortesía la bienvenida a su ciudad y todas sus riquezas. Pero que el recién llegado era tan descarado y valiente que se atrevió a tocar a nuestro emperador y se dirigió a él con la vista levantada.

Mientras tanto, desde la azotea me dediqué a observar la laguna. El agua brillaba como un espejo entre las chinampas, llenas de cañas secas de maíz y de cempasúchiles anaranjados y brillantes. Entonces recordé las palabras de mi maestro: pasara lo que pasara debíamos pedir la lluvia para lograr que la tierra y los montes y las chinampas cambiaran de piel nuevamente y poder plantar el maíz de nuestro sustento.

Después volteé hacia la ciudad: todas las azoteas estaban llenas de gente que esperaba ver a los nuevos hombres. Aún ahora, tantos años después, cierro los ojos y los vuelvo a ver, expectantes y temerosos.

Al cabo de un rato, los pregoneros anunciaron que regresaba nuestro señor Moctezuma. Su séquito venía ya por la calzada y alcanzábamos a ver el brillo del oro y de las plumas de todos colores. Todos bajaron la vista, pero yo no pude. Estaba deslumbrado, hijos míos, y quería mirarlo todo, cada detalle, para guardarlo todo en mi corazón, pues las palabras de la anciana no dejaban de sonar en mis oídos: quizá nunca volvería a ver esas cosas.

Nuestro señor iba sentado en un palio que cargaban varios guerreros, fuertes y altos. El palio estaba cubierto de plumas verdes y engastado con oro y chalchihuites. Jamás me había imaginado algo tan esplendoroso y brillante. Estuve a punto de cerrar los ojos, pues temí quedarme ciego por ver esas cosas.

Pese a ello, no pude resistir la tentación de mirar al gran Moctezuma, de saber cómo era. Apenas lo alcancé a distinguir entre los adornos. Sus ropas eran de color púrpura muy vivo, como los vestidos de los dioses, y me sorprendió que no llevara ningún tocado. Ahora sé que había llevado uno de plumas muy vistosas pero que lo regaló al capitán Cortés. Entre todo ese lujo, sin embargo, Moctezuma se veía pequeño y delgado. Estaba pálido y su ceño mostraba una gran preocupación. Su mirada se perdía en la distancia. Parecía un viejo triste que ha perdido ya todas sus fuerzas y sólo espera la muerte.

No debí verlo de esa manera, mis hijos. No me quedé ciego, como me habían dicho, pero me sucedió algo mucho peor: comprendí que hasta el rey de los mexicas, que era el hombre más fuerte y más poderoso de la tierra, sentía miedo de lo que estaba pasando, que ni siquiera él sabía lo que le esperaba a nuestro pueblo.

Ahora sé, porque lo he averiguado con los otros viejos, que Moctezuma no sabía cómo debía tratar a los recién llegados, no se decidía si recibirlos de paz o hacerles la guerra. Me han contado que ya no podía decir nada cuando recibía las malas noticias, sólo se quedaba callado, con la cabeza baja, como mi padre. Y tampoco podía ya hablar con los dioses pues todos los sacrificios que hacía le salían mal y los dioses no le daban respuesta a sus preguntas.

Por eso, un día quiso huir de la ciudad. Pidió que lo llevaran a los montes, ahí donde viven los tlaloques y su jefe, el gran dios Tláloc. Se acercó a una cueva y les rogó que lo dejaran entrar a su casa, que lo recibieran para que pudiera huir de la tierra. Quería esconderse para no tener que enfrentarse a los recién llegados, a esos seres temibles. Pero el dios le negó la entrada y le dijo que no podía escaparse, que tenía que recibirlos y esperar su destino.

Pero ese día no tuve tiempo de pensar más. Apenas pasó el cortejo de nuestro señor, la multitud dio un gemido de sorpresa. ¡Habían llegado los extraños!

Los primeros venían encima de sus animales inmensos, más grandes que cualquier venado. Corrían muy rápido, más rápido que cualquier hombre, de arriba para abajo de la calzada, sin detenerse a descansar. Brillaban al sol y estaban empapados de sudor. De sus bocas salían inmensas bolas de espuma. No dejaban de relinchar y los hombres que los montaban los hacían levantarse en dos patas, como si nos fueran a atacar, como si fueran a saltar sobre nosotros para devorarnos. Por eso, cuando volteaban a vernos, todos nos echábamos para atrás y nos cubríamos las caras.

En verdad nos parecían temibles esos guerreros montados en sus caballos. Nunca habíamos visto nada igual. Pero sentí alivio al ver que no tenían cuernos filosos como en mi sueño.

Detrás de los caballos venían los perros. Eran enormes y muy ruidosos, mucho más que los de nuestra tierra. Nunca dejaban de ladrar ni de enseñar sus crueles dientes. Olfateaban por todas partes como si ya nos estuvieran cazando, como si ya quisieran atacarnos.

Tras los perros venía un hombre muy alto y muy fuerte, con el pelo amarillo, que cargaba una bandera muy grande, con una gran cruz roja y fuegos dorados y azules. Avanzaba solo, por el centro de la calle, y la ondeaba de un lado a otro, para que todos la viéramos. Era muy gallardo ese soldado, no mostraba ningún miedo.

Después llegaron más hombres a caballo. Venían cubiertos con mallas de algodón, como las que usaban nuestros guerreros para protegerse de las flechas. Sus espadas de hierro eran muy delgadas, mucho más que nuestras macanas, y brillaban al sol.

Atrás venían los guerreros de a pie. Algunos llevaban unas armas desconocidas que eran como arcos con una viga en el centro. Después aprendimos que se llamaban ballestas y que eran más temibles que nuestros arcos pues sus dardos podían atravesar a un hombre de un solo golpe.

En ese momento sonó un estruendo fuerte como un trueno que hizo que todo se sacudiera. Después, el aire se llenó de un humo que olía a cosas podridas. Todos nos mareamos con el ruido y la pestilencia y estuvimos a punto de desmayarnos. Las mujeres gritaron y los niños se tiraron al suelo, pensaron que el cielo se nos venía encima. Eran los arcabuces, las armas terribles de las que tanto nos habían hablado.

Al final entró a la ciudad el capitán Hernán Cortés, quien fuera Marqués del Valle, el guía y gobernante de los españoles. Venía rodeado de sus mejores guerreros, que lo cuidaban muy bien. Tenía pelo en la cara, como muchos de sus hombres, y cojeaba un poco. Pero se veía que era un hombre fuerte y principal, un señor. Mucho habíamos oído de sus hazañas y de cómo nadie lo podía engañar. Sabíamos que podía ser cruel, más cruel que cualquier otro hombre. Por eso le teníamos tanto miedo.

Lo acompañaba su mujer, Malintzin. Era una mujer de nuestra tierra, hermosa como pocas. Iba vestida con las mejores ropas de algodón y llevaba una cruz de oro sobre el pecho. Ella hablaba nuestra lengua y traducía todo lo que nosotros decíamos para que lo entendieran los españoles. Nos atemorizó mucho ver que una mujer de nuestra tierra iba con los recién llegados, porque no sabíamos cómo había llegado ahí, cómo se había unido a esos hombres. Después he aprendido, hijos míos, que Malintzin fue una mujer noble y luego sus padres la vendieron como esclava, hasta que un cacique la regaló a Cortés y sus hombres. Pero entonces nada más nos maravillábamos de ver una mujer tan hermosa entre los españoles.

Los recién llegados no dejaban de gritar y su lengua era muy dura, llena de jotas y de sonidos rasposos. En verdad nos pareció una lengua toda enrevesada, como la que hablan los niños pequeños o los pueblos salvajes, no una lengua hermosa y clara como la nuestra. Sus ropas eran también muy extrañas: estaban hechas de telas que no conocíamos y tenían formas muy curiosas, pues se pegaban a las piernas y a los brazos. Pero lo peor era el olor de esos extraños, tan fuerte como el de las fieras del monte. Olían tan mal que todos nos tapábamos la nariz. Además, hacía mucho tiempo que no se bañaban, sus caras estaban sucias, llenas

de polvo.

¡Qué extraños eran esos seres peludos como osos, blancos como ajolotes, malolientes como coyotes y más ruidosos que los ocelotes! No podía creer a mis ojos, hijos míos, ni podía saber si eran hombres de verdad, o dioses, o peor aun, animales salvajes bajados del monte para devorarnos.

De esa manera entraron los españoles a México, nuestra ciudad. Fue en paz, nadie se interpuso en su camino. Ellos pudieron verlo todo y en ningún lugar encontraron trampas ni guerreros listos para atacarlos. Jamás se nos ocurrió traicionarlos, atacarlos de sorpresa, como ellos lo harían con nosotros.

Después que pasaron los extraños volteé a ver la cara de los mexicas que estaban a mi lado. Todos habían palidecido, como si hubieran visto a los dioses o a unos duendes tzitzimime.

Pero no pudimos descansar mucho tiempo, porque en seguida empezaron a entrar los amigos de los españoles, los tlaxcaltecas, nuestros peores enemigos. Estaban vestidos para la guerra: con sus plumas, sus macanas y sus escudos. Nos veían y daban gritos golpeándose la boca con la palma de la mano. Así querían asustarnos, querían que supiéramos que ahora podían entrar a nuestras casas porque los protegían los recién llegados. Así querían que temiéramos su fuerza y su odio.

Entonces sentí que la ira se apoderaba de mí y de todos los otros mexicas. ¿Cómo era que nuestros enemigos podían entrar a nuestra ciudad y amenazarnos? ¿Por qué no podíamos atacarlos y destruirlos como lo merecían? ¿Qué había pasado con nuestra valentía?

Era en verdad un tiempo terrible el que estábamos viviendo. Un tiempo en que los mexicas teníamos miedo de estar en nuestra propia ciudad. Un tiempo en que ni siquiera en nuestra propia casa nos podíamos sentir seguros. Era en verdad como si las fieras hubieran bajado de los montes.

V. De cómo los españoles vivieron entre nosotros y de cómo los mexicas no sabíamos si hacerles la guerra

TRAS ese día poco volvimos a ver a los recién llegados. Casi no salían de la casa en que los alojó nuestro señor Moctezuma, el gran palacio que había pertenecido al rey Axayácatl, su abuelo. El edificio estaba muy cerca de los grandes templos, en el centro de la ciudad, y ahí vivían los españoles, con sus amigos, los tlaxcaltecas; ahí les llevaban comida todos los días, por orden del emperador, sin que ellos tuvieran que esforzarse; ahí los entretenían los enanos y los músicos, todos los que estaban a cargo de divertir al emperador y a los grandes señores. Moctezuma los trataba bien, pues pensó que así estarían tranquilos y no harían daños ni desmanes en la ciudad.

Pero nada contentaba a los españoles. Moctezuma hizo su voluntad, los recibió de paz, pero no logró evitar su ira y sus engaños. A los pocos días, los españoles lo tomaron preso. Encabezados por el capitán Cortés y su mujer Malintzin llegaron al palacio de nuestro emperador. Iban armados y acechaban como fieras a punto de atacar. Entraron hasta la habitación de Moctezuma y le pusieron unos grillos de hierro en los pies.

Nos tomaron de sorpresa. Nada sabíamos de sus planes. Cuando escuchamos que habían entrado al palacio del emperador no podíamos creer que nuestro señor, que era el gobernante más poderoso de la tierra, estuviera en manos de esos extraños. Era como si se apoderaran de nuestro corazón, de la fuerza de nuestra ciudad. Los guerreros corrieron a rescatarlo, pero nada pudieron hacer. Los españoles cuidaban la puerta del palacio y no los dejaron entrar.

Furiosos, los guerreros esperaron frente al palacio, en la gran calzada, a que los extraños salieran con nuestro emperador. Pero cuando lo sacaron a la calle, los guerreros españoles lo rodearon completamente y no dejaron que viera a sus guerreros ni que les hablara. Todos tenían las espadas desenvainadas y apuntaban a los mexicas con sus arcabuces y sus ballestas. Los guerreros más valientes daban gritos y blandían sus armas contra los españoles, pues no tenían miedo. Hubieran muerto en ese lugar con tal de rescatar a Moctezuma, con tal de

salvar el honor de su pueblo. Pero los pregoneros, los hombres que eran la voz de nuestro emperador, los que llevaban sus palabras a toda la ciudad, les ordenaron que se detuvieran, que no provocaran la guerra. Dijeron que nuestro emperador estaba bien y que nada le sucedería. Nadie lo había tocado. Él iba por su propia voluntad a la casa de los extranjeros porque quería vivir con ellos para atenderlos mejor.

Nadie lo creyó, hijos míos. Todos sabíamos que los extraños lo habían tomado prisionero. Pero los guerreros sólo podían obedecer sus órdenes. Por eso dejaron pasar a nuestro rey y a sus cautivadores y los siguieron hasta el palacio de Axayácatl, caminando con las cabezas bajas, pues no podían mirar a su señor.

Al fin los españoles entraron en el palacio con nuestro rey y cerraron las puertas tras de sí. Entonces dispararon sus arcabuces. El estruendo sonó en toda la ciudad y nos hizo temblar de nuevo, en verdad puso miedo en nuestros corazones.

Después, nuestros guerreros volvieron a sus barrios. Nadie decía nada. Caminaban con prisa, sin levantar la vista, como si tuvieran vergüenza.

Ese año los mexicas no hicimos la guerra. Llegaron los meses del combate y los guerreros nos quedamos en casa, no salimos al campo de batalla a enfrentarnos con nuestros enemigos. No había ocasión para que los capitanes se vistieran de águilas o de ocelotes ni para que blandieran sus macanas y sus flechas. En vano esperaron las órdenes de nuestro emperador para partir al combate.

Los jóvenes seguíamos llevando nuestra colita y los guerreros mayores de nuestro barrio, incluido mi hermano Cuahuitlícac, iban al calmécac a enseñarnos el arte de la guerra. Pero nadie pensaba en combatir a los zapotecos en su tierra en el sur, o a los tarascos en el occidente o a los huastecos en el oriente. Nos preparábamos para la batalla en nuestra propia ciudad, contra los españoles y sus amigos.

—Pronto llegará la orden —nos dijo un capitán—. Entonces, los mexicas ofreceremos nuestras vidas y demostraremos que somos los más valientes guerreros. Triunfaremos porque nuestro dios es el más fuerte. Vengaremos todas las ofensas que nos han hecho esos extraños.

—Nuestro señor Moctezuma no debió haberlos dejado entrar a la ciudad —continuó gritando mi hermano Cuahuitlícac—. En la sierra los hubiéramos podido destruir. Los hubiéramos aniquilado sin dificultad, tal como Huitzilopochtli aniquiló a sus hermanos cuando quisieron matarlo. Pero ahora los mataremos aquí.

Sin embargo, no todos querían combatir a los extranjeros. Cuando oyó las palabras de los guerreros, el gran sacerdote sacudió la cabeza.

—¿Es que acaso están locos? —les respondió en voz muy baja—. ¿No oyeron lo que sucedió en Cholula? ¿No han visto las armas que traen esos extraños? No podemos enfrentarnos a ellos. Nos destruirían completamente, como Huitzilopochtli destruyó a sus hermanos.

—Mejor morir en el combate que humillarse sirviendo a estos desconocidos —respondió el capitán.

Y nadie dijo más. Nos quedamos callados para no seguir discutiendo. La verdad, hijos míos, era que nadie sabía lo que debíamos hacer; no nos podíamos poner de acuerdo.

—Todo depende de nuestro dios Huitzilopochtli—nos dijeron los sacerdotes más tarde, cuando partieron los guerreros—. Él nos dará la respuesta y nos ordenará lo que debemos hacer. Sólo debemos esperar a que nos hable.

Para nuestra desgracia, Huitzilopochtli no hablaba. Yo preguntaba a todos los adultos, a mi padre, a los guerreros, a los sacerdotes, por qué nuestro dios no decía nada. Pero nadie tenía respuestas. ¿Y qué podíamos hacer los hombres si los dioses callaban?

Así pasaron muchos días. Aquellos que tenían que hablar con nuestro emperador iban a buscarlo a la casa de los extraños. Luego contaban que vivía como un gran señor, que no parecía prisionero. Otros contaban que lo habían visto salir en una canoa, acompañado de un piquete de guerreros españoles, para cazar patos en la laguna.

Así fue como el sol llegó hasta el sur de su camino y luego empezó a moverse de nuevo hacia el norte. Entonces llegó otra vez la época de la fiesta de nuestro

Señor Xipe y de los señores de la lluvia, los innumerables tlaloque. Había que pedirles de nuevo que los montes y los campos cambiaran de piel. Por eso, en las noches trepábamos a los cerros para hacer ofrenda de nuestra sangre y alimentar a los tlaloque.

Todo parecía igual que antes, sólo que ahora nosotros cumplíamos nuestros deberes con más empeño. Cuando estaba a solas en la punta de un cerro y me pinchaba con la espina de maguey, pensaba que si hacíamos lo que los dioses nos pedían, entonces los extraños simplemente se irían como habían venido y nos dejarían solos otra vez. Por eso me sacaba más sangre para contentar a los dioses.

Ese año todo fue como debía ser: llegaron las lluvias y crecieron las matas de maíz. Cuando llevamos las primeras flores al templo, el gran sacerdote se veía muy contento. Esperó a que todos nos reuniéramos en el patio y luego nos habló en su voz baja y grave:

—Pequeños sacerdotes. Hoy han visto lo que trae el trabajo del hombre. Porque hemos seguido dando nuestra sangre y nuestras ofrendas y no hemos olvidado a los dioses, ahora ellos nos traen la lluvia y las flores. Así ha sido siempre y eso no tiene por qué cambiar. Los dioses no nos abandonarán si les somos fieles. Si no los olvidamos, ellos nos protegerán y se encargarán de los recién llegados. Si no los ofendemos, nos librarán de ese peligro y lo alejarán de nosotros. Si esperamos, nos veremos otra vez seguros y tranquilos en nuestra ciudad. Todo está en manos de los dioses.

Las palabras del gran sacerdote llenaron nuestros corazones de alegría. Nos sentimos tranquilos y orgullosos de haber cumplido con nuestro deber. Quizá si actuábamos como siempre lo habíamos hecho, lograríamos deshacernos de los extraños, posiblemente todo era como un mal sueño, como una nube que tapaba el sol por unos cuantos días.

Una mañana, cuando volvía a la ciudad después de haber pasado toda la noche ofrendando mi sangre en un cerro, escuché un ruido muy extraño en una de las milpas que empezaban a crecer junto al camino. Venía cansado y con sueño, pero me acerqué con curiosidad. Percibí que era una voz muy baja que parecía rezar, pero no era un rezo como los nuestros ni escuché tampoco el nombre de

ninguno de nuestros dioses. Me aproximé en silencio y encontré a un español que estaba arrodillado frente a una caja abierta.

Nunca había imaginado que podía encontrarme con uno de esos extraños, hijos míos, y al verlo sentí mucho miedo. El hombre no estaba armado ni tampoco me había escuchado acercarme, pero salí corriendo.

Sin embargo, en todo el día no dejé de pensar en ese hombre, hijos míos, ni en lo que estaba haciendo. Por el tono de su voz y por su postura, parecía un sacerdote que llamaba a un dios. Quizá en esa caja que tenía en el piso vivía el dios de los extraños, como nuestro dios Huitzilopochtli vivía en un bulto desde el que hablaba con nuestros sacerdotes.

Al día siguiente volví a pasar por el mismo lugar y me detuve a escuchar la voz, pero no oí nada. Pasaron muchos días sin que el español se apareciera por ese lugar. Finalmente, una mañana escuché de nuevo su voz baja y grave, como la de mi maestro.

Esta vez me acerqué lo más posible hasta que pude ver su caja. Estaba llena de papel, como el que nosotros usábamos para nuestros libros, y el papel estaba cubierto de manchas oscuras. Parecía un libro como los que guardaban los sacerdotes en el calmécac, pero no estaba escrito como los nuestros ni tenía forma de tira larga, como debían ser los libros.

Para ver mejor lo que había en las páginas me acerqué tanto que el hombre me descubrió. Quedamos uno frente al otro sin saber qué hacer, él arrodillado y yo agazapado entre las matitas de maíz. Estuve a punto de salir corriendo, pero me di cuenta de que no tenía por qué temer. El hombre era viejo y tenía el cabello blanco como nuestros ancianos. Su rostro expresaba tranquilidad y dulzura. No parecía una fiera, pero sus ojos eran claros, casi transparentes, como si estuvieran hechos de chalchihuites.

El viejo se puso de pie y sonrió. Yo sonreí también y señalé al libro.

—Libro —dijo el español.

—Li... blo —repetí. Fue la primera palabra que aprendí en su idioma.

—Biblia —dijo y señaló hacia el cielo.

—Téotl —le dije, pues entendí que hablaba de un dios. Sonreí de nuevo. Tenía razón, el hombre hablaba con sus dioses.

Él sonrió y cerró el libro. Parecía un objeto precioso, cubierto de cuero negro con pedazos de metal dorado. Con gran cuidado lo guardó en una bolsa de cuero, muy vieja y maltratada, y luego se acercó a mí y extendió la mano para acariciarme la cabeza. Aunque olía muy mal, como si no se hubiera bañado en mucho tiempo, me quedé quieto y dejé que me tocara. El hombre sonrió una última vez y se alejó tranquilamente.

Luego de ese día no lo volví a escuchar nunca más rezando entre las milpas.

Poco después llegó una noticia que nos desconcertó a todos. Otros hombres blancos como los extraños habían llegado a la costa de oriente. Venían en barcos tan grandes como los suyos y decían que querían atrapar al capitán Cortés porque era un ladrón que había venido aquí sin permiso de su rey. Los mensajeros que trajeron la noticia contaron después que Cortés se había disgustado mucho al saber de la llegada de esos hombres. Unos días después salió hacia la costa con muchos de sus guerreros. Únicamente dejó a unos cuantos de los suyos en la ciudad, para que cuidaran a nuestro rey Moctezuma.

Al verlo partir, todos los habitantes de la ciudad nos sentimos muy contentos. Los jóvenes de nuestro barrio nos juntamos a celebrar en el patio del calmécac. El gran sacerdote se veía tan alegre como el día en que llevamos las flores:

—Pequeños sacerdotes, hoy es otro día feliz—dijo con entusiasmo—. Los dioses nos han librado de los extraños. Ahora partió el capitán y pronto partirán todos los otros extraños. Los dioses nos han librado de la guerra.

—No es cierto —gritó uno de los guerreros—. Ahora es cuando debemos atacar a esos intrusos. Son pocos y no está su capitán, que es el más fuerte de todos. Ahora están en nuestras manos. Sólo falta que nuestro dios Huitzilopochtli nos dé la orden de aniquilarlos.

—Será en la fiesta de Tóxcatl, estamos seguros—gritó mi hermano Cuahuitlícac —. Entonces verán esos extraños qué tan valientes somos los mexicas.

El sacerdote no respondió, ni siquiera se quedó a escuchar las palabras de los guerreros. Lo habían interrumpido, no habían respetado su sabiduría.

Pese a las palabras de los guerreros, no parecía que los españoles que se habían quedado en la ciudad sintieran miedo. Por el contrario, ahora salían más y más del palacio de Axayácatl para buscar oro. Iban siempre armados y en grupos y buscaban el metal precioso. Donde oían que se guardaba algo, aunque quizá sólo fuera un collar o una placa, ahí iban a pedirlo. Por eso vinieron un día a nuestro templo, a Yopico, la casa de nuestro Señor Xipe.

Era ya tarde y todos los pequeños sacerdotes estábamos reunidos en el patio, donde el maestro nos enseñaba un libro que mostraba los días de nuestro calendario y los dioses que mandaban en cada uno. Entonces un niño del barrio corrió a avisarnos que varios guerreros extranjeros venían por la calzada. Nuestro maestro no perdió la calma. Dobló la larga tira de pergamino, la guardó en su caja de madera y nos ordenó que escondiéramos todas las imágenes de los dioses que había en el templo.

—Tenemos que cuidar a nuestros dioses —dijo solemnemente.

Cuando todos estaban guardados, ordenó que uno de nosotros trajera el collar de oro que adornaba a nuestro Señor Xipe. El muchacho se lo entregó y, sin decir nada, el sacerdote lo puso en el piso en el centro del patio. Después nos indicó que nos colocáramos todos de pie, junto al muro.

Los extraños entraron al patio y se sorprendieron al vernos así, listos para recibirlos. Se quedaron quietos unos instantes y tuve tiempo de observarlos con cuidado.

Su jefe venía al frente y era corpulento, con el cabello dorado y muy largo. Sus barbas eran también largas y doradas, como los rayos del sol. En una mano llevaba un escudo de plumas verdes con un sol de oro en el centro. Lo reconocí inmediatamente: él era el famoso Tonatiuh, el sol, el capitán de los españoles ahora que Cortés había partido a la costa. Entonces entendí por qué lo llamaban así, pues era en verdad como si todo él deslumbrara, su rostro era fuerte y su mirada temible.

A su lado venía un hombre muy gordo. Tenía la cara llena de marcas, como si lo hubieran picado muchísimos bichos. Fue el primero que se acercó hacia nosotros, riendo y agitando su espada.

—Temamauhti, soy temible. Soy un monstruo comegente, tequani.

Todos respingamos, pues nos asustó que hablara nuestro idioma. Todos los españoles rieron. El gordo recogió el collar y lo pasó a otro hombre muy joven, de la edad de mi hermano Cuahuitlícac. Al verlo me sorprendí, pues no sabía que hubiera españoles tan jóvenes. Entonces lo miré con atención y observé que era tan alto y gallardo como mi hermano. Pensé que seguramente era un guerrero valiente que había nacido como él, en un día pedernal.

El joven tomó el collar y lo pasó al último del grupo. Era el viejo de la milpa. Lo reconocí fácilmente, aunque ahora pude ver que su cuerpo estaba encorvado como si hubiera cargado demasiado peso toda su vida. Era delgado, hecho de puros huesos y por eso pensé que quizá había nacido en el día de la lagartija, como yo.

El viejo revisó el collar, sintió su peso y mordió un borde. Luego movió la cabeza de lado a lado. Algo dijo en su idioma y los otros se enfurecieron.

El Tonatiuh se adelantó dando gritos y tomó a nuestro maestro de los hombros. En ese instante varios de los sacerdotes nos acercamos para protegerlo, pero el gordo nos detuvo con su espada.

—Tecuicla, tecuicla. Queremos oro, carajo. Tecuicla —gritaba el Tonatiuh, repitiendo la única palabra que conocía en nuestro idioma.

Nuestro maestro levantó las manos vacías. Entonces el Tonatiuh le arrancó su collar de chalchihuites y lo empujó. El gran sacerdote cayó al piso y luego el Tonatiuh le aventó encima las cuentas del collar y empezó a patearlo sin dejar de gritar.

No pudimos hacer nada por él, hijos míos. El gordo nos esperaba con la espada, listo para atravesar al que se atreviera a defender al sacerdote. El Tonatiuh lo pateó varias veces hasta que habló el viejo. Apenas se le podía escuchar entre los gritos, pero el Tonatiuh se detuvo, escupió sobre nuestro maestro y dio media vuelta.

Entonces los extraños se fueron, tan rápido como habían llegado, a buscar oro a otro barrio de la ciudad.

Esa noche nos mandaron a todos a dormir a nuestras casas. Cuando conté lo que había sucedido en el calmécac, mi hermano Cuahuitlícac se puso a dar gritos, con tanta furia como el propio Tonatiuh:

—¿Hasta cuándo los vamos a dejar que nos humillen? ¿Cuánto más vamos a permitir que nos roben? Debieron haber matado a esas bestias por atreverse a entrar en nuestro templo. Pero son todos unos cobardes, empezando por el gran sacerdote. Ya vieron lo que sucede cuando uno no se defiende. Por eso tenemos que atacar a esos extraños y terminar con ellos.

Mi padre le respondió en voz baja:

—No podemos hacer nada hasta que nos lo ordene nuestro rey Moctezuma. Él nos ha mandado que no hagamos la guerra y que demos a los extraños lo que nos pidan. Tenemos que obedecerlo.

—Ese Moctezuma sólo es un cobarde. Ya no es nuestro emperador —respondió Cuahuitlícac entre dientes, pero mi padre se levantó de un salto y le golpeó la cara.

—Bellaco. No te atrevas a hablar así de nuestro señor. ¿Estás loco? Te podrían matar por decir eso.

—Pues no soy el único que piensa así. Ya nadie quiere obedecer a ese cobarde.

Cuahuitlícac salió de la habitación sin decir más y mi padre se quedó quieto, de pie con la cabeza baja, durante mucho rato.

—Padre, ¿qué está pasando? ¿Por qué no nos protegen nuestros dioses? ¿Por qué dejaron que golpearan así al gran sacerdote?

Mi padre no me respondió, pero en verdad yo tampoco quería que me dijera nada, hijos míos.

Esa noche soñé que los extraños venían por mí. El joven guerrero me sujetaba con fuerza, el hombre dorado me golpeaba, el gordo se reía y el viejo me miraba con sus ojos tristes y cansados. Desperté empapado en sudor.

A partir de ese día, cada vez que veía a mi hermano Cuahuitlícac pensaba en el joven guerrero español y cada vez me parecían más similares, como si fueran

gemelos. Y entonces sentí, hijos míos, en lo más profundo de mi corazón, que en realidad eran enemigos acérrimos porque habían nacido el mismo día y que por ello uno había de matar al otro, sin falta. Por eso, rogaba para que el muerto no fuera mi hermano, pues su esposa ya estaba encinta, ya esperaba su primer hijo, mi sobrino.

Cuahuitlícac no sabía nada de esto, ni yo se lo dije nunca. Cada día se hacía más impetuoso. Iba de un lado a otro con los guerreros del barrio. Todos hablaban sin cesar y buscaban a los guerreros de los demás barrios, como si estuvieran urdiendo algo muy importante.

Un día, en casa, me llamó aparte y me dijo con mucha seriedad:

—Pronto vamos a acabar con los extraños. No podemos tolerarlos más. Ya no deben pisotear nuestro orgullo. Huitzilopochtli quiere que nosotros empecemos la guerra. Por eso no habla, quiere probar nuestra valentía. Si nosotros los atacamos, entonces nos ayudará y los venceremos.

Entonces me tomó del hombro:

—Tú vas a tener que estar ahí, con todos. Ya es hora de que demuestres tu valentía y te cortes esa colita. Da vergüenza verte así.

Esa noche sentí mucha emoción, hijos míos, pues ya había llegado la hora de la guerra. Tenía ganas de combatir y de vengar lo que los extraños le habían hecho a mi maestro. Quería matar al joven extranjero, el doble de Cuahuitlícac, antes de que él matara a mi hermano. Estaba listo para la batalla. Ahora no tenía miedo. Estaba seguro de que sería un guerrero valiente.

VI. De cómo fuimos atacados en nuestra ciudad

ENTONCES empezó la guerra, hijos míos. La muerte se extendió en el centro mismo de nuestra ciudad, al pie de nuestros templos, entre nuestras casas. Hubo enemistad, combates, heridos y muertos. Pero nada fue como lo querían mi hermano y los guerreros mexicas, nada fue como ellos habían planeado. Fueron los extraños quienes iniciaron el combate. Ellos nos atacaron por sorpresa, a mansalva, como viles ladrones y asesinos.

Sucedió en la fiesta de Tóxcatl, que era una gran celebración en honor de Huitzilopochtli y del dios Tezcatlipoca, el enemigo. Durante mucho tiempo habíamos esperado esa fiesta con ansias.

—Va a ser entonces que hablará nuestro dios Huitzilopochtli —decían todos, hasta mi padre.

Nuestro señor Moctezuma sabía también que los mexicas queríamos escuchar a nuestro dios en Tóxcatl. Por eso le pidió al Tonatiuh que nos permitiera celebrar la fiesta, que no prohibiera que los guerreros danzaran, como ya había prohibido el capitán Cortés que se hicieran sacrificios en el gran templo. Y el Tonatiuh aceptó y dijo que celebráramos la fiesta como era nuestra costumbre, pues él quería ver cómo la hacíamos. Así pues, los mexicas nos sentimos seguros para hacer nuestra danza. Porque entonces no sabíamos cuán malvado era, cuán torcido estaba su corazón.

Desde días antes empezamos a preparar la gran danza. Primero construimos la efigie de Huitzilopochtli. Cada barrio tenía a su cargo hacer una parte. Unos fabricaron su cuerpo con semillas de amaranto; otros, las armas; otros más, los adornos de plumas azules.

En el calmécac de Yopico elaboramos los adornos de papel de amate para vestirlo. Primero cortamos el amate con cuchillos de obsidiana muy filosos y así fabricamos el máxtlatl y la bandera que nuestro dios cargaría en la espalda.

Después sumergimos la bandera en una batea llena de tinte rojo de cochinilla,

que era muy valioso y muy raro y que sólo se usaba para teñir las mantas de los grandes guerreros y las ropas de los dioses, y luego la pusimos a secar al sol. Por último la cosimos a un palo de madera. Lo hicimos con mucho cuidado para que la espina de maguey no rasgara el papel.

Mientras tanto, los guerreros iban de un barrio a otro. El día en que estábamos terminando de coser los adornos del dios, mi hermano Cuahuitlícac llegó a nuestro calmécac con varios jóvenes más. Se quedaron en la puerta durante un rato, haciendo comentarios en voz baja y señalando a los que parecían más fuertes de entre nosotros. Al fin, el capitán se adelantó y nos habló en voz alta:

—Jóvenes mexicas. Es propio y justo que trabajen en la ropa de nuestro dios Huitzilopochtli. Ojalá ahora sí, cuando esté sentado frente a nosotros, se digne hablarnos y llamarnos a la guerra. Demasiadas humillaciones ha padecido ya nuestra ciudad, demasiado hemos sufrido por culpa de esos extraños que están entre nosotros. Pero no debemos pensar únicamente en nuestro dios, también existimos nosotros, los guerreros de nuestra ciudad. ¿Para qué vivimos sobre esta tierra? Somos la fuerza, el brazo izquierdo, las armas de nuestro dios. Somos nosotros los que vencemos a los enemigos en su nombre. Somos nosotros los que cargamos las flechas y los escudos y los que partimos al combate. Por eso no debemos esperar a las órdenes de nuestro dios. Por eso debemos estar listos para la guerra. Él nos necesita, él nos espera.

”Por eso también ustedes, los jóvenes que apenas van a ir a la guerra, deben prepararse para mostrar su fuerza. ¿Cuándo les hemos tenido miedo a nuestros enemigos? Nunca. Por eso el día de la fiesta todos debemos ir vestidos como guerreros. Tendremos un aspecto tan fiero que pondremos miedo en el corazón de nuestros enemigos. Les mostraremos que somos tan temibles como nuestro dios Huitzilopochtli. Después los venceremos como él venció a sus hermanos cuando lo atacaron.”

Todos los pequeños sacerdotes dejamos nuestras labores y contemplamos al capitán con admiración. Cuando calló, uno de nosotros se puso de pie y avanzó hacia él, como si quisiera partir al combate en ese mismo momento. Uno a uno, todos nos levantamos. El orgullo llenaba nuestro pecho, orgullo de ser mexicas, orgullo de ser los guerreros más temibles, orgullo de seguir a Huitzilopochtli. Estábamos listos para la guerra.

Al fin llegó el día de la gran fiesta de Tóxcatl. En todas las casas se hicieron ofrendas en honor de Huitzilopochtli. Mi padre tenía una pequeña vasija azul en forma de colibrí que representaba a nuestro dios, porque él era también el más pequeño y el más rápido de los pájaros. Frente a ella puso algunos tamales, frijoles y una tortilla. Yo lo ayudé a servir la comida en los platos de barro pintado más hermosos de la casa y a ponerlos en orden frente a la vasija. Luego encendimos copal.

Cuando llegó mi hermano Cuahuitlícac, vimos que estaba contento. Parecía más alto y más fuerte que antes. Por primera vez en muchos días no cargaba su macana. Cuahuitlícac se puso en cuclillas frente a la imagen y cruzó los brazos en silencio, luego prendió un poco más de copal y se volvió hacia mi padre.

—Hoy será un buen día, padre. Hoy verán esos extraños quiénes somos y contra quiénes se están enfrentando. Hoy nos empezarán a temer. Y pronto los atacaremos y terminaremos con ellos.

Mi padre se quedó callado unos segundos. Luego habló en voz baja, con la cabeza agachada, como hablaban los mayores cuando tenían que dar una noticia triste:

—Ayer me contaron que los extraños fueron a ver a las mujeres vírgenes que viven en el gran templo, dedicadas a adorar a los dioses. Entraron en la habitación en que labran las ropas de nuestros sacerdotes y las miraron a la cara sin respeto y les dijeron cosas en su idioma mientras se reían. Es algo que no debían hacer, pues esas son mujeres puras que no deben ser vistas por ningún hombre, sólo por los dioses. Pero esos extraños hacen lo que quieren. No respetan nada y no temen nuestra ira.

Finalmente levantó la vista y nos miró a los ojos.

—Tengan mucho cuidado, hijos míos. Los extraños son hombres temibles. No sabemos qué es lo que quieren. Les hemos dado oro, regalos, honores, todo lo que nos han pedido. Los hemos tratado como dioses. Pero ellos no están contentos, no descansan, quieren más. Y son unos salvajes, pueden hacer cualquier cosa.

Cuahuitlícac hizo un ademán de desprecio y se puso de pie.

—Los mexicas hemos derrotado a enemigos más poderosos. No tenemos por qué

temer a esos desconocidos.

Entonces se fue sin decir más.

En la noche, los jóvenes y los guerreros de Yopico nos reunimos en nuestro calmécac para ir juntos hacia el gran templo. Parecía en verdad que partíamos a la guerra. Los más jóvenes, los que nunca habíamos combatido ni hecho cautivos, llevábamos nuestra colita en la nuca y nuestra manta de ixtle. Los mayores, como mi hermano, iban adornados ya con plumas y con hermosas telas de colores como hombres fieros y temibles. Pero ninguno de nosotros llevaba armas.

Cuando empezamos a caminar hacia el centro de la ciudad, corrí con mi hermano y le pregunté dónde estaban su macana y su escudo.

—Están guardados en un lugar seguro —me respondió en voz baja—. Están listos para ser usados cuando llegue el momento. Ahora vamos a bailar en honor de nuestros dioses.

Cuando llegamos a la plaza frente al gran templo se habían reunido ya muchísimos jóvenes, pero la plaza era tan grande que no alcanzaban a llenarla. Los braseros iluminaban sus mantas de colores, sus plumas teñidas y las banderas de los diferentes barrios de la ciudad. Sentí alivio al ver a los mexicas todos juntos. Éramos muchos y muy fuertes, seguramente no teníamos nada que temer.

La imagen de nuestro dios estaba colocada en una gran tarima frente a su templo. Era del tamaño de un hombre, hijos míos, pero toda hecha de semillas de amaranto molido. Los adornos de oro que tenía en la nariz y en las orejas resplandecían a la luz del fuego. También brillaban las plumas de colibrí y el gran gorro puntiagudo que llevaba en la cabeza. Su manto estaba todo pintado de calaveras y huesos humanos. En una mano llevaba un escudo cubierto de plumas de colores, en la espalda su bandera roja, la que habíamos hecho en nuestro templo. En la otra mano, su serpiente de fuego, que era el arma con la que había matado a sus hermanos traidores.

Era en verdad un dios guerrero, un capitán listo para llevar a sus hombres al combate. Parecía que en cualquier momento se pondría de pie y nos llamaría a la

guerra. Entonces su vozarrón sonaría tan fuerte y tan clamoroso que ningún ruido podría apagarlo, y todos los mexicas escucharíamos sus órdenes. Así había sucedido antes. Ahora todos estábamos listos para escuchar de nuevo a nuestro dios y seguirlo en el combate.

Al poco rato empezó el baile. Los tambores y los cantos se hicieron tan fuertes que parecían el estruendo de una tormenta. Las llamas de los braseros se movían más rápidamente, como si ellas también bailaran. Corrimos todos al centro de la plaza y formamos una larga fila. Cada uno tomó por la cintura al que tenía enfrente. Los que estaban hasta adelante comenzaron a moverse y pronto todos empezamos a correr tras ellos. Corríamos de un lado a otro, nos deteníamos, dábamos la vuelta. Por más rápido que corríamos, por más bruscos que fueran los movimientos, no nos podíamos soltar. No importaba que estuviéramos a punto de caernos o de salir volando, teníamos que seguir asidos a nuestros compañeros. La fila parecía una culebra que se movía al son de los tambores, por eso el baile se llamaba la danza del culebreo.

Era muy cansado correr así, sin tomar aliento, hijos míos. Después de un rato empecé a sudar. Las manos mojadas se me querían resbalar de la cintura del muchacho de enfrente, las piernas se me hacían débiles y ya no podían sostener mi cuerpo, me dolía el pecho y la vista se me nublaba. La música sonaba cada vez más fuerte y ya sólo podía escuchar el tambor, que parecía el latido de mi corazón dentro de mi pecho.

Si algún joven se detenía, si alguno perdía el paso y soltaba a su compañero, inmediatamente venían unos guerreros y lo golpeaban con macanas de pino. A veces sólo le daban un golpe en un brazo o en la cadera, pero otras lo golpeaban hasta hacerlo caer al piso, lo hacían besar la tierra, lo humillaban para que todos lo viéramos y no nos soltáramos. Y el que había caído aceptaba los golpes como un castigo justo, porque esos guerreros eran los hermanos de Huitzilopochtli, hombres muy valientes que habían vivido en su templo, ayunando y haciendo penitencia. Y ése era su deber, tenían que vigilar la danza de nuestro dios para que se hiciera como debía ser, para que los mexicas no falláramos.

Durante mucho tiempo no dejamos de bailar, ni dejamos de escuchar los cantos y los tambores. Por eso nadie se dio cuenta cuando llegaron los españoles, nadie vio que venían armados con sus trajes de hierro y sus espadas. Nadie pudo avisar a los demás cuando ya habían rodeado la gran plaza del templo y habían cerrado las entradas. Nadie supo que nos habían tendido una trampa.

Sólo nos dimos cuenta de lo que pasaba cuando se detuvo la música. Entonces dejamos de bailar, sorprendidos, y observamos cómo esos hombres malvados mataban a los que tocaban los instrumentos. A unos les cortaron los brazos, a otros la cabeza. De un tajo los cortaban, como si fueran plantas.

Todos lo vimos, pero no tuvimos tiempo de indignarnos, ni siquiera pudimos gritar que nos atacaban. Los otros españoles avanzaron sobre los danzantes y empezaron a herirlos con sus lanzas y sus espadas. Nada los detenía, avanzaban entre la gente como entre las plantas de una milpa, atravesando los pechos de los jóvenes, cortando brazos y cabezas, manchando todo de sangre.

Yo no supe qué hacer, hijos míos. No me podía mover ni gritar, ni esconderme. Sólo podía ver cómo los españoles se acercaban a donde yo estaba y oír los gemidos de los jóvenes heridos. Nada más me quedé quieto, como si hubiera muerto ya, viendo cómo uno de los extraños se acercaba a mí con su espada llena de sangre y sintiendo ya el filo del metal en mi cuerpo.

Por fortuna, alguien me jaló entonces, alguien me tomó del brazo y me hizo huir tras él. Corrimos juntos hacia una de las puertas del gran patio, pero vimos que enfrente de ella estaba parado un español que atravesaba con su lanza a todos los jóvenes que se acercaban.

Dimos media vuelta y vimos que la plaza estaba llena de españoles. Todos brillaban con sus trajes de metal. Los cuerpos de los jóvenes mexicas se encimaban ya uno sobre otro. Se veían tan frágiles con su piel desnuda, llena de heridas, que se me llenaron los ojos de lágrimas. La sangre cubría el piso, como agua después de la lluvia.

Pero ahora no tenía tiempo para llorar. Sólo quería escapar. Al fondo de la plaza vi un edificio bajo que parecía vacío. Jalé a mi compañero y corrimos hacia allá. Avanzamos con mucho cuidado, entre las sombras, sin hacer nada de ruido, para que los asesinos no nos vieran. Cuando estábamos a unos pasos de la puerta, mi compañero fue derribado con un tiro de ballesta. No vimos venir la flecha, simplemente lo atravesó de sorpresa y lo derribó en un instante. Me detuve a levantarlo pero ya no me respondió. Ese joven me salvó la vida, hijos míos, y yo nunca pude ver bien su cara y nunca supe su nombre.

Solo y temblando de miedo entré al edificio y vi que adentro no había ningún español. En el patio central se habían refugiado varios jóvenes como yo a la

sombra de las columnas. Encontré un lugar oscuro y me tiré en el piso. Quería descansar, dormirme quizá. Pero en cuanto cerré los ojos volví a ver los cuerpos muertos de los jóvenes mexicas. Entonces me acordé de Cuahuitlícac y mi corazón dio un brinco. Mi hermano estaba entre los guerreros más valientes que iban adelante de la culebra, los que habían sido muertos primero. Seguramente su cuerpo estaba tirado en el piso, lleno de sangre.

Tenía que encontrarlo. Sin pensarlo más, trepé por una de las columnas del patio del edificio y llegué al techo. Dos braseros inmensos ardían en cada esquina. Me acerqué y me escondí detrás de uno de ellos.

En la gran plaza no quedaba ya un solo joven mexica de pie. Los españoles se movían de un lugar a otro, entre los montones de cuerpos, golpeando y cortando a los que estaban todavía vivos. A veces se quedaban quietos para esperar a que se movieran los pocos que seguían con vida. Entonces, en cuanto los descubrían, los atravesaban con sus lanzas. El olor de la sangre era tan fuerte que tuve que taparme la nariz. No alcanzaba a distinguir nada con claridad, no podía saber si mi hermano estaba vivo o si era ya uno de los muertos. Entonces volteé hacia donde estaba nuestro dios Huitzilopochtli y vi que un español lo golpeaba con un mazo y luego arrancaba su bandera y la tiraba al piso.

Fue entonces que se oyó el grito:

—¡Capitanes mexicas, vengan acá! ¡Traigan sus armas, traigan sus escudos y sus dardos! ¡Vengan acá, de prisa, corran! Han asesinado a nuestros guerreros, han matado a nuestros jóvenes. Nuestros valientes han sido aniquilados. ¡Oh, capitanes mexicas, vengan a la guerra!

La voz sonó muy cerca de la plaza, pues venía de alguno de los edificios que la rodeaban. En unos instantes se oyeron otros gritos iguales más y más lejanos. Los pregoneros repetían la orden por los cuatro rumbos de la ciudad.

Los españoles se detuvieron por unos instantes y bajaron sus armas. Parecían desconcertados. Entonces su capitán Tonatiuh, que estaba en el centro del patio, empezó a dar gritos y a agitar los brazos en todas direcciones. Su voz era tan temible que todos los españoles lo obedecieron e inmediatamente se dirigieron hacia los edificios que rodeaban el patio. Avanzaron con las armas por delante, listos para matar al que había gritado. Parecía que nadie se les podría escapar.

Algunos venían hacia donde me escondía. Pensé que de seguro encontrarían a

todos los que estábamos ahí y nos matarían, como habían matado a mi hermano. Quise huir, pero cuando recordé a Cuahuitlícac dejé de sentir miedo. Ahora sólo quería vengarme.

Cuando los españoles se acercaron, empujé el brasero que estaba frente a mí. El barro estaba muy caliente y apenas lo toqué mi piel ardió y mis ojos se llenaron de lágrimas. Pero no me importó: seguí empujándolo con todas mis fuerzas hasta que logré voltearlo. El brasero cayó sobre dos españoles que habían llegado hasta el edificio y los troncos ardientes salieron volando. Uno de los extraños alcanzó a gritar antes de morir aplastado. El estruendo se oyó en toda la plaza.

Cuando me puse de pie en la azotea todos los españoles voltearon hacia mí. Me vieron solo, encima del techo, y el capitán Tonatiuh me señaló y dio un grito. En un instante varios extraños corrieron hacia mí.

No sé cómo logré escapar, hijos míos. Recuerdo que corrí hacia el otro extremo del edificio y que luego salté al piso del patio. Rodé por el suelo y me levanté para seguir corriendo. No me detuve aunque me dolía todo el cuerpo. Pasé varios edificios, corriendo entre figuras y columnas. Crucé patios huyendo de los gritos de los españoles y me encontré con otros jóvenes que huían como yo. Finalmente llegué al muro alto y fuerte que rodeaba todos los templos de la plaza, el gran coatepantli. Traté de saltarlo pero apenas alcancé a aferrarme a una cornisa. Los españoles estaban muy cerca y yo no podía elevarme, pues no tenía ya fuerzas.

Entonces pensé que verdaderamente había llegado mi fin. Me sentí tranquilo porque al menos había matado a dos de los extraños. Moriría peleando como un buen guerrero mexica y quizá iría junto a mi hermano Cuahuitlícac, a acompañar al sol en su camino por el cielo.

Cerré los ojos para esperar el golpe de la espada de un español, pero alguien me tomó del brazo y me levantó en vilo. Una vez arriba del muro, salté a la calzada. Estaba llena de guerreros que venían a atacar a los españoles, todos daban gritos de guerra golpeando las manos contra sus bocas abiertas, como hacían siempre que querían asustar a sus enemigos, y todos cargaban macanas, dardos y flechas.

—¿Dónde están las armas? ¡Denme un arma! —grité desesperado.

Quería regresar a la plaza para matar a esos asesinos traidores, a esos cobardes españoles que nos habían atacado cuando estábamos desarma dos y que habían

matado a mi hermano. Pero nadie se detenía. Todos los guerreros corrían hacia la casa de los españoles. Empecé a correr yo también con ellos. Mi corazón quería salirse de mi pecho, mis manos temblaban, pero no sentía frío ni cansancio.

Entonces me tropecé y no pude levantarme más. Un hombre se detuvo y me alzó por los hombros.

—¡Dame un arma! ¡Tengo que ir al combate! —le grité.

El hombre me tocó la cara y luego me enseñó la sangre que había manchado sus dedos. En ese momento empecé a sentir dolor en las piernas, en el pecho, en los brazos, en todo el cuerpo. Tenía sangre por todos lados. Pero recordé la sangre de los jóvenes asesinados en la plaza.

—¡Tenemos que acabar con ellos! Son unos traidores.

Ya empezaba a correr cuando el hombre me detuvo del brazo.

—Vete a tu casa, muchacho. Necesitas que te curen.

Entonces pensé que quizá en mi casa estarían las armas de mi hermano Cuahuitlícac, que podría recoger su lanzadardos o su macana. Tenía que regresar por ellas, para vengar su muerte. Pero no sabía dónde estaba. Empecé a caminar muy lentamente, pues apenas aguantaba el dolor. Tardé mucho tiempo en encontrar la calzada que llevaba a mi barrio. Las calles estaban llenas de gente. Los hombres corrían de un lado a otro, llevaban armas, daban de gritos. Las mujeres esperaban frente a las puertas de sus casas, con antorchas encendidas, y examinaban las caras de todos los jóvenes que pasaban. Varias sonrieron al verme venir, pero bajaron la cabeza cuando se dieron cuenta de que yo no era su hijo.

Cuando llegué a mi casa ya había amanecido. Mi madre lloraba en un rincón, junto a la esposa de mi hermano. Me vieron y no pudieron decir nada. Yo estaba tan cansado que sólo pude tirarme sobre un petate a dormir.

Desperté cuando mi madre me pasó un trapo mojado por la cara. La frente me ardía.

—¿Dónde está Cuahuitlícac? —pregunté.

Los ojos de mi madre se llenaron de lágrimas.

VII. De cómo hicimos la guerra en nuestra propia ciudad

DORMÍ hasta que se volvió a hacer de noche. Cuando desperté, sentí prisa por correr a la guerra, pero la cabeza me dolía mucho y no podía levantarme. Al verme con los ojos abiertos, mi madre se acercó y me acarició suavemente.

—Estás todo cortado y lleno de heridas, Cuetzpalómitl, hijo mío. ¿Qué hiciste? ¿Qué te pasó en la frente? Estábamos muy tristes porque pensamos que a ti también te habían matado. Pero se nos olvidó que tú eres del día de la lagartija y que resistes todo.

Hablaba muy dulcemente mientras jugaba con mi cabello. Sentí ganas de volver a cerrar los ojos y quedarme así, como cuando era un niño muy pequeño. Pero entonces me acordé de mi hermano.

—¿Dónde está Cuahuitlícac?

Mi madre bajó la vista y me soltó. Alcé la voz.

—Padre. ¿Qué sabes de mi hermano?

—Tu padre no está en casa —respondió mi madre con voz grave—. Fue a buscar a Cuahuitlícac, hijo mío. Ahora hay guerra en la ciudad. Nadie sabe lo que va a pasar con nosotros.

—Entonces tengo que ir al combate. Ya soy un guerrero. Maté a dos de los enemigos. Yo...

Quise levantarme, pero la cabeza me dolía como si me hubiera mordido una serpiente. Me recosté y me quedé dormido de nuevo al instante.

Cuando desperté mi padre comía tortillas en silencio cerca del fogón. Estaba pálido y de vez en cuando sacudía la cabeza. Sólo hasta que terminó de cenar me atreví a preguntarle por mi hermano. Me respondió sin voltear a verme, con voz

apagada y temblorosa:

—Fui a buscar el cadáver de Cuahuitlícac a la plaza del gran templo. Ahí estaban todos los padres y las madres de los jóvenes guerreros. Las mujeres lloraban a gritos. Era tanta la gente que había que abrirse paso a codazos. Había charcos de sangre en el piso y tantos cadáveres que era imposible encontrar a nadie. Los sacerdotes los separaban según el color de sus vestidos: los grandes guerreros de un lado, los que habían hecho su cautivo más allá, los muchachos de colita por acá.

”Todos sentíamos que estábamos viviendo una pesadilla. En verdad no podíamos creer lo que veíamos: nuestros hijos, la fuerza de nuestra ciudad, habían sido cortados cual tallos de maíz tierno en la plaza de nuestro propio templo, frente a la imagen de nuestro propio dios Huitzilopochtli.

”Parecía que mi padre hablaba solo y que aún estaba viendo los cadáveres. Calló unos instantes y luego volvió a hablar con voz furiosa.

”Entonces oímos voces desde el palacio de Axayácatl, donde viven los extraños. Decían que nuestro rey quería hablarnos, que quería darnos órdenes. Corrimos todos hacia allá. Pensamos que quizá nos pediría que lo salváramos, que lo liberáramos de esos traidores asesinos y que vengáramos la muerte de nuestros hijos. Había tanta gente en la calzada frente al palacio que apenas se podía respirar. Pero todos estábamos en silencio. Se hubiera oído el llanto de un niño o el volar de un pájaro.

”Entonces Moctezuma apareció en el techo del palacio. Estaba rodeado de otros grandes señores mexicas y de guerreros españoles. Todos bajamos la vista y él empezó a hablar. Su voz apenas se oía, pero los pregoneros repetían sus palabras hacia los cuatro rumbos:

”—¡Mexicas! ¡Tenochcas! Escuchen la voz de su gobernante, de su señor. ¡Escuchen sus órdenes! No somos los iguales de estos hombres. No los podemos vencer. Dejen la batalla. Suelten sus flechas y sus escudos. Piensen en los pobres viejos, en las mujeres, en la gente del pueblo, en los niños que apenas gatean. Ellos pagarán la guerra, ellos sufrirán. Por eso, les ordeno yo, su emperador, el señor Moctezuma, que no combatan más. No podemos vencer a los extraños. Cesen la lucha, ¿acaso no ven que me tienen atado y que me quieren matar?

”Lo escuchamos en silencio, pero cuando terminó de hablar nadie lo quiso

obedecer. Alguien le gritó que era un cobarde, un tonto, que parecía una mujer asustada. Otros le gritaron que era un traidor. Todos sentíamos la misma ira. Gritamos todos a coro que los mexicas no dejaríamos la guerra hasta que hubiéramos vengado a nuestros jóvenes muertos. Le gritamos que ya no lo queríamos como rey nuestro, que no queríamos más a un gobernante cobarde. Queríamos un capitán, un gran guerrero que nos condujera al combate.

”Entonces alguien lanzó una piedra al techo del palacio. Todos lo vimos porque ya nadie bajaba la vista frente a ese Moctezuma. La piedra rozó su cabeza y vimos cómo se asustaba y se echaba para atrás. Después volaron más piedras de todos lados. Lo queríamos matar por cobarde y por traidor. Pero los extraños lo protegieron, lo taparon con sus escudos y lo regresaron al interior del palacio. No sé si alguna piedra lo golpeó.”

Mi padre me miró. Sus ojos estaban llenos de lágrimas.

—¡Qué bueno que regresaste, Cuetzpalómitl! No podíamos dormir. Tú eres joven, te queda mucho por vivir. Ojalá nunca mueras asesinado como tu hermano.

Luego bajó la cabeza y continuó hablando para sí mismo:

—Estos son tiempos horribles. Somos todos como niños pequeños que no sabemos qué hacer ni dónde escondernos. Nada nos sirve ya. No nos sirven las palabras de los ancianos, ni la voz de nuestros dioses. Ellos nunca conocieron nada parecido. Y ahora tampoco tenemos gobernante. Son tiempos aciagos en que los mexicas quieren matar a su propio rey.

Al día siguiente me sentía un poco más fuerte, y aunque tenía un chipote inmenso en la frente, corrí al templo de nuestro barrio. En el patio ardía una inmensa fogata en la que se quemaban los cuerpos de los muchachos de Yopico. Varias mujeres lloraban en la puerta y me miraron de manera tan extraña que sentí miedo: quizá deseaban que yo estuviera muerto y que sus hijos estuvieran vivos en mi lugar. Entonces sentí vergüenza de estar ahí mientras mis compañeros habían muerto. Pregunté por mi hermano pero nadie lo había visto y su cuerpo no estaba entre los que habían traído del templo. El gran sacerdote no aparecía por ningún lugar. Finalmente, unos viejos me dijeron que los otros muchachos del barrio habían ido a trabajar a la calzada que lleva a Iztapalapa.

Los encontré en el primero de los puentes de la calzada. Habían levantado las

tablas de madera y ahora quitaban las piedras del camino para hacer más ancho el canal y hacer más difícil la huida de nuestros enemigos. Faltaban muchos compañeros y los presentes me vieron con sorpresa pues seguramente pensaban que había muerto. Apenas tuve tiempo de saludarlos antes de ponerme a trabajar.

Un capitán daba vueltas por la calzada mientras gritaba:

—De prisa, no descansen. Hagan muy grande y muy profundo el canal. Los extraños están atrapados. Los vamos a matar a todos. Ninguno va a salir vivo de nuestra ciudad.

Pero era difícil deshacer la calzada. Las piedras estaban muy bien pegadas entre sí y había que romper primero la argamasa de arena y cal. Mi padre me había contado que cuando era joven su padre había construido esa calzada con todos los otros jóvenes de la ciudad. Habían pasado muchas noches y muchos días cargando las piedras y las habían colocado una a una, de modo que se acomodaran y quedaran firmes. Después las habían cubierto con arena y cal, hasta hacer un camino plano y derecho. Esa gran calzada era el orgullo de mi abuelo y sus amigos, pero ahora nosotros teníamos que deshacerla.

Cuando reunimos un montón grande de piedras, el capitán nos ordenó que las lleváramos a la ciudad, a las casas alrededor del palacio donde estaban los españoles. Otros jóvenes habían traído cestas para que pudiéramos cargarlas sobre nuestras espaldas. Los más fuertes las llenaron con diez piedras. Yo quise cargar ocho pero no tuve fuerzas. Las piernas me dolían aún. Dejé dos y seguí a mis compañeros. Había empezado a llover y el piso se hacía resbaloso por lo que teníamos que pisar con mucho cuidado. Nos detuvimos a descansar varias veces hasta que llegamos a las casas que estaban cerca del palacio. Los guerreros estaban apostados en los techos e iban de un lado a otro con sus macanas y sus flechas. Les pasamos las piedras y luego ellos nos ayudaron a subir a los techos para que las acomodáramos en montones. De vez en cuando, alguno tomaba una y la aventaba con su honda hacia el palacio donde estaban refugiados los extraños. Pero no había respuesta. Parecía que los españoles habían muerto todos.

Hicimos tres viajes ese día, hasta que no pudimos cargar más. Era de noche, muy tarde, cuando regresamos a nuestro barrio. Nadie decía nada. Hacía frío y caminábamos pegados unos a otros para taparnos de la lluvia. O quizá nos apretábamos porque teníamos miedo, porque sentíamos que nuestros

compañeros muertos iban a nuestro lado y queríamos estar seguros de que nosotros estábamos todavía entre los vivos.

Ahora, hijos míos, ya no sé quiénes murieron en la plaza del gran templo y quiénes estaban conmigo esa noche. Han pasado tantos años que no puedo recordar sus caras ni sus nombres. Pero cuando camino solo en la oscuridad, lejos de las casas, siento todavía que esos muertos se acercan y me acompañan, como nos acompañaron esa noche lluviosa. Entonces vuelvo a sentir la tristeza que sentí esa noche.

Al llegar frente a mi casa escuché la voz de Cuahuitlícac. En ese momento pensé que era su fantasma que había venido del reino de los muertos para llevarme con él. Entré corriendo, aterrado, y entonces lo vi sentado junto al fogón, comiendo. Tenía una herida muy grande en una mejilla. Mi madre y su esposa le servían tortillas y él las tragaba de prisa, sin dejar de hablar y de contar lo que le había sucedido. Mi padre no dejaba de dar vueltas a su alrededor, como si él también temiera que mi hermano fuese un alma que podía volverse a escapar al reino de los muertos.

—Uno de ellos venía hacia mí. Su espada goteaba sangre. Volteó a atravesar a otro joven y yo me tiré al piso, junto a un herido. Me embarré su sangre en el pecho y cerré los ojos. Tenía ganas de gritar, de saltar sobre él y matarlo, pero me quedé quieto. El extraño pasó de largo. Después vino otro de los asesinos. Con su lanza picaba todos los cuerpos para ver si se movían. A los que gemían les clavaba la lanza en el pecho. A mí me cortó la cara, pero me aguanté, no hice un solo ruido. El hombre atravesó al herido que estaba junto mí y su sangre me empapó.

”Quería hacer algo, lo que fuera, para castigar a los asesinos, pero sabía que si movía un dedo, me matarían. Entonces se oyó la voz de nuestro dios Huitzilopochtli, que nos llamaba desde su templo. Él nos convocó a la guerra, nos dijo que había llegado el tiempo de acabar con nuestros enemigos.”

—Pero la voz no venía del templo, hermano —interrumpí—. Yo la oí también. Venía del otro lado, de los edificios.

Cuahuitlícac continuó como si yo no hubiera dicho nada:

—Además de llamarnos a la guerra, nuestro señor dio el primer golpe contra nuestros enemigos. Él nos mostró el camino. Huitzilopochtli atacó a los asesinos con su serpiente de fuego, su espada mágica. Yo lo vi. Extendió su brazo y derribó un inmenso brasero que cayó sobre muchísimos de ellos. De un golpe los mató. Así de poderoso es él. Entonces los extraños sintieron miedo, se pusieron a correr por todos lados. Y los mexicas supimos que nuestro dios nos protegía aún.

—Pero el brasero... yo fui... —no me atreví a decir que había sido yo quien lo había derribado, hijos míos. Nadie me iba a creer y menos Cuahuitlícac.

—Entonces aproveché el miedo que invadió a los extraños y salí corriendo —continuó mi hermano—. Salté el muro del templo y fui hacia donde teníamos guardadas nuestras armas. Me encontré a los hombres que venían a combatir y regresé con ellos. Pronto hicimos que los extraños huyeran y se refugiaran en su palacio. Fue con la ayuda de Huitzilopochtli que los vencimos. Ahora los vamos a matar a todos.

Los siguientes días continuamos acarreando piedras. Deshicimos la calzada que iba a Iztapalapa, al sur, y la calzada de Tepeyac, al norte. Sólo dejamos intacto el camino de Tacuba, al oeste, pero a ése le quitamos todos los puentes de madera. Ya nadie podía salir o entrar a nuestra ciudad sin nuestro consentimiento.

Los españoles no se atrevían a moverse de su palacio. Pero nosotros los esperábamos, pues sabíamos que pronto sentirían tanta hambre que tendrían que salir a buscar comida y que en cuanto salieran nosotros los mataríamos con nuestras piedras, flechas y dardos.

Entonces nos enteramos de que había traidores en nuestra ciudad. Una noche, los guerreros que vigilaban el palacio de los españoles vieron acercarse una canoa con varios hombres. Los españoles les abrieron una puerta y los hombres les entregaron varios bultos. Cuando se alejaban, los guerreros los atraparon. Los hombres dijeron que habían traído el tributo de nuestro emperador Moctezuma, pero como prueba contraria de lo que decían llevaban joyas y plumas preciosas, cosas que les habían dado los españoles a cambio de la comida que les habían llevado.

Los guerreros mataron a esos traidores. Ahí mismo, en el canal, los golpearon en la cabeza y dejaron tirados sus cuerpos. Esas personas no eran mexicas. Eran

otomíes o tepanecas. Gente sin casa ni tierras que normalmente vivía de ir por la ciudad cargando bultos o de pedir limosna en el mercado. Eran unos miserables, sucios siempre, vestidos siempre de ixtle viejo. Nos odiaban a nosotros los mexicas porque teníamos las riquezas. Por eso ahora nos traicionaban y ayudaban a nuestros enemigos.

Entonces los guerreros nos ordenaron que vigiláramos cada canal, cada calle. En cada barrio hicimos cuadrillas para atrapar a los que llevaran comida a los extraños. En Yopico buscábamos a los otomíes, a los tepanecas, a todos aquellos que no fueran mexicas. Cuando nos topábamos con uno de ellos, lo deteníamos y lo desnudábamos para cerciorarnos de que no llevara nada escondido. Y si llevaba bultos con comida, aunque fuera para su propia familia, se los quitábamos y lo golpeábamos.

Así sintieron miedo los traidores. Pronto ningún otomí se atrevió a salir a la calle. Así fue como los mexicas nos volvimos a hacer dueños de nuestra propia ciudad.

Esperamos durante más de veinte días a que los españoles murieran de hambre, pero entonces supimos que regresaba el capitán Cortés. Nos enteramos de que venía con muchos más hombres blancos que habían llegado a la costa y con muchos más de sus amigos de Cempoala y de Tlaxcala. En verdad nos sorprendió la noticia, nos dejó consternados, sin saber qué hacer. Ahora teníamos más enemigos que combatir, dentro y fuera de la ciudad. Por eso nuestros capitanes decidieron dejar entrar en paz a Cortés y a sus hombres.

—Que nadie los vaya a enfrentar. No se les arroje una sola flecha. Déjenlos entrar hasta el palacio. Que piensen que la ciudad es suya. Cuando estén adentro los encerraremos como a los demás. Entonces los mataremos a todos, y a esos perros tlaxcaltecas que vienen con ellos.

Obedecimos a nuestros capitanes y dejamos entrar a los españoles. Volvimos a colocar los puentes en las calzadas y nos escondimos en los techos de las casas. Ellos no nos vieron, pasaron rápidamente. Pero nosotros alcanzamos a ver que estaban llenos de polvo, cansados por el camino que habían tenido que recorrer desde la costa. Y sonreímos porque sabíamos que pronto morirían.

Al día siguiente los atacamos. Desde los techos, los jóvenes arrojábamos piedras con nuestras hondas y las piedras caían como una lluvia, como un aguacero,

sobre el palacio. Los guerreros atacaron por la calle y derribaron la puerta. Entonces, los extraños salieron a defenderse. Desde el piso picaban con sus lanzas a los que estábamos en los techos, pero nos bastaba echarnos para atrás y ya no nos podían alcanzar.

Sus arcabuces eran más terribles. Nuestros guerreros caían sin saber qué los había golpeado. Nadie podía ver por dónde venían las balas, sólo escuchábamos el ruido y luego veíamos que alguno chorreaba sangre y caía. Los que eran heridos en el pecho o en la cabeza morían al instante, dejaban de respirar ahí mismo, en la calle. Otros, en cambio, heridos en las piernas o en los brazos, vivían y al poco tiempo ya podían moverse de nuevo.

En los primeros días de la guerra, hijos míos, no sabíamos protegernos de las armas de los extraños. Por eso avanzaban los guerreros todos juntos por la calle y los tiros de las armas de fuego herían a muchos. Después supimos que era mejor avanzar de uno en uno, corriendo de un lado a otro, para que los españoles no tuvieran tiempo de apuntar sus armas.

Hubo muchos heridos y muchos muertos mexicas en la batalla. Pero no nos importaba, estábamos decididos a matar a nuestros enemigos y no temíamos la muerte. Los heridos volvían al combate en cuanto recuperaban las fuerzas, y los jóvenes corríamos a tomar el lugar de los guerreros muertos.

Así hicimos sufrir mucho a los españoles, no les dimos respiro. Pero ellos se defendieron y nos atacaron, pues eran guerreros tan valientes como nosotros. Salieron de su palacio a combatirnos, destruyeron las casas cercanas para que no les pudiéramos arrojar piedras, mataron a muchos guerreros y atacaron el gran templo de Huitzilopochtli.

Nuestros grandes guerreros habían subido al templo de Huitzilopochtli para atacar a los enemigos. Desde lo alto les arrojaban piedras y flechas y dardos. Pensaban que así podrían destruirlos. Pero los españoles los persiguieron hasta arriba para matarlos. Nuestros guerreros les lanzaban piedras y troncos, pero ellos se protegieron con sus escudos y no dejaron de subir por las escaleras y por las paredes. Cuando llegaron arriba, los mexicas los atacaron con sus macanas, pero los españoles herían a muchos con sus ballestas y sus espadas. Algunos guerreros heridos cayeron por los costados del templo y rodaron hasta el piso. Otros quisieron huir. Pero los españoles no los dejaron, los persiguieron hasta derribarlos con sus espadas, y cuando terminaron con nuestros guerreros, los

españoles incendiaron el templo, prendieron fuego a los techos y las paredes de la casa de nuestro dios.

Desde toda la ciudad vimos arder el templo, pero no pudimos hacer nada para apagarlo. Nos sentimos cansados y tristes como el día de la matanza. Nadie se atrevía a hablar, nadie sabía lo que estaba en el corazón de nuestro dios. ¿Por qué había dejado que su templo ardiera? ¿Acaso era más débil que los extraños? ¿Acaso no podía defenderse? Ya no sabíamos lo que pasaría con nosotros ahora que nuestro dios había sido atacado de tal manera.

Poco después supimos que Moctezuma había muerto. Lo mataron los españoles porque se dieron cuenta de que no les servía ya de nada, de que no podía ya contener a los mexicas pues ya no lo obedecíamos, porque en verdad había dejado de ser nuestro señor. Lo mataron y dejaron su cadáver en la orilla de la laguna. Lo dejaron tirado, como el cuerpo de un animal. Unos guerreros mexicas lo encontraron y reconocieron que era nuestro emperador. Pero tampoco lo trataron como a un gran señor. Nada más quemaron su cuerpo en un templo, como quemaban el de cualquier hombre. Y mientras su cuerpo ardía, los guerreros escupían, lo veían con desprecio y decían:

—Ese infeliz de Moctezuma provocaba miedo en todo el mundo, en todo el mundo causaba espanto. Todos lo obedecían por temor. Y si alguien lo ofendía, si alguien desobedecía sus órdenes, lo aniquilaba inmediatamente. A muchos acusó en falso y mató, pero no era cierto, eran invenciones suyas.

Nadie sintió pena por la muerte del gran Moctezuma. Todos lo odiábamos por haber dejado venir a los extraños a nuestra ciudad y por haber dejado que mataran a los jóvenes.

Ahora pienso, hijos míos, que Moctezuma era un hombre sabio. Pienso que él supo desde un principio que los españoles nos vencerían, que nos destruirían. Lo supo por sus brujos, por las profecías de los libros antiguos y por eso quiso evitar la guerra, para salvar a los niños, a las mujeres y a los viejos. No quería que hubiera combate porque sabía que seríamos derrotados. Quizá si lo hubiéramos escuchado, si hubiéramos atendido a sus razones...

VIII. De cómo huyeron los españoles de nuestra ciudad

ERA muy temprano en la mañana y la ciudad estaba vacía. Yo corría por una de las calles. No había nadie en las casas, ni una sola canoa en los canales. Cuando llegué a la calzada, vi el templo de Huitzilopochtli que brillaba bajo la luz del sol como si estuviera cubierto de piedras verdes y plumas rojas y azules. Las casas a mi alrededor brillaban también, pero eran blancas, como mantas del algodón más fino. Me sentía contento porque todo era hermoso y estaba en paz. Lo único que escuchaba era el agua de los canales que golpeaba contra las paredes de las casas.

Pero tenía prisa, debía buscar algo que estaba guardado en la casa de nuestro dios Huitzilopochtli. Corrí hacia el templo y de pronto me topé con una pared que no había visto. Era muy alta y estaba hecha sólo de obsidiana. Quise treparla pero me herí las manos con la roca, que era más filosa que un cuchillo. No había manera de pasarla. Tenía que encontrar otro camino. Cuando volteé hacia la calzada, vi la sombra de varios hombres que acechaban tras las esquinas de las casas. Sentí miedo y busqué dónde esconderme, pero ellos brincaron sobre mí y me levantaron en vilo. Eran cuatro. Dos de los extraños, el joven doble de Cuahuitlícac y el temible Tonatiuh, ambos vestidos de metal brillante y frío, más un tlaxcalteca, con sus insignias de gran guerrero, y un otomí, vestido como cargador. Mientras me cargaban yo me agitaba y gritaba, pero no logré siquiera que voltearan a verme. Me llevaron hacia el templo de Huitzilopochtli y entonces el muro de obsidiana desapareció. Pero ahora el templo ya no brillaba, sólo estaba quemado y negro.

Entonces oí una voz muy fuerte y clara. Era la voz de un mexica que gritaba desde un lugar muy alto, tal vez desde arriba del propio templo.

—¡Guerreros mexicas! Ya van saliendo sus enemigos. Dense prisa a tomar sus barcas de guerra y síganlos por la calzada de Tacuba.

En ese momento mi hermano Cuahuitlícac me sacudió los hombros y me gritó:

—Cuetzpalómitl, despierta. ¿No oíste a nuestro dios?

Abrí los ojos y vi que todo había sido un sueño: los españoles y sus amigos no estaban a mi alrededor. Cuahuitlícac siguió gritando:

—Fue Huitzilopochtli el que habló. Los españoles están huyendo. Tenemos que detenerlos. Es momento de terminar con ellos.

Todos los pequeños sacerdotes se habían despertado. Los guerreros habían venido por nosotros, los jóvenes, para que los acompañáramos al combate. Antes de que pudiera levantarme, mi hermano me dio un lanzadardos y una redecilla llena de dardos de tres picos. Recogió su macana y corrió hacia la puerta, desde donde gritó:

—Ahora todos hemos escuchado a Huitzilopochtli. Nos ha llamado a la guerra. Nuestros enemigos nos tienen miedo, por eso han huido.

Salimos todos a la calle y encontramos guerreros por doquier.

—¡Van hacia Tacuba! ¡Van hacia Tacuba! —gritaban todos y corrían hacia ese rumbo.

Teníamos tanta prisa que nos empujábamos y tropezábamos en la oscuridad. Llovía una llovizna muy fina que apenas se sentía pero que nos empapó a todos.

Sentía miedo, hijos míos. Miedo de ir al combate, de perderme en la noche, de ser herido y caer al agua, donde nadie podría salvarme. Hacía frío y yo me sentía pequeño y débil entre todos los guerreros. No quise voltear a ver las caras de mis compañeros. Seguramente pensaban lo mismo que yo. No me despegué de mi hermano hasta que llegamos al gran canal.

En el agua había tantas barcas que parecía un hormiguero. Los guerreros corrían y saltaban a la barca que les quedaba más cerca. En cuanto una se llenaba, salía a toda prisa hacia la calzada de Tacuba.

Mi hermano reconoció a unos jóvenes remeros y les gritó para que se acercaran.

Había espacio para Cuahuitlícac. Antes de saltar a la barca volteó hacia mí.

—Dame el lanzadardos y toma mi macana. Cuídala mucho. Ve por la calzada

con los demás guerreros.

Le di el lanzadardos y la barca se alejó sin que pudiera decir nada. La macana era larguísima y pesaba mucho. La puse sobre mi hombro derecho y salí corriendo hacia la calzada. Guerreros y jóvenes avanzábamos entre los edificios. Las mujeres nos veían pasar desde las puertas de sus casas y nos gritaban que matáramos a los enemigos, que vengáramos a sus hijos y a nuestros hermanos que habían muerto en la plaza del templo.

Mientras más corría, más me pesaba la macana. Me golpeaba el hombro a cada paso y me lastimaba. En verdad no sabía cómo habría de usarla si apenas podía con ella. Salimos de la ciudad y empezamos a correr por la calzada, en medio del lago. Todo estaba oscuro, apenas alcanzábamos a ver a los que corrían delante de nosotros. Pero no podíamos detenernos. Nuestro deber era combatir a los extraños, como nos lo había ordenado nuestro dios. El miedo me daba calambres en el estómago.

Finalmente llegamos a donde estaban los españoles. Se habían detenido en uno de los puentes. Aunque no veía nada, podía escuchar gritos y el ruido de las barcas mexicas que se acercaban. Las flechas y los dardos zumbaban sin cesar y llovían sobre los españoles. Algunos de ellos disparaban sus armas y el estruendo era terrible.

Levanté la macana con mis dos manos y me acerqué al ruido. Pude ver varios hombres a caballo, que esperaban a los que veníamos por la calzada. Sus lanzas y sus espadas estaban listas para herirnos. Uno de los españoles a caballo era el capitán Tonatiuh. Lo reconocí por su escudo de oro. Se veía en verdad temible con su traje de hierro sobre ese inmenso animal. Derribaba a todos los que se le acercaban y no dejaba de gritar. Recordé cómo había ido a nuestro templo y había golpeado al gran sacerdote. Recordé que él había ordenado la matanza en la plaza del templo.

Sentí tanta ira que me lancé sobre él para golpearlo. Apenas podía sostener la macana. El Tonatiuh me vio acercarme y extendió su espada. Yo venía tan rápido que ya no podía detenerme, ni tampoco bajar los brazos. La espada estaba frente a mí, lista para atravesarme el pecho. Por fortuna, uno de los nuestros golpeó el brazo del Tonatiuh y le arrebató la espada. Se iba a echar para atrás con su caballo cuando llegué a golpearlo. No podía más con la macana y la dejé caer con toda mi fuerza sobre el cuello del animal. El caballo dio un grito muy fuerte

y se derrumbó.

El Tonatiuh cayó al piso, pero se levantó inmediatamente, recogió su espada y se alejó. El caballo se quedó echado frente a mí con el cuello cortado. Desde el piso me miró con ojos tristes y luego los cerró. Todo su cuerpo se estremeció por última vez y se quedó quieto.

De pronto sentí un intenso dolor: una flecha me había rozado la pantorrilla. No podía saber si era nuestra o de los enemigos. La herida no era profunda pero me hizo olvidarme del caballo muerto. Después recogí la macana y me lancé de nuevo al ataque.

Los españoles y los tlaxcaltecas huían de nosotros. De vez en cuando, uno de ellos volteaba y nos enfrentaba con su espada, pero salía corriendo en cuanto veía venir a varios guerreros. Una y otra vez golpeé con la macana, pero no alcancé a herir a nadie. Era demasiado grande y pesada para controlarla.

Finalmente llegamos al canal llamado Tolteca. Ahí habían sido descubiertos los españoles y ahí los habían atacado los guerreros mexicas desde las barcas. El agua rebosaba de los cadáveres de los españoles y sus amigos. Eran tantos que habían llegado a tapar el canal y habían hecho un puente. Los españoles que venían huyendo pasaban sobre ellos como si fueran piedras. Pero algunos se tropezaban y caían al agua. Entonces se hundían y se ahogaban sin remedio. Apenas alcanzamos a escuchar sus gritos. Después supimos, hijos míos, que los españoles pesaban mucho porque venían cargando todo el oro que nos habían robado, porque se habían llenado las bolsas del metal precioso y no habían pensado que tal vez podrían morir ahogados en la laguna.

Yo no quería pisar los cadáveres, pero los guerreros que venían detrás de mí me empujaron al canal. El agua estaba caliente por la sangre y los cuerpos eran blandos y resbalosos.

A la mitad del canal me encontré con un español que se había agachado para recoger un lingote de oro. En cuanto me vio cerca, se puso de pie y me amenazó con su espada. Mientras me gritaba lo reconocí inmediatamente: era el doble de Cuahuitlícac, el joven que había acompañado al Tonatiuh a nuestro templo. No le tuve miedo, sólo quería matarlo antes de que pudiera encontrar y matar a mi hermano.

Levanté la macana para golpearlo, y él se lanzó sobre mí con su espada, pero se

resbaló y cayó a mis pies, entre los cuerpos. Desde el agua siguió luchando y me tomó de un pie. Jaló con todas sus fuerzas, pero yo dejé caer la macana sobre su nuca. El golpe fue tan fuerte que la macana se me salió de las manos. El joven alcanzó a jalar más y me derribó sobre una mujer muerta. Cuando logré ponerme de pie, vi que el español estaba ya hundido en el agua y no se movía más. Tenía sangre en la nuca y la cabeza. No me atreví a levantarlo para verle la cara, pues temía que fuera la de mi propio hermano.

Ya no pude encontrar la macana entre la sangre y los cuerpos. La busqué durante mucho tiempo hasta que me di por vencido. Entonces decidí tomar la espada del español. Pensé que se la daría a mi hermano, para que viera cómo le había salvado la vida.

Terminé de cruzar el canal y seguí corriendo por la calzada. Los españoles habían llegado hasta tierra firme, pero ahora regresaban a recoger a sus heridos. Empezaba a amanecer.

No recuerdo, hijos míos, cuántos golpes más di ni a cuántos enemigos herí. Sólo sé que no dejamos de combatir todo ese día. Perseguimos a los españoles hasta la ciudad de Tacuba y después a un templo sobre un cerro donde se hicieron fuertes y ya no pudimos atacarlos.

Sólo entonces recordamos que no habíamos comido, que no habíamos tomado nada, que no habíamos descansado desde la noche anterior. Después vinieron las mujeres de cada barrio a darnos tortillas y tamales. Me senté con los de Yopico y devoramos la comida. Cuahuitlícac llegó poco después con otros guerreros. Comieron rápido porque tenían que estar listos para perseguir a los españoles en cuanto salieran del templo.

—Entonces los mataremos a todos, de seguro—se jactaba mi hermano.

Los guerreros sonreían y relataban sus hazañas de la noche anterior. Mi hermano se vanagloriaba de haber matado a cinco españoles, tres desde la barca, con su lanzadardos, y otros dos en tierra firme. Me acerqué y le di la espada del joven español.

—Es tuya. El extraño que era su dueño era tu doble. Te iba a matar con esta espada, pero yo lo maté antes. Ahora no tienes por qué preocuparte de morir en la guerra.

Me sentía orgulloso y quería que todos vieran la espada del español. Pero Cuahuitlícac no entendió bien lo que le decía.

—¿Dónde está mi macana?

—La perdí. Pero te traje esta espada. Era de tu doble.

Al escucharme se enfureció y me gritó:

—¿Por qué no cuidaste mi macana? Fue la misma que me regaló el rey. No te la debí haber dado nunca. Sabía que era demasiada arma para ti.

En ese momento todos los guerreros se pusieron de pie para volver al combate.

Yo quería ir con ellos, pero mi hermano me detuvo.

—Vete a casa. Tú no eres un guerrero.

Tomó la espada, sin darme las gracias y se fue corriendo con los demás. Regresé a México sintiéndome triste y solo. En la calzada de Tacuba había muchos hombres y mujeres saqueando los cuerpos de los enemigos muertos. Los revisaban y cada quien se quedaba con lo que encontraba, escondían el oro y la plata y también todo lo que fuera de metal, las hebillas de los cinturones, los cuchillos, los espejos, las cucharas. Cuando encontraban un arma de fuego la tiraban al agua, como una cosa terrible, digna de miedo.

Yo no quería ver ni recoger nada, hijos míos, sólo quería llegar a mi casa pero cerca del canal Tolteca me tropecé con una bolsa de cuero muy parecida a la que tenía el viejo que me encontré entre las milpas. La abrí y vi que tenía una barra de oro, muy pesada y brillante. Después encontré un espejo de metal pulido y me asusté al verme en él: estaba muy sucio y tenía la cara llena de sangre seca.

En el fondo de la bolsa encontré el libro cubierto de piel. Adentro estaba hecho de papel parecido al que nosotros usábamos en nuestros libros, pero más delgado y suave y cortado en pequeños pedazos. Las hojas estaban cubiertas de signos negros. Me parecieron todos iguales. Pensé que los españoles no sabían escribir porque no dibujaban los nombres, las fechas ni las personas como nosotros.

Volteé las páginas hasta que encontré dibujos: había hombres con barbas, como los extraños, frente a casas muy altas hechas de piedra. Se vestían con muchas

telas y usaban gorros de formas muy extrañas. En una ilustración se veía a un hombre desnudo, clavado en una cruz. No lo conocía aún, pero después supe que era Nuestro Señor Jesucristo, el dios de los españoles. Estaba fascinado con las imágenes cuando me interrumpió la voz de un hombre:

—Muchacho. No estés ahí sentado. No seas flojo. Ayúdanos a recoger los cadáveres de estos perros.

Me llamaba desde una barca llena de muertos. Vi que otros hombres cargaban los cuerpos desnudos de los españoles hasta la canoa. Guardé todos los objetos del viejo en la bolsa, me la colgué de un hombro y fui a ayudarlos. Cuando llenamos la barca fuimos a arrojar los cadáveres a un cañaveral. No los queríamos quemar, como hacíamos con nuestros muertos, porque esos asesinos traidores no lo merecían. Por eso los tratamos como animales y nada más dejamos sus cuerpos entre los carrizos. Se veían muy blancos a la luz de la tarde. Ni siquiera parecían hombres.

Cuando llegué a casa de mis padres escondí la bolsa del español y seguí contemplando el libro. El hombre de la cruz aparecía en otros dibujos, pero no estaba desnudo. Siempre iba rodeado de gente, a veces en medio de una ciudad de piedra, a veces en el campo, bajo los árboles. Todo era extraño: los vestidos, los rostros, las casas, las plantas. Pero entendí que ese hombre había sido muy importante. Pensé que era de esos hombres que hablan con los dioses, o que era un dios, porque todos lo escuchaban con atención. Recordé que los españoles habían puesto una cruz, como la cruz en que habían clavado al hombre, en el templo de nuestro dios Huitzilopochtli y se me ocurrió que la pusieron ahí porque ese hombre era parecido a Huitzilopochtli.

No sé cuánto tiempo estuve mirando los dibujos del libro, hijos míos. Sólo levanté la vista cuando mi madre me llamó a comer. Después me dijo que tenía que regresar al calmécac pues ya era muy tarde. Guardé el libro en la bolsa y me fui corriendo.

Esa noche, cuando me acosté de nuevo entre mis compañeros y cerré los ojos, volví a ver los edificios de piedra, las ropas con mucha tela, las barbas de los hombres del libro. Ese era un mundo del que nadie me había contado nada antes.

Cuahuitlícac y los guerreros regresaron varios días después. Venían agotados, pálidos y flacos. Muchos estaban heridos.

Habían perseguido a los españoles durante varios días. No los dejaron descansar nunca, los atacaron sin cesar. Pero los españoles fueron ganando fuerza, se fueron reponiendo de sus heridas. Ellos también los combatían, les disparaban con sus ballestas y sus arcabuces.

Por eso los mexicas decidieron esperarlos en un llano muy grande, en Otumba, para darles combate y vencerlos de una vez. Ahí se encontraron y combatieron todo el día. Pero los españoles se hicieron temibles de nuevo y usaron sus caballos para defenderse; iban de un lado a otro y ayudaban a los soldados de a pie; cuando un español iba a caer, llegaba otro a caballo y lo defendía.

Los nuestros sufrieron mucho, padecieron muchas heridas de los de a caballo, pero eran valientes y no dejaron de atacar. Finalmente los españoles atacaron al gran capitán que llevaba la bandera de los mexicas, su estandarte. Lo derribaron y destruyeron la bandera. Al ver su estandarte destruido, los mexicas sintieron miedo y vergüenza y su fuerza flaqueó. Entonces los españoles salieron huyendo hacia la sierra, en dirección a Tlaxcala y los mexicas ya no tuvieron el ánimo para perseguirlos.

Los guerreros nos contaron sus hazañas en el patio del calmécac. Cuando terminaron, habló Cuahuitlícac.

—No creo que los extraños regresen. No creo que se atrevan a volver a México. Han conocido nuestra ira y nuestra valentía, saben de nuestra fuerza. Los hemos vencido, han tenido que huir. Hemos demostrado que somos los más fuertes y que Huitzilopochtli es el dios más poderoso. Ahora volveremos a gobernar sobre la tierra, volveremos a ser temidos por todos los pueblos y naciones. Por eso nos vengaremos de todos los que ayudaron a los extraños. Y todos aprenderán a no cometer de nuevo el error de atacarnos.

Los jóvenes y los guerreros escuchamos a Cuahuitlícac en silencio. Su voz era firme y segura, la voz de un capitán que no teme a la muerte ni a los enemigos. Todos le creímos.

IX. De cómo pensamos que los españoles se habían ido para siempre y de cómo nos decepcionamos

—¡TENEMOS un nuevo señor, tenemos gobernante!

El grito se escuchó por toda la ciudad. Los hombres y los jóvenes de todos los barrios salimos corriendo hacia la plaza del gran templo. Corríamos como lo habíamos hecho aquella noche que Huitzilopochtli nos llamó a la guerra, pero ahora teníamos alegría en nuestros pechos. Cuando llegamos al patio frente a la casa de nuestro dios, la alegría se convirtió en admiración: el templo estaba pintado de nuevo, con todos sus colores, como si nunca hubiera sido quemado, como si nadie lo hubiera atacado. Los braseros ardían con fuerza, los grandes sacerdotes, vestidos con sus trajes verde brillante, esperaban en lo alto del templo.

Por las escaleras del templo subía un hombre desnudo, salvo por su máxtlatl.

—Es el señor Cuitláhuac, nuestro nuevo gobernante.

Cuando Cuitláhuac llegó a lo alto del templo, los sacerdotes lo vistieron con una manta verde, le cubrieron la cabeza con un velo y le dieron un incensario para que saludara a Huitzilopochtli. Entonces, todos los mexicas que estábamos en la plaza nos sentamos en cuclillas e inclinamos la cabeza. Sonaron unas caracolas, tan fuertes como los cañones de los españoles.

Ya no pude mirar más, hijos míos, porque no podía levantar la vista. Cuitláhuac era nuestro nuevo rey y ya no nos era permitido mirarlo. Pero recuerdo que todos respirábamos con alivio, pues nos sentíamos tranquilos porque ahora teníamos un nuevo señor. Y también nos sentíamos contentos de ver nuestro templo pintado de colores, de ver a nuestros dioses en sus casas, con sus adornos de plumas, sus trajes de colores y sus joyas de oro.

Esa noche hubo una reunión en el calmécac de Yopico. Los guerreros del barrio

fueron a hablar con nosotros, los jóvenes. Cuahuitlícac se colocó en el centro del patio, con los otros guerreros, mientras el capitán se dirigía a nosotros en voz alta. Todos lo escuchamos en silencio.

—Jóvenes guerreros. Este es un día feliz, porque los mexicas tenemos de nuevo a nuestro señor. Es bueno que haya muerto Moctezuma. Es bueno que nos hayamos librado de ese cobarde, de ese hombre que era peor que una mujer. El gobernante de los mexicas debe ser siempre fuerte y valiente, nunca debe temer a la guerra. ¿Acaso hemos venido a este mundo a llorar como mujeres, a escondernos como viejos? Fue la cobardía de Moctezuma la que dejó que llegaran los extraños a nuestra ciudad, fue su indecisión la que les permitió masacrar a los jóvenes mexicas. Por eso ahora tenemos que vengar la afrenta hecha a nuestro orgullo. Por eso ahora tenemos que llevar la guerra a Tlaxcala, por eso debemos destruir a esos perros para que nunca más se atrevan a atacarnos. Nuestro señor Cuitláhuac sabrá conducirnos a la victoria.

Todos los guerreros y los jóvenes asintieron en silencio cuando el capitán terminó de hablar. En verdad supo encender nuestros pechos, hijos míos, supo convocarnos a la guerra.

En ese momento apareció el gran sacerdote. Venía del templo, pero seguramente había escuchado las palabras altisonantes del capitán. Su cara estaba seria. Todos bajamos la cabeza, pero el capitán lo vio a los ojos, insolentemente. El sacerdote esperó a que se sentara y entonces habló.

—Pequeños sacerdotes, suena muy bien toda esa plática de guerra, suenan muy bien las palabras de los combates, de la valentía. Pero, ¿acaso han olvidado a los muertos? ¿Acaso han olvidado que en este mismo patio ardieron los cuerpos de los jóvenes de Yopico? ¿Acaso han olvidado a los compañeros que dormían con ustedes y que con ustedes donaban su sangre para alimentar a los dioses? Sea así. Seguramente nuestro señor Huitzilopochtli los tiene a su lado y ahora acompañan al sol en su camino por el cielo. Pero no olvidemos lo demás. Los mexicas no somos únicamente guerreros, también tenemos otras obligaciones. ¿Acaso hemos olvidado alimentar a los dioses? El combate sirve para eso, para traerles los preciosos corazones de los hombres, no para vengar nuestro orgullo. Mientras ustedes combatían, nosotros los sacerdotes no dejamos de hacer ofrendas a los dioses, no dejamos de darles nuestra sangre. Ustedes los jóvenes los olvidaron, porque sólo pensaban en los enemigos, pero nosotros no descuidamos nuestros deberes. Gracias a nosotros los dioses siguen trayéndonos

la lluvia y dándonos el maíz. Ahora están listos los primeros jilotes para comer. Toda la ciudad debe comer el nuevo maíz. Así sabremos que no pasaremos hambre. Por eso tenemos que hacer la fiesta para dar gracias a nuestra diosa Xilonen. Ella no nos ha abandonado y nosotros no debemos olvidarla.

Mientras el gran sacerdote hablaba recordé que en la fiesta de Xilonen comíamos los jilotes tiernos que crecían en las milpas, y los pobres recibían alimento para que no sufrieran más hambre. Era una fiesta alegre, pues celebrábamos que tendríamos comida, que podríamos seguir viviendo un año más.

Nadie respondió, nadie contradijo al gran sacerdote. Los guerreros se fueron sin decir más. No se quedaron a dar su sangre, como nosotros, ni a preparar las ofrendas de flores para la diosa Xilonen.

A partir de ese día los pequeños sacerdotes volvimos a trabajar en servicio de los dioses. Volvimos a salir de noche a los cerros para ofrecer nuestra sangre, volvimos a bañarnos en agua fría y a estudiar los signos del calendario. Siguió lloviendo y las matas de maíz crecieron más y más. Llegó la cosecha e hicimos la gran fiesta para recibir a los dioses y darles alimentos para agradecer sus dones. Todos vinieron a visitarnos y dejaron las marcas de sus pies en las tortas de maíz que les habíamos preparado.

El mundo parecía ser otra vez como antes de que llegaran los extraños. Queríamos olvidarlos, como si nunca hubieran llegado por el oriente, como si nunca hubieran pisado la tierra, queríamos sentir que todo había vuelto a ser igual que siempre, que quizá esos extraños nunca habían existido.

Quizá yo también hubiera olvidado a esos hombres, hijos míos, tal vez hubiera borrado de mi mente sus rostros blancos, sus barbas largas y su olor terrible, pero tenía el libro del viejo y cada vez que iba a mi casa no podía más que mirarlo y volverlo a mirar. Así conocí, aunque no podía leer su escritura, la historia del hombre de la cruz, desde que era un niño pequeño que nació entre los animales hasta que se hizo un guía de hombres y luego fue muerto, clavado en la cruz de madera y después se levantó de su sepulcro. También conocí la historia de su pueblo. Vi cómo esos hombres huían por el desierto, conducidos por un hombre de barba muy larga. Vi cómo uno de ellos hablaba con su dios en la punta de una montaña. Vi cómo llegaron esos peregrinos a una tierra que hicieron suya, una tierra fértil y rica, llena de plantas inmensas. Admiré las casas que construyeron, sus ciudades hechas todas de piedra, su templo. Pero esa

ciudad y ese templo fueron destruidos por sus enemigos. Entonces el pueblo fue llevado a otra ciudad, muy grande, donde padeció mucho.

Pensaba mucho en esas pinturas. Las veía una y otra vez y luego las recordaba por las noches, antes de dormirme. En verdad la historia de ese pueblo era como la historia de nuestro pueblo, los mexicas. Nosotros también tuvimos que atravesar el desierto y fuimos guiados por un hombre que hablaba con nuestro dios, Huitzilopochtli. Él nos trajo a nuestra tierra, México, una tierra abundante y rica en la que crecían las plantas y vivían las aves. Nosotros también vimos cómo unos extraños destruían el templo de nuestro dios.

Pensaba también en el mundo en que vivían los extraños, el mundo del que habían venido. Los dibujos mostraban que era muy grande, que tenía muchas ciudades y muchos hombres, un mundo de muchos pueblos diferentes. ¿Cómo nosotros no habíamos tenido noticias de él? ¿Cómo no habían venido antes hombres como éstos a nuestra tierra?

Estas preguntas llenaban mi cabeza y no me dejaban tranquilo, hijos míos, pero no se las podía decir a nadie porque a nadie le había contado del libro. Sabía que si hablaba de él, mi padre o el gran sacerdote me lo pedirían y lo quemarían como habían quemado los artefactos de esos extraños. Sabía, además, que ninguno de los dos podría responderme, porque era algo que no conocían y sobre lo que nuestros antepasados nada nos podían enseñar.

Entonces terminó la tranquilidad de los mexicas. Nuestra ciudad fue atacada por un nuevo enemigo, pero esta vez era un enemigo invisible, la enfermedad. Fue cuando terminaron las lluvias y el cielo se hizo de nuevo azul, sin una sola nube. Fue cuando los guerreros se preparaban para la guerra y los jóvenes practicábamos todo el día con las armas que nos daban.

Primero algunos hombres y mujeres sintieron fiebre y luego su cuerpo y su cara se llenaron de granos pegajosos. Eran rojos, pero el centro era amarillo y rebosante de agua sucia, como la que nace en las heridas mal cuidadas. Cuando los granos cubrieron su rostro y su cuerpo, esos hombres y mujeres no pudieron moverse, nada más se quedaron quietos en sus camas, sufriendo por el dolor y la comezón, y murieron al cabo de dos o tres días.

Ni nuestros sacerdotes ni nuestros médicos supieron curarlos. En vano probaron

las plantas mágicas que tantas enfermedades curaban, en vano pidieron ayuda a nuestro Señor Xipe, quien mandaba y curaba las enfermedades de la piel. De nada sirvieron sus remedios. Sólo supieron ordenar que los enfermos se bañaran, que limpiaran su piel en los temazcales, para ver si se iban los granos, pero tampoco así se curaron.

Pronto muchas personas más enfermaron y se cubrieron de granos. Todos morían. A esta enfermedad que nunca habíamos visto la llamamos cocoliztli , la comezón, porque los enfermos no dejaban de rascarse y de sufrir. Años después, hijos míos, aprendí que los españoles la llaman viruela y que ellos tampoco pueden hacer nada para curarla.

Así pasaron muchos días. Cada noche nos enterábamos de que alguien de Yopico había muerto. Las hogueras de los cuerpos ardían sin cesar. En nuestro templo, el gran sacerdote ordenó que diéramos más sangre a los dioses, que nos pincháramos las orejas, la lengua y las piernas para contentarlos y rogarles que nos libraran de la enfermedad. Pero entonces él mismo cayó enfermo. En un solo día se cubrió de granos, de los pies a la cabeza. Daba pena verlo, daba horror mirar su cara hinchada y rojiza. Sentía frío, pero no podía cubrirse con una manta porque la tela se pegaba a su piel y lo lastimaba. Era mucho el dolor que sentía, pero no se quejaba. Todavía se picaba la lengua para ofrendar su sangre, todavía nos ordenaba que siguiéramos con nuestras penitencias. Pero su voz se fue apagando, su boca también se llenó de granos hasta que apenas podía abrirla.

Cuando sintió que iba a morir, nos llamó a todos a su lado y nos habló con una voz aún más baja que de costumbre:

—Pequeños sacerdotes. Ustedes saben que ya no me queda mucha vida, que ya no voy a estar mucho más tiempo sobre esta tierra. Han visto que mi cuerpo está enfermo y quiere descansar. Sea así. Acaso iré a descansar al Tlalocan, la casa de los dueños de la lluvia. Acaso tendré que atravesar la gran planicie de espinas que se extiende camino al reino de los muertos, al frío y triste Mictlan. No lo sé. Pero ustedes, los jóvenes, quedarán aquí, sobre la tierra, ustedes seguirán viéndose los rostros, seguirán comiendo el maíz que nos dan los dioses. Por eso ahora, para despedirme de ustedes, les ordeno que recuerden todo lo que les he enseñado. Ese conocimiento nos lo dejaron nuestros abuelos y a ellos sus abuelos, es nuestro legado y debemos guardarlo para enseñarlo a nuestros nietos. Recuerden las historias y los discursos floridos, son el corazón de nuestro pueblo. Pero sobre todo deben recordar nuestras deudas con los dioses. Ellos nos

dan la luz, el agua y los alimentos. Nosotros les debemos nuestra sangre y los corazones de los cautivos. Tenemos que honrarlos y obedecerlos. Así ha sido siempre. Si dejamos de hacerlo, si olvidamos nuestro deber, entonces el sol no brillará más, la lluvia dejará de caer y el maíz no crecerá. Entonces moriremos todos, entonces terminará nuestro mundo. No lo olviden.

El gran sacerdote quería seguir hablando pero su voz se había acabado. Tosió y nos dio la espalda. No volteó más. Nosotros nos quedamos callados, viendo cómo sufría. Murió ese mismo día.

Por la noche enfermamos todos los pequeños sacerdotes del calmécac de Yopico. Yo me sentí caliente como una piedra del fogón y no pude moverme más, ya no pude salir del cuarto en que dormíamos los jóvenes. En la mañana la piel me ardía. Era tanta la comezón que sentía que cuatrocientas hormigas caminaban por mi cuerpo. Las quería asustar, pero no tenía fuerzas para rascarme siquiera.

Recuerdo que tenía sed y hambre, pero nadie me traía agua. Los otros jóvenes estaban también enfermos y algunos daban gritos de dolor y llamaban a sus madres. Yo me quejaba en voz baja, para no molestarlos.

Entonces cerré los ojos y pedí ir al Tlalocan, donde nunca falta el agua ni los alimentos, donde todos pasan el tiempo jugando y se han olvidado del dolor; pensé que ahí nunca más tendría que estar en una guerra, que nunca más me enfermaría. Pensando en mi muerte me quedé dormido.

No sé cuánto tiempo estuve enfermo, hijos míos. Cuando abrí los ojos estaba en mi casa. Ya no sentía más fiebre ni tenía granos pegajosos. Sólo quedaron algunas marcas en mi piel, en mis brazos y en mis piernas. Todavía las tengo: pareciera que un bicho, alguna alimaña, me mordió y comió algo de mi carne. Así eran las marcas que tenía el hombre gordo que fue a robar el oro del templo.

Me incorporé con trabajos y mi madre se acercó a acariciarme con ternura, como cuando curó mis heridas luego de la matanza.

—Sabía que vivirías, hijito mío. Tú eres lagartija. ¡Qué bueno que te trajo a casa tu hermano Cuahuitlícac! Él te salvó la vida. En el calmécac nada más hubieras

muerto de sed y de hambre. Nadie te podía cuidar.

Al momento bajó la vista y su voz entristeció.

—Pero ahora mira a tu padre y a tu hermano. Los dos tienen el cocoliztli. Hace dos días que no se levantan. Tengo miedo por ellos.

Me acerqué a donde estaban. Los dos dormían, pero no tenían tantos granos como el gran sacerdote. Eran más pequeños y apenas les cubrían la cara y los brazos.

—No te preocupes, madre. No se ven tan enfermos —dije para tranquilizarla.

Tenía razón. Pocos días después mi padre y mi hermano despertaron y pudieron caminar. Ni siquiera les quedó marcada la piel, como a mí.

Así fue esa enfermedad, hijos míos: los que enfermaron primero murieron rápidamente, como nuestro gran sacerdote y nuestro rey Cuitláhuac. Pero los que enfermamos después, sobrevivimos. Al final, hijos míos, hubo más muertos por el hambre que por la enfermedad. La gente murió porque no tenía quién la cuidara, quién le llevara agua y comida.

Entonces, de repente, se fue la enfermedad sin ningún aviso, tal como había venido. Pronto nos enteramos de que estaba en Chalco y que ahí también mataba a mucha gente.

Entonces volvimos a salir a la calle. Muchos quedaron marcados, como yo. Algunos tenían toda la cara comida, como verdaderos monstruos. Otros más quedaron ciegos.

Como si esa terrible comezón no fuera suficiente, poco tiempo después nos enteramos de que nuestro sufrimiento no había terminado. Supimos que los españoles, junto con nuestros enemigos los tlaxcaltecas, venían de nuevo a hacernos la guerra. En Tlaxcala se habían recuperado de su derrota, de todo el daño que les hicimos. Cuando se sintieron fuertes de nuevo atacaron a nuestros guerreros en Tepeaca, los tomaron por sorpresa y los derrotaron. Mientras nosotros enfermamos del cocoliztli, los españoles continuaron fortaleciéndose y ahora venían hacia nuestra tierra.

En la calle, otra vez, la gente se lamentaba de tantas calamidades. Todos se dolían porque en verdad no podíamos descansar, en verdad no se acababan nuestros trabajos. Era mucho el sufrimiento: habían muerto ya muchos mexicas y ahora morirían más en el combate. Los viejos y las mujeres nos miraban con compasión, sabían que los jóvenes seríamos los primeros en caer en la guerra. Pero nosotros les teníamos lástima también, sabíamos que ellos sufrirían tanto como nosotros, que la guerra pasaría también por ellos.

Por eso muchos huyeron. Los otomíes, que no tenían tierras ni barrios, se fueron de la ciudad. Eran nuestros vecinos, vivían con nosotros en México, pero no quisieron quedarse. Nos abandonaron sin decir nada, simplemente escaparon a hurtadillas, durante la noche, como ladrones, como traidores.

Pero los mexicas nos preparamos para la guerra, no esperamos en vano a que llegaran nuestros enemigos. Los viejos señores nombraron a un nuevo gobernante, Cuauhtémoc, que era un gran guerrero, un joven fuerte, la mano izquierda de nuestro dios Huitzilopochtli. Nuestro nuevo rey ordenó que todos los hombres y jóvenes se prepararan para la guerra en los calmécac y en los telpochcalli.

Así hicimos en el calmécac de Yopico. Durante el día los guerreros nos enseñaban la guerra y en las noches íbamos a deshacer las calzadas de Tacuba e Iztapalapa. Ensanchábamos los canales y cargábamos las piedras para apilarlas en los techos de las casas, desde donde las podríamos arrojar a nuestros enemigos.

—No debemos tener miedo —decían los guerreros una y otra vez—. Los extraños nos atacarán con fuerza, pero nosotros los combatiremos con valentía y los haremos huir. Así terminaremos con ellos. Combatiremos hasta el final, como buenos guerreros.

Yo hacía mi mejor esfuerzo por convertirme en un guerrero, pero a veces recordaba las palabras del gran sacerdote. Entonces sentía que estábamos desobedeciendo las órdenes que nos había dejado al morir. ¿Por qué no hacíamos más ofrendas a los dioses? ¿Por qué no estábamos ayudando a los sacerdotes? Sabía que terminaríamos pagando el precio de nuestro olvido y que los dioses se disgustarían con nosotros y nos privarían de sus dones.

X. De cómo los españoles rodearon nuestra ciudad y de cómo nos destruyeron con sus barcos

—NOS han rodeado. Nuestros enemigos se han colocado por los cuatro rumbos alrededor de nosotros, en las riberas de la laguna. Se han hecho fuertes en Coyoacán e Iztapalapa al sur, en Tacuba al poniente y en Texcoco al oriente. No hay manera de que podamos vencerlos. Ayer mismo rompieron el acueducto que nos trae el agua desde Chapultepec, el acueducto que nos da de beber desde hace tantos años. ¿Ahora qué agua tomaremos? Pobres de los niños y las mujeres que tendrán que beber el agua salada y sucia del lago. También han cortado los caminos: hace semanas que la gente de las poblaciones no viene al mercado a vender maíz y frijol, hace semanas que no traen guajolotes ni patos. Ya ningún pueblo entrega a México el tributo de alimentos que nos debe. ¿Qué vamos a comer? Pobres de los ancianos y las ancianas que tendrán que alimentarse de hierbas y lagartijas y de otras comidas dignas de esclavos.

El viejo se había puesto de pie y hablaba con su voz fuerte y clara. A su alrededor estábamos reunidos todos los hombres del barrio de Yopico y todos lo escuchábamos en silencio. Estábamos sentados en el patio de nuestro calmécac, frente a un brasero en el que ardía copal, y todos bebíamos chocolate.

Era la primera vez que asistía a una reunión de los hombres de mi barrio, hijos míos. Pero ahora todos los jóvenes del calmécac éramos guerreros y teníamos que tomar parte en las discusiones y en las decisiones sobre nuestro destino. Por ello nos sentíamos emocionados y un poco inquietos de participar en una reunión tan importante.

Al principio los jóvenes no hicimos más que escuchar: los viejos hablaron uno a uno, como siempre hacían. Todos dijeron lo mismo y usaron casi las mismas palabras que el primero. Después se callaron y todos aguardamos a que hablara el más importante de los ancianos, el señor Tlacotzin. Estaba flaco y enfermo, pero todos lo escuchábamos porque era muy viejo y muy sabio y había conocido a los hombres que hicieron crecer nuestra ciudad y la convirtieron en capital de un imperio, los grandes antepasados que nos condujeron a la guerra y nos dieron

la victoria.

Tlacotzin habló sin ponerse de pie, con una voz frágil y quebradiza. Todos tuvimos que aguzar el oído para escucharlo:

—Los ancianos estamos de acuerdo. Esos extraños nos han vencido ya, nos han dejado sin agua y sin comida, han matado a más de ocho mil de nuestros guerreros y jóvenes. Nuestro poderío ha terminado. No pudimos aniquilarlos cuando escaparon de nuestra ciudad y por eso ahora ningún pueblo nos obedece. Nadie nos paga tributo, nadie nos manda hombres para la guerra. Estamos solos e indefensos, como estábamos cuando llegamos por primera vez a estas tierras. Debemos aceptar nuestra derrota y rendirnos ahora, antes de que nos maten a todos. Quizá así salvemos la vida de las mujeres y de los niños. En verdad los tlaxcaltecas sólo esperan la guerra para matarnos y comernos a todos. Por ventura si nos rendimos, si nos entregamos pacíficamente, nos dejen los nuevos amos un poco de tierra para que plantemos maíz y nos alimentemos, como humildes labradores. Hay que resignarse. ¿Acaso nuestro dios Huitzilopochtli nos prometió que gobernaríamos para siempre, que siempre seríamos poderosos y ricos? Siempre hemos sabido que nuestro tiempo de gloria y riqueza era poco, que nadie manda en la tierra para siempre. Y ahora ha llegado el fin. Tenemos que rendirnos.

Los viejos bajaron la cabeza y guardaron silencio. El anciano Tlacotzin se puso de pie con mucho trabajo y se acercó al brasero para apagarlo. La reunión había terminado, los viejos habían decidido por todo el barrio como hacían siempre.

Los jóvenes nos miramos unos a otros sin saber qué hacer. En ese momento sucedió algo extraordinario. Antes de que Tlacotzin echara agua sobre el copal y terminara así la reunión, mi hermano Cuahuitlícac levantó la voz.

—¡No nos podemos rendir! Somos guerreros, no cobardes. Nuestro deber es combatir, nuestro lugar es la batalla. Así nos lo ha ordenado nuestro dios Huitzilopochtli, así nos lo ha dicho nuestro rey Cuauhtémoc. Todos los mexicas, tanto los tenochcas como los tlatelolcas, están listos para la guerra. Los de Yopico tenemos que estar a su lado, con todos los barrios. No podemos someternos como mujeres, como viejos débiles y afeminados. ¡Que hablen las armas! ¡Que hable nuestro dios Huitzilopochtli! Nosotros no tenemos miedo.

Su voz se hizo más fuerte conforme hablaba y conforme los jóvenes empezaban

a asentir y a murmurar su aprobación.

—Ya hemos vencido a esos extraños y a los perros tlaxcaltecas. Casi los aniquilamos cuando huyeron de nuestra ciudad. Vimos sus cuerpos: no son más que hombres, y son pálidos y débiles. Los mexicas somos más fuertes. Podemos derrotarlos si seguimos al gran Cuauhtémoc. Él no tiene miedo. Confiemos en la fuerza de nuestro señor y de nuestro dios. ¿Vamos a dejar solo a Cuauhtémoc? ¿Vamos a dejar solo a Huitzilopochtli?

Ahora los viejos se miraban entre sí, desconcertados. Cuahuitlícac avanzó hacia el centro del patio. Uno a uno, los guerreros se pusieron de pie y gritaron que querían ir a la guerra.

Finalmente, Tlacotzin levantó el brazo y todos guardaron silencio. Su voz sonaba aún más débil porque temblaba de furia.

—¿No nos has escuchado, joven insolente? Los ancianos hemos decidido. No tenemos por qué escuchar tus necias palabras. Nosotros somos los que tenemos el conocimiento y la fuerza. Siempre ha sido así: los jóvenes siempre nos han seguido. ¡Callen y obedezcan!

Los guerreros bajaron la vista y dieron un paso atrás, pero Cuahuitlícac siguió acercándose al brasero y respondió en voz muy alta.

—¡No los obedeceremos nunca más! Los obedecimos una vez y dejamos entrar a los extraños a nuestra ciudad. Por eso murieron tantos de nuestros jóvenes. Ahora haremos la guerra y venceremos y ustedes nos tendrán que obedecer.

—Por esta falta vas a morir, bellaco —gritó Tlacotzin—. ¿Crees que puedes hablarme así? Tienes que obedecerme. Ahora te aplastaremos la cabeza con una piedra, como se hace con los ladrones y los traidores.

Mi hermano llegó al brasero y se plantó frente a él en actitud de desafío.

Tlacotzin lo señaló con el dedo y ordenó:

—Llévenlo preso. Mátenlo esta misma noche.

Su voz sonaba fuerte ahora y su tono hubiera hecho temblar a cualquiera. Pero Cuahuitlícac no se asustó y nadie se movió para apresarlo. Los jóvenes y los

guerreros nos acercamos al brasero, para apoyarlo.

Cuando nos vio llegar, el anciano Tlacotzin dio un paso atrás. Entonces nosotros empezamos a gritar y a golpearnos la boca con las manos, como hacíamos en las batallas. Los viejos bajaron la vista y salieron del patio en silencio. Entre ellos iba nuestro padre. Los jóvenes seguimos gritando un largo rato, como si estuviéramos borrachos con nuestro triunfo.

Ahora sé que los ancianos tenían la razón, hijos míos, no los jóvenes. Todo era en realidad como ellos habían dicho. Era como si ya hubiéramos sido derrotados, como si los españoles ya nos hubieran vencido.

Nuestros enemigos nos habían rodeado. Nos querían matar de hambre y sed, nos querían atacar desde todas las direcciones. Querían terminar con nosotros. El capitán Hernán Cortés era un gran guía de hombres, un gran gobernante y gran militar. Nos rodeó poco a poco hasta que no tuvimos salida ni escape. Poco a poco se fue ganando a nuestros amigos, incluidos a los acolhuas, nuestros aliados, parientes nuestros, que habían compartido nuestra gloria y nuestra riqueza; después a los chalcas. Así reunió a muchos pueblos en contra de nosotros y su ejército se hizo fuerte y poderoso. Tenía muchos hombres, muchas armas, alimentos para los guerreros, riquezas para premiar a los valientes.

Los mexicas, en cambio, nos quedamos sin amigos y sin vasallos. Todos nos abandonaron para irse con los extraños.

Pero nada de esto detuvo a los guerreros mexicas. Nadie sentía miedo. Sólo hablaban de la gloria del combate, de la fuerza de los mexicas y de nuestro dios. Y los jóvenes los seguíamos en todo. Queríamos ser como ellos, valientes y orgullosos.

Mi hermano Cuahuitlícac fue nombrado capitán de los guerreros de Yopico y recibió sus insignias de guerrero águila. En las noches, después de que habíamos trabajado todo el día abriendo los canales de las calzadas y levantando albarradas con las piedras que sacábamos de ellos, nos reuníamos en el patio del calmécac y Cuahuitlícac nos animaba:

—¡Guerreros! Se acerca el día del combate, el día de la gloria. Ese día los de Yopico demostraremos que somos los mejores combatientes, los guerreros más valerosos. Los extraños huirán al ver nuestra valentía y sus aliados, los cobardes tlaxcaltecas y los traidores acolhuas, pedirán no haber nacido cuando los castiguemos. Entonces brillará el nombre de Yopico, el barrio de los grandes guerreros.

Todos los jóvenes admiraban a Cuahuitlícac, todos querían ser tan valientes y tan fuertes como él. Lo imitaban en sus movimientos, en su manera de hablar y en su paso decidido. Su sola presencia llenaba sus corazones de valentía y de arrojo.

Así hablaban también en los otros barrios. Todos querían demostrar que eran más valerosos que sus vecinos. Los de Tlatelolco decían que sólo ellos defendían la ciudad y que los de Tenochtitlan éramos unos cobardes que queríamos entregarnos a los enemigos. Por eso deseábamos demostrarles nuestra valentía.

Fue por eso, por nuestro orgullo, que no escuchamos a los ancianos, que no quisimos entender sus razones. No nos importaba la mucha falta de alimentos y de agua pues confiábamos en la fuerza de nuestros brazos y de nuestros pechos, en la ayuda de nuestro dios Huitzilopochtli y en la guía de nuestro rey Cuauhtémoc.

A los pocos días de la reunión en el calmécac murió el anciano Tlacotzin. Su cuerpo apareció en la calle una mañana, con la cabeza deshecha por una piedra. Los otros viejos lo recogieron y lo quemaron con todos los honores que correspondían a un hombre principal. Pero ninguno de los guerreros fue a su funeral. Todos sabían que un guerrero lo había asesinado, que había muerto porque no quería hacer la guerra.

—¡Qué bueno que murió! —decían los jóvenes—. Yopico no necesita de cobardes. Necesitamos guerreros dispuestos a exponer su brazo y su pecho, no ancianos que quieren rendirse.

Yo me sentía orgulloso porque ya me habían cortado la colita. Me premiaron porque había matado al joven español, al doble de mi hermano Cuahuitlícac, y había tomado su espada. Además los guerreros me habían regalado una manta roja de algodón que no me quitaba nunca. Mi hermano tampoco soltaba la espada del español y la llevaba de arriba para abajo. Con ella señalaba el camino a los jóvenes del barrio, con ella practicaba sus golpes contra los otros guerreros.

Por todo eso nos olvidamos de las fiestas. El sol se movió hacia el norte por entre los cerros, pero ninguno de nosotros fue a ofrecer su sangre a los altares. Las flores llenaron los campos y los árboles de colorín, el maíz empezó a crecer en las milpas, pero nadie hizo las fiestas para agradecer a los dioses. Era como si todos los sacerdotes hubieran muerto o se hubieran escondido. Ya sólo recordábamos a Huitzilopochtli, el guerrero, y sólo a él le ofrendábamos la sangre y los corazones de los cautivos.

A veces pensaba en ello, hijos míos, y me preocupaba. Aún sonaban en mi cabeza las palabras de despedida del gran sacerdote y sabía que no lo estábamos obedeciendo. Entonces sentía miedo de que el mundo se fuera a terminar por nuestra culpa, por nuestra arrogancia. Acaso dejaría de llover, o las plantas no crecerían más. Acaso el sol dejaría de brillar. Los dioses no nos perdonarían nuestro descuido y nuestro sufrimiento sería mayor que cualquier guerra.

Pero en realidad no podía pensar mucho en esos asuntos; iba de un lugar a otro, cargando piedras y palos, aprendiendo a tirar con la honda y a golpear con una macana. Y cuando terminaban nuestras labores de guerrero, me sentía demasiado cansado para recordar nada. Ya tampoco tenía tiempo para ir a ver el libro del extraño ni para pensar en ese mundo que estaba del otro lado del océano. No era más que un guerrero que seguía a su capitán y lo obedecía en todo. Sólo podía pensar en el combate.

Entonces aprendí a conducir una canoa de guerra. Mi trabajo era remar y maniobrar la barca mientras los guerreros disparaban con sus lanzadardos y sus arcos. Por eso tenía que saber avanzar con rapidez y dar la vuelta en las esquinas de los canales sin hacer movimientos bruscos, para que no se cayeran al agua los guerreros que iban de pie.

—Mientras tengamos nuestras barcas, los extraños no podrán hacernos daño —me explicó Cuahuitlícac—. Cada vez que quieran entrar a la ciudad los atacaremos desde el agua, por los dos lados de las calzadas y los masacraremos como lo hicimos en la noche que huyeron de nuestra ciudad. El lago es nuestro mejor amigo, como siempre. Desde Aztlan los mexicas hemos vivido en el centro del agua. Siempre nos ha dado alimentos, ahora nos dará protección.

Pero los españoles lo sabían y se prepararon para combatirnos también en el

agua. Por tal razón hicieron construir unos barcos muy grandes y muy poderosos. Ocho mil tlaxcaltecas trajeron la madera desde sus tierras y otros tantos acolhuas construyeron un canal en Texcoco para que pudieran navegar los barcos. Los mexicas oímos hablar de esos grandes navíos, pero no los vimos hasta el día en que empezó la batalla en el lago.

Era temprano en la mañana cuando sonaron las caracolas y los tambores. Nada más los oímos, corrimos todos a las barcas. Los jóvenes tomamos los remos, mientras los guerreros alistaban sus lanzadardos y sus flechas. Salimos en nuestras canoas, una tras otra, por los canales de la ciudad y nos reunimos en el lago. Eran tantas las barcas que casi cubrían la laguna. Avanzamos rápidamente hasta que nos topamos con los barcos españoles, cerca de un peñón muy alto que está en medio del agua y que se llama Tepetzinco.

Cuando estuvimos frente a ellos nos detuvimos. Los barcos de los españoles eran verdaderas torres flotantes, más altos que cualquiera que hubiéramos visto antes. Eran tan grandes que adentro cabían muchos guerreros y cañones. Tenían también mástiles como árboles con grandes banderas de colores. Sentí temor de ver esas inmensas casas acuáticas, pero pensé que de seguro los españoles también sentían miedo al ver que las barcas mexicas eran tantas, pues ellos también se detuvieron frente a nosotros.

Nos observamos durante un buen rato, hasta que empezó a soplar un viento fuerte que venía del oriente hacia nosotros. Entonces se inflaron lo que yo creí que eran las banderas de los barcos de los españoles, luego supe que se llamaban velas, y todos empezaron a moverse. Nos quedamos verdaderamente sorprendidos cuando los vimos avanzar hacia nosotros. No necesitaban de remeros, sólo se movían con la fuerza del viento. Se acercaron tan rápidamente que no pudimos hacer nada para quitarnos de su camino. Nuestros capitanes no tuvieron tiempo de darnos ninguna orden.

Uno de los barcos se dirigió hacia donde estaban las balsas de Yopico. Su gran bandera tenía una cruz negra inmensa. Su cañón disparaba una y otra vez y cada tiro hundía varias barcas, con sus guerreros y su remero. Donde golpeaba, era como si hubiera caído un rayo. Nuestros guerreros disparaban sus lanzadardos, pero de nada servían. Los enemigos se escondían detrás de las paredes de madera y desde ahí disparaban. Era tanto el ruido que apenas se oían los gritos de los capitanes.

—Rema, muchacho. ¡Quítate del camino! —me gritó uno de los guerreros de mi barca.

Apenas alcancé a hundir el remo en el agua cuando el barco llegó sobre nosotros. Vi en ese momento que los españoles apuntaban el cañón en nuestra dirección y me admiré de sus rostros fieros. Uno de ellos tenía una antorcha lista para encender la mecha.

Entonces nuestra barca se volteó y nos tiró al agua. Antes de sumergirme escuché el ruido atronador del cañón. Después ya no oí nada, pero vi cómo los otros guerreros se hundían hasta el fondo de la laguna sin hacer ningún movimiento. Estaban muertos. En unos instantes el agua se oscureció con su sangre. En ese momento pasó el barco español sobre nosotros.

Cuando el barco de los enemigos me dejó atrás, subí a la superficie y me agarré de un pedazo de madera para mantenerme a flote.

En lo que recuperaba el aliento vi que los barcos de los españoles habían pasado sobre todas las canoas mexicas y ahora seguían avanzando hacia la ciudad. El agua a mi alrededor estaba llena de pedazos de madera y de flechas rotas. Algunos guerreros se mantenían a flote como yo. Pero eran pocos, no parecía que en ese mismo lugar hubiera habido un ejército completo apenas hacía unos instantes. El agua estaba caliente por la sangre de los caídos.

Cuando recuperé el aliento, recordé que era un guerrero.

—¡A mí! ¡A mí! Aquí estoy, denme un lanzadardos.

Grité y grité para que alguien me recogiera y me llevara al combate, pero de nada sirvió. Cuando el sol subió a lo alto del cielo, logré nadar hasta un cañaveral en el peñón de Tepetzinco y me refugié a la sombra de los tulares. Estuve ahí todo el día, entre los ajolotes, espantando a los mosquitos. Cuando el sol descendió por el poniente regresaron los barcos de los españoles. Al frente venía el de la bandera con la cruz negra. Me oculté entre las cañas y temblé de miedo. Los hombres de los barcos gritaban, reían y daban de brincos celebrando su victoria.

Ya era de noche cuando vinieron unas cuantas barcas mexicas a buscar a los que habíamos quedado en el agua. Iluminaban con sus antorchas, pero no se atrevían a llamarnos, ni nosotros a gritar. Por suerte, una de ellas se acercó al peñón y los

barqueros me ayudaron a subir.

—¡Vamos al combate! —grité en cuanto estuve en la barca.

Me puse de pie como debía ir un guerrero, pero sentí mucho frío y me tuve que acurrucar en el piso de la canoa. El hombre de la antorcha no volteó siquiera a verme.

—¿Cuál combate, muchacho? Los extraños terminaron con nuestras barcas. Nos derrotaron de un solo golpe.

Después de esa derrota, hijos míos, ya nunca nos atrevimos a enfrentarnos a los españoles en el agua. Sus barcos se hicieron dueños del lago. Desde el agua atacaban nuestras albarradas y defendían a sus guerreros, desde el agua disparaban sus cañones contra nuestras casas. Nuestras barcas sólo se movían en los canales dentro de la ciudad, porque eran demasiado angostos para que entraran sus barcos.

XI. De cómo me quedé sin familia y sin barrio

ESA noche nos reunimos nuevamente en el calmécac de Yopico. Faltaban muchos guerreros y muchos jóvenes que habían quedado en el fondo del lago. Los presentes estábamos heridos o aterrados por la derrota.

—No importa lo que sucedió en el lago —decía mi hermano Cuahuitlícac, parado junto al brasero—. Los mexicas no necesitamos combatir en el agua. Nuestra fuerza y nuestras armas son suficientes para derrotar a los enemigos en la tierra. Los enemigos no pasarán de las calzadas, nunca llegarán hasta nuestras casas.

Su voz sonaba tan firme que logró que nos olvidáramos de lo que había sucedido, y al día siguiente fuimos a combatir a nuestros enemigos a la calzada de Iztapalapa. Cuahuitlícac iba al frente y nos animaba con gritos y palabras, sin dejar de blandir su espada. Nos sentíamos seguros con un capitán tan valiente. Se veía verdaderamente gallardo con su vestido de plumas de águila y su escudo de plumas azules.

Nos detuvimos en la segunda albarrada de la calzada y pronto vimos acercarse a los guerreros mexicas que habían defendido la primera albarrada y que ahora venían corriendo para escapar de los enemigos. Los españoles los habían atacado con sus cañones y sus arcabuces, mientras los tlaxcaltecas y los chalcas les arrojaban piedras y dardos. Nuestros guerreros resistieron con valentía, pero los cañonazos destruyeron la albarrada y los españoles y sus aliados se lanzaron a atravesar el canal con tal ímpetu que los mexicas tuvieron que retirarse.

Los ayudamos a cruzar el canal y nos preparamos a defender nuestra albarrada. Cuando llegaron los españoles y los tlaxcaltecas, los recibimos con una lluvia de flechas y piedras que los hizo retroceder. Pero pronto llegaron dos de sus bergantines y empezaron a disparar sus cañones contra la albarrada. Cada tiro rompía piedras y palos y abría boquetes en el muro. Si un guerrero estaba cerca, era herido por los pedazos que salían volando. También teníamos que agacharnos tras el muro para escapar a sus escopetazos y a los dardos de sus ballestas.

Pero no nos rendimos, hijos míos. Mientras los guerreros disparaban, los más jóvenes tapábamos cada boquete con piedras y palos como mejor podíamos. Nunca dejamos que los enemigos atravesaran el canal. Mi hermano se movía de arriba hacia abajo, daba órdenes, recogía a los heridos, disparaba dardos. Era el único que no se agachaba cuando venía una lluvia de flechas y tiros enemigos. Muchos murieron, pero yo no sentía miedo por él porque sabía que su espada lo protegía y que ya ningún español podía matarlo.

Al anochecer, los españoles salieron huyendo. En cuanto los vimos retroceder, saltamos la albarrada y corrimos tras ellos. Los guerreros más rápidos y más valientes, como mi hermano, alcanzaron a cautivar a varios tlaxcaltecas. Pero otros murieron porque los españoles volteaban a dispararles y les daban con sus ballestas en pleno pecho.

Los guerreros cautivos fueron llevados al templo de Yopico y ahí mismo los sacerdotes les abrieron el pecho. Su sangre servía para hacer más fuerte a nuestro dios Huitzilopochtli, y su carne nos alimentaba y nos daba valentía.

Pero esa noche los jóvenes no descansamos, como los guerreros que se sentaron a contar sus hazañas del día, pues tuvimos que regresar a la primera albarrada para volver a levantarla. Los españoles habían quitado las piedras y los palos y los habían tirado al canal hasta hacer un montón que llegaba al nivel de la calzada. Por eso, toda la noche nos dedicamos a recoger las piedras y los palos del agua y a volverlos a levantar en un muro tras el canal. Por si fuera poco, los capitanes nos ordenaron que rompiéramos más piedras de la calzada para que el canal fuera más ancho y más profundo y para que la albarrada fuera aún más alta. Llovió toda la noche y el piso de la calzada se llenó de lodo, de modo que resultaba difícil cargar las piedras pesadas en medio de la oscuridad, entre tropezones y resbalones. Pero mucho peor era escuchar los gritos de los guerreros mexicas que habían sido capturados por los tlaxcaltecas y que eran sacrificados por ellos en su campamento. Sabíamos que se los comerían, como los guerreros mexicas comían la carne de los enemigos que habían capturado.

Más tarde, los tlaxcaltecas se acercaron a gritarnos:

—No trabajen tanto. Mejor descansen y coman. Queremos que estén bien gordos cuando los comamos. Ya hemos puesto a calentar el pozole para preparar su carne. Ya tenemos listos los cuchillos para abrir sus pechos. Vengan de una vez. Ya comimos a varios de ustedes y nos quedamos con antojo de carne mexica.

Así continuó la guerra en un trabajo de nunca acabar, hijos míos. Durante el día nos defendíamos contra los enemigos, y si nuestra albarrada era destruida teníamos que salir corriendo para que no nos capturaran. Huíamos, pero los esperábamos en la siguiente albarrada y ahí los enfrentábamos. A veces en un solo día tomaban una o dos, o hasta tres. Más tarde, por la noche, los jóvenes teníamos que destruir los puentes que habían construido los españoles y los tlaxcaltecas y volver a construir las albarradas que habían deshecho.

Era grande nuestra valentía y nuestra fuerza, pero de nada sirvió. A los pocos días los españoles nos atacaron con toda su fuerza desde la mañana y nada pudimos hacer para detenerlos. Rompieron todas nuestras albarradas y entraron hasta la ciudad. Cuando llegaron a Tenochtitlan, corrieron por la calzada hasta la plaza del gran templo y ahí colocaron su cañón y dispararon con él contra los edificios. También subieron al templo de Huitzilopochtli y mataron y derribaron a los sacerdotes que hacían ofrendas a nuestro dios.

En verdad nadie esperaba que los enemigos avanzaran tanto. Cuando sonaron las caracolas, todos corrimos hacia el gran templo. Los españoles huyeron al vernos llegar y los perseguimos con furia. Los hubiéramos acabado, pero entonces llegaron sus caballos a defenderlos. Eran como monstruos alados que se movían de un lugar a otro y nadie podía con ellos. Un jinete español podía atravesar al mejor guerrero mexica con un solo golpe de su lanza. Por eso ya no nos atrevimos a enfrentarlos y los españoles pudieron escapar por la calzada hasta su campamento.

Los enemigos escaparon de nuestra ciudad, pero el daño estaba hecho. Cuando se apagó el ruido de la batalla, cuando se disipó el humo de los cañones, vimos que nuestras calles y la plaza de nuestro templo estaban cubiertos de cuerpos de guerreros mexicas, como el día de la matanza. Los edificios ardían y los sacerdotes muertos yacían al pie del templo de Huitzilopochtli.

Cuando vi otra vez a los muertos en la gran plaza de nuestra ciudad, pensé por primera vez, hijos míos, que quizá mi hermano Cuahuitlícac se había equivocado. Pese a lo que había dicho, los enemigos habían llegado al corazón de nuestra ciudad y lo habían atravesado con sus espadas y sus cañones malditos. De nada nos había servido la protección de nuestro dios Huitzilopochtli, de nada habían servido nuestra valentía y nuestros esfuerzos.

Esa noche nos volvimos a reunir en el calmécac de Yopico. Antes de que empezara la guerra éramos tantos que apenas cabíamos sentados en las escaleras del templo, pero ahora teníamos espacio de sobra. Muchos guerreros y jóvenes habían caído ese mismo día, heridos por los cañonazos y pisados por los caballos.

Cuahuitlícac empezó a caminar de arriba a abajo por el patio y nos habló en una voz muy baja:

—Los enemigos han vencido nuestras defensas. Así como entraron hoy al gran templo, entrarán mañana a los barrios. Entonces quemarán las casas, matarán a los ancianos y violarán a las mujeres. No podemos hacer nada para defenderlos. Nos atacan por la calzada de Iztapalapa y por la de Tacuba. No nos damos abasto para detenerlos. Por eso, nuestro rey Cuauhtémoc, junto con sus grandes capitanes, ha decidido que debemos abandonar Tenochtitlan. Si dejamos aquí a los niños y a las mujeres, serán presas de esos asesinos y de los perros tlaxcaltecas. Por eso nos refugiaremos todos en Tlatelolco. Ahí no nos podrán atacar tan fácilmente y los guerreros combatiremos tranquilos en las calles de Tenochtitlan porque sabremos que nuestras esposas y nuestros hijos están seguros. Los enemigos nunca llegarán a Tlatelolco.

Mi hermano quería sonar decidido y firme, pero la voz le temblaba. No era fácil para un guerrero aceptar su derrota.

—Por eso tenemos que obedecer las órdenes de nuestros gobernantes. Esta misma noche tenemos que abandonar Yopico. Vayan a ordenarles a sus familias que se preparen.

Cuando terminó de hablar, Cuahuitlícac bajó la vista y no la levantó hasta que todos salieron del patio. Me acerqué a donde estaba y me dijo al oído con la voz quebrada:

—Avísale a nuestro padre y a nuestra venerable madre, Cuetzpalómitl. No quiero ser yo el que les dé la noticia ahora que mi mujer acaba de tener a mi hijo.

Esa noche nadie durmió en Yopico ni en los otros barrios de Tenochtitlan. Todas las familias se prepararon para abandonar sus hogares.

Cuando llegué a mi casa sentí mucha tristeza, hijos míos. Hacía mucho tiempo que no veía a mis padres, pues cuando no estaba en la calzada, combatiendo a los enemigos o cargando piedras, estaba en el calmécac, descansando, escuchando las órdenes de los capitanes y preparando las armas para el combate del día siguiente. Pero ahora no podía sentarme a descansar junto al fogón, ni escuchar las palabras de mi padre, ni ver el dulce rostro de mi madre. No había tortillas calientes para comer. Mi padre, mi madre y mi cuñada iban de un lugar a otro recogiendo y guardando las cosas de valor, mientras mi sobrino lloraba en un rincón. Mi padre doblaba sus mantas y con ellas envolvía plumas y vasijas de barro precioso, mi madre ataba sus cacharros con una cuerda de ixtle, la esposa de Cuahuitlícac recogía los trajes de algodón y las insignias de plumas y piedras preciosas de mi hermano.

Corrí a mi escondite y saqué el libro y la barra de oro. Se los llevé a mi padre. Él tomó la barra y me vio con admiración. Después la envolvió en una manta rojo brillante. El libro se quedó en el piso. Se lo volví a pasar para que lo guardara con el oro y él me respondió:

—¿Para qué quieres cargar algo tan pesado? ¡No podemos llevar tantas cosas! Nuestros antepasados no cargaban casi nada cuando caminaban por el desierto. Y nosotros somos ahora como ellos, unos pobres desgraciados sin hogar ¿Tú crees que podemos cargar cosas inútiles?

No pude responderle. Yo mismo no entendía por qué quería guardar ese libro. Pero tampoco podía dejarlo ahí. Fingí abandonarlo en el piso, pero cuando mi padre volteó lo escondí, bien envuelto, junto a la barra de oro.

Salimos de la casa ya muy tarde y seguimos a las demás familias del barrio por la calzada. En verdad era una lástima verlos. Los hombres y las mujeres cargaban a sus hijos pequeños y llevaban también sus bultos, con mantas, plumas finas y oro. Algunas mujeres cargaban sus cacharrosy unos cuantos sacos con granos de maíz y frijol. Todo lo demás había quedado atrás, se había perdido. En verdad parecíamos personas miserables, de las que siempre vagan de un lado a otro porque no tienen tierras ni casa. Nos parecíamos a los otomíes, que tanto habíamos despreciado. Por eso nadie quería detenerse, nadie quería voltear a ver su hogar, su escuela, su templo. Ya no existían para nosotros.

Los guerreros nos esperaban al final de la calzada, junto al canal, iluminados con grandes antorchas. Cuahuitlícac era el capitán. Sin decir palabra, él y los otros

hombres revisaban a cada familia que pasaba y le quitaban los cacharros y otros objetos grandes. Cuando nos acercamos, mis padres sonrieron y su esposa dio un paso adelante para saludarlo y mostrarle a su hijo. Pero mi hermano no respondió: sin decir palabra, arrebató los cacharros de mi madre y los estrelló contra el piso.

—¡Nadie puede llevar ollas ni cántaros! No hay lugar para tantas cosas en Tlatelolco —gritó, sin siquiera voltearnos a ver. Después se alejó con su antorcha—. Avancen rápido.

Las otras mujeres soltaron sus cacharros en silencio y los guerreros se acercaron para romperlos.

Cuando llegamos al puente que cruzaba el canal, uno de los guerreros me tomó de los hombros.

—¿Adónde vas? ¡Tú te quedas aquí! Tienes que combatir con los hombres. ¿O acaso eres una jovencita?

Me enfurecí. Yo había estado en la batalla, como él, y no era ningún cobarde.

—¡Suéltame! No estoy huyendo. Sólo quiero acompañar a mi familia. Quiero ver dónde van a dormir, en qué casa. Después regresaré.

El guerrero me sujetó con más fuerza y sus compañeros se rieron.

—¿En qué casa, dices? ¿Acaso crees que van a vivir en un palacio? No seas estúpido. Van a dormir en la calle, como todos los de nuestro barrio.

Las demás familias querían pasar y nos empujaban. Apenas alcancé a darle a mi padre el bulto que cargaba, con la barra de oro y el libro. Luego los vi alejarse por la calzada, hasta que las antorchas no los iluminaban más.

En ese momento, empezó a llover de nuevo.

Ya no combatimos para defender nuestro barrio, hijos míos. ¿Qué caso tenía morir para salvar casas que ya estaban vacías? ¿Para qué proteger el altar de nuestro Señor Xipe si él ya no vivía ahí?

Los guerreros y los jóvenes seguimos el camino de las familias y abandonamos

el barrio de Yopico. Lo mismo hicieron todos los guerreros de los demás barrios de Tenochtitlan. También abandonamos los palacios de nuestros emperadores y el gran templo. No nos importaba ya. Los sacerdotes se habían llevado el bulto de nuestro dios Huitzilopochtli a Tlatelolco, donde estaría más seguro. Nuestra ciudad quedó completamente sola, sin hombres y sin dioses.

Todos nos refugiamos en Tlatelolco y construimos la albarrada más grande que habíamos hecho jamás. Los jóvenes de todos los barrios acarreamos madera, piedra y lodo hasta que el muro fue más alto que una casa.

—Aquí hemos de triunfar o morir —decía Cuahuitlícac para darnos ánimo—. De aquí sólo saldremos para perseguir a nuestros enemigos y acabar con ellos. Si no, sólo nos quedará tirarnos al agua. No tenemos otro lugar adónde ir.

Cuando no estaba cargando piedras para la albarrada o combatiendo a nuestros enemigos, caminaba por las calles de Tlatelolco en busca de mi familia. Eran barrios que nunca había conocido y me perdía con frecuencia entre los callejones y los canales. En todas las calles había gente de Tenochtitlan. Dormían y comían ahí, bajo la lluvia, entre los charcos. Les preguntaba por la gente de Yopico pero nadie me podía dar razón. Apenas sabían de la gente de sus propios barrios.

Los de Tlatelolco tampoco sabían nada. Casi no hablaban con los de Tenochtitlan y sólo se burlaban de nuestra cobardía.

—¿Para qué huyeron? ¿Por qué vinieron a encimarse aquí en nuestros barrios? Son unos cobardes. Es como si ya estuvieran vencidos. No supieron enfrentarse a los españoles. Nosotros no los defenderemos de ellos.

Por todos lados era lo mismo: sus guerreros se reían de nosotros; sus viejos despreciaban a nuestros viejos y sus mujeres a nuestras mujeres; sus niños aventaban piedras a nuestros niños.

Cada vez que escuchaba las burlas de los tlatelolcas, hijos míos, me preguntaba si no tenían razón. En verdad parecía que los de Tenochtitlan estábamos vencidos: ya no teníamos hogares, ya no teníamos templos, nuestras familias estaban perdidas entre extraños, sin un techo para protegerlas de la lluvia.

Cuahuitlícac había prometido que destruiríamos a nuestros enemigos, pero ellos nos habían derrotado una y otra vez. Había dicho que los venceríamos en el agua, pero ahora sus bergantines iban de un lugar a otro del lago y nos

disparaban día y noche. Había jurado que nunca entrarían a nuestra ciudad, pero ahora éramos nosotros los que ya no podíamos regresar a Tenochtitlan.

Mientras tanto, los enemigos no dejaban de atacarnos. Ahora querían entrar hasta la plaza del mercado de Tlatelolco. Era una plaza tan grande como la plaza del gran templo y en ella dormían muchas familias tenochcas, por lo que los españoles y sus aliados querían hacer una masacre tan grande como la que habían hecho en Tenochtitlan. Por eso atacaban todos los días y disparaban sin cesar sus cañones contra nuestra gran albarrada.

Defendimos la albarrada con todas nuestras fuerzas hasta que los capitanes mexicas decidieron tenderle una trampa a nuestros enemigos.

—Nuestro rey Cuauhtémoc ha ordenado que los dejemos entrar —nos explicó Cuahuitlícac—. Los dejaremos pasar por la calzada y los esperaremos en los canales y las calles de los lados. Entonces, cuando estén muy adentro de Tlatelolco, los atacaremos y los destruiremos.

Al día siguiente seguimos sus órdenes: nadie defendió la albarrada y los españoles la destruyeron con sus cañonazos. Cuando pasaron sobre sus escombros y no encontraron un solo guerrero en la calzada, pensaron que nos habían vencido y avanzaron hacia el mercado.

Sin embargo, nosotros los esperábamos escondidos en los canales, dispuestos a acabar con ellos. Yo conducía una barca en la que iban Cuahuitlícac y otros tres guerreros de Yopico. Cuando oímos venir a los españoles nos agachamos para que no nos vieran. Me sujeté a una piedra de un muro para inmovilizar bien nuestra barca y aunque el agua del canal golpeaba en pequeñas olas logré que la canoa no se estrellara contra la pared e hiciera ruido.

Primero pasaron los tlaxcaltecas y los chalcas; detrás entraron los españoles con sus arcabuces, sus ballestas y sus espadas y, al final, vinieron los caballos.

Cuando terminaron de pasar los enemigos, mi hermano se levantó de un brinco. Se veía contento. La sed de victoria lo llenaba de alegría.

—Hoy vamos a terminar con ellos, los vamos a deshacer. Vamos a tener tanta carne para comer que vamos a tener que dejársela a los perros y a los zopilotes.

—Pero, hermano —le respondí—. Ya has dicho lo mismo antes y ellos nos han vencido. Quizá sean demasiado fuertes para nosotros. Quizá nunca los podremos derrotar.

En el momento en que abrí la boca me di cuenta de que no debía hablar así, pero eran las ideas que revoloteaban en mi cabeza, como mariposas negras que no me dejaban dormir ni descansar. Quería que Cuahuitlícac me tranquilizara, que me convenciera que nosotros los mexicas éramos todavía los más fuertes y que venceríamos a todos nuestros enemigos.

Pero mi hermano se volvió, furioso, y me pellizcó la mejilla. Luego me jaló de una oreja y me levantó en vilo. La barca se tambaleó y los otros guerreros tuvieron que asirse a las paredes para no caer al agua.

—¿Qué dices, cobarde? Pareces una mujer. ¿Qué haces aquí? Vete a preparar tortillas y a esconderte tras las faldas de nuestra madre.

Cuahuitlícac me jaló hasta que estuvo a punto de arrancarme la oreja. Después me tiró al agua.

—Esas fueron las palabras del viejo Tlacotzin y por eso lo matamos. ¿Quieres que te matemos a ti también por traidor?

En ese momento sonaron las caracolas que nos llamaban al combate. Nuestros guerreros habían enfrentado a los enemigos y los habían hecho retroceder. Ahora huían por la calzada de regreso a la albarrada y era el momento de atacarlos y destruirlos.

En cuanto se escuchó la señal, los guerreros mexicas salieron de sus escondites, en los canales y los techos de las casas, y comenzaron a aventar piedras y dardos. Los enemigos no esperaban ese ataque y se llenaron de miedo. Perdieron todo el orden y huyeron aterrados. Se empujaban y tropezaban entre ellos y, si alguno caía, los demás pasaban sobre él; nadie se detenía a ayudarlo a levantarse.

Uno de los guerreros de la barca me dio el brazo para que saliera del agua, y en cuanto tomé el remo Cuahuitlícac dio la orden de que avanzáramos. Salimos al gran canal junto a la calzada, y él y los otros guerreros empezaron a disparar sus lanzadardos. Había muchas otras barcas mexicas y de todas llovían los dardos. Pero era poco el daño que hacían pues todos los enemigos estaban vestidos con

trajes de malla de algodón que los protegían bien.

En ese momento recordé que más adelante había un canal que atravesaba la calzada y que nuestros guerreros habían levantado el puente en cuanto pasaron los enemigos. Ahora llevaban tanta prisa en su huida que seguramente caerían en el agua, como les había ocurrido la noche en que huyeron de la ciudad, y ahí podríamos tomarlos prisioneros.

Inmediatamente empujé la barca con el remo en esa dirección, pues sabía que teníamos que llegar rápidamente, antes de que los enemigos lograran cegar el canal.

—¿Qué haces? ¡Estás loco! —Cuahuitlícac volteó para arrebatarme el remo, pero yo no me detuve.

—Vamos al canal.

Cuando nos acercamos, él y los otros guerreros vieron lo que pasaba en el canal y no me dijeron más. Todos los enemigos que iban llegando al lugar caían al agua, empujados por los que venían detrás. Después trataban de subir a la calzada del otro lado del canal, pero se resbalaban y volvían a hundirse porque los bordes del canal estaban empapados y se habían llenado de lodo. Tampoco los caballos alcanzaban a detenerse. En un momento el canal se llenó de hombres que gritaban e intentaban asirse a cualquier cosa para no ahogarse. Nos acercamos y mi hermano y los guerreros empezaron a golpearlos en la cabeza con sus macanas.

Entonces llegaron más barcas mexicas.

—No los maten. Los queremos vivos para alimentar a Huitzilopochtli —gritaba Cuahuitlícac.

Era muy fácil capturar a los enemigos: tenían tanto miedo de ahogarse que se agarraban a los brazos de los guerreros mexicas y ellos sólo tenían que atontarlos con un buen golpe en la cabeza y sacarlos del agua. Así llenamos nuestra barca de cautivos, hasta que parecía que su peso nos iba a hundir.

En ese momento llegaron más españoles desde la albarrada. Venían con el capitán Cortés a rescatar a sus amigos. Traían el gran estandarte, la bandera que nos habían enseñado con tanto orgullo cuando entraron a nuestra ciudad por

primera vez. En cuanto se acercaron al canal, empezaron a disparar hasta que nos hicieron retroceder. Entonces se detuvieron a ayudar a sus compañeros a salir del agua.

Ante el nuevo ataque, muchas de nuestras barcas se alejaron con los cautivos que habían hecho. Nuestra barca estaba a punto de hundirse por el peso de tres españoles y por eso me empecé a retirar yo también.

—Detente —me ordenó Cuahuitlícac en voz baja—. Traen su estandarte, ¿no ves? Si lo capturamos, tendrán que darse por vencidos. Acércate a la calzada para que vayamos por él.

Cuahuitlícac levantó su espada y me señaló la orilla, muy cerca de donde estaba el capitán Cortés. En su mirada no había miedo. Al verlo, los otros guerreros blandieron sus macanas.

Nos acercamos a la orilla y los cuatro saltaron a la calzada. En ese mismo momento uno de ellos cayó atravesado por un tiro de ballesta, pero los otros continuaron avanzando hacia el estandarte. El hombre que cargaba la bandera estaba solo, junto a un muro, porque los demás españoles se habían acercado al borde del canal. Cuahuitlícac lo tomó por sorpresa y lo derribó de un tajo en el cuello. El estandarte cayó al piso también y entonces mi hermano soltó su espada y se agachó a recogerlo.

—¡Cuahuitlícac! ¡No sueltes la espada! Recuerda que es la que te protege —le grité desesperado.

No me alcanzó a escuchar. En ese momento, sin que él los viera, lo rodearon varios guerreros tlaxcaltecas. Uno lo golpeó en la cabeza con una macana y cuando cayó lo tomaron de los brazos y las piernas. Los dos compañeros de mi hermano quisieron defenderlo, pero un tlaxcalteca atravesó a uno de ellos con una lanza.

—¡Hermano, voy por ti! ¡Espérame! —le grité y salté a la calzada.

No tenía miedo. Ya no me fijaba en los enemigos a mi alrededor ni en las flechas que volaban por el aire. Sólo veía a los tlaxcaltecas que se llevaban a mi hermano. Corrí tras ellos pero había demasiados hombres, demasiados cuerpos tirados, demasiado humo, demasiado ruido. Pronto no los vi más, hijos míos. Entonces alguien me tomó del brazo y me detuvo.

—¿Dónde está tu arma? ¡Vámonos de aquí!

Era el compañero de Cuahuitlícac que había recogido el estandarte de los enemigos.

—¡Mi hermano! Tenemos que salvarlo. Lo van a matar, lo van a comer.

—Olvídalo, ya no tiene salvación. Pero murió heroicamente. Gracias a él los enemigos están vencidos. Ya tenemos el estandarte.

Me jaló hasta la barca y me hizo alejarme del canal. Para consolarme, mientras remaba pensaba que la muerte de Cuahuitlícac había sido gloriosa como él decía.

Pero de nada sirvió que capturáramos la bandera de los españoles, hijos míos. Nuestros guerreros sabían que cuando un enemigo tomaba el estandarte de los mexicas quería decir que había capturado el corazón del ejército y que no podían combatir más. Pero los españoles no combatían como verdaderos guerreros, sino como hombres salvajes y traicioneros que no se preocupaban de su honor: en vano les mostramos el estandarte, en vano lo ondeamos frente a ellos desde nuestra barca. Jamás reconocieron su derrota, no se rindieron como hubieran hecho unos guerreros nobles y valientes. Nos dispararon con sus arcabuces y sus ballestas y luego se retiraron sin más, cuando lograron sacar del agua a los hombres que habían sobrevivido.

Sin embargo, los mexicas habíamos triunfado en esa gran batalla y esa tarde hubo fiesta. Nos reunimos en la plaza del mercado para que el rey Cuauhtémoc premiara a los que habían tomado prisioneros. El compañero de Cuahuitlícac le entregó el estandarte de los enemigos y el rey le regaló unas insignias de caballero águila. Ahora sería el capitán de los de Yopico, como había sido mi hermano.

En seguida, los sacerdotes subieron al templo para sacrificar a los prisioneros. Eran más de cien. Primero murieron los tlaxcaltecas y los chalcas. Sus cuerpos se apilaron en montones al pie del templo. Cuando hubieron muerto todos, llegó el turno de los españoles. Estaban desnudos, y cuando subieron las escaleras del templo sus cuerpos blancos brillaban como si estuvieran hechos de hueso. En cuanto llegaban a lo alto del templo, los sacerdotes los tomaban por los brazos, los tiraban boca arriba sobre la piedra de sacrificio y les abrían el pecho.

Cerré los ojos, hijos míos. Pensaba que en ese momento los tlaxcaltecas estarían

sacrificando de la misma manera a mi hermano Cuahuitlícac y que después comerían sus piernas y sus brazos, como los guerreros mexicas se preparaban a comer los de sus enemigos. Cada vez que un cuerpo rodaba hacia abajo por las gradas del templo, la multitud gritaba, y cada grito me dolía como si estuvieran cortándome el pecho.

—Es como en los viejos días —decía el nuevo capitán águila en voz alta, para que lo escucháramos los pocos guerreros de Yopico que quedábamos—. Cuando nuestro ejército regresaba de la guerra y sacrificábamos a todos los cautivos en el templo de Huitzilopochtli, sentíamos este mismo orgullo y esta misma fuerza. Ahora empezaremos de nuevo.

Entonces seguramente vio el dolor en mi rostro, pues se me acercó y me habló al oído:

—No te preocupes, Cuetzpalómitl. Tu hermano murió una buena muerte. Ahora ya está descansando con el sol y ya no sufre nada. Vive en un gran palacio donde tiene chocolate, tabaco, plumas preciosas y chalchihuites. ¿Qué más puede pedir? Además, gracias a su valentía capturamos el estandarte de los enemigos.

Después volvió a levantar la voz. Quería sonar tan valiente como mi hermano Cuahuitlícac:

—Vamos a recoger los cuerpos de nuestros cautivos. Hoy vamos a cenar bien. Vamos a comer carne hasta hartarnos.

Los guerreros y los jóvenes sonrieron por el banquete que les esperaba y yo no dejaba de pensar que de seguro los tlaxcaltecas sonreían así frente al cuerpo de mi hermano.

Sin pensarlo más me alejé corriendo en dirección contraria. Quería encontrar a mi familia: tenía que decirles lo que había visto, contarles que Cuahuitlícac había sido capturado como un gran guerrero, como un valiente. Así se sentirían orgullosos, porque sabrían que su muerte había sido la mejor muerte que podía tener un hombre. Así me consolarían y me dirían que siempre habíamos sabido que mi hermano terminaría así porque así lo decía el signo de su nacimiento y también que esa era la muerte que él quería tener. Caminé de un lado a otro de la plaza. Varias veces pensé que había visto a mi padre entre los demás hombres, pero nunca lo logré alcanzar. Cada vez se hacía más oscuro y empecé a desesperarme; tenía que encontrarlos antes de que llegara la noche.

Conforme se extinguía la luz los braseros se encendían, pero eran pocos y brillaban con menos fuerza que antes, pues ya no había tanta leña para alimentarlos. La fiesta terminó y la gente se puso de pie. Los tlatelolcas se dirigieron a sus casas; los tenochcas a los lugares donde dormían. A empujones, me abrí paso entre la multitud, gritando una y otra vez:

—¡Padre! ¡Madre! ¿Dónde están?

Ya no podía ver nada.

Al fin me detuve y me senté en el piso; ya no podía correr ni gritar más. Cerré los ojos y vi a mi hermano: su mirada no brillaba ya por la valentía, tenía el pecho abierto y le habían cortado los brazos y las piernas. Entonces sentí un dolor inmenso en el corazón, como si a mí también me hubieran sacrificado. ¿Por qué lo habían capturado? De nada sirvió que yo hubiera matado al joven español que era su doble. No lo supe proteger y además lo hice enojar por mi cobardía. Había muerto por mi culpa.

Me sentí muy cansado y me eché en el piso, en medio de la plaza, como un perro. Empezó a llover y sentí mucho frío. No tenía con qué cubrirme pero ahí me quedé, tiritando. Luego empecé a llorar.

Jamás me he sentido tan solo y triste como esa noche, hijos míos. No tenía una casa adónde ir y tampoco encontraba a mi familia, no podía saber si mi padre y mi madre estaban vivos todavía. Quizá habían muerto de hambre y estaban tirados en alguna calle. Quizá ahora mismo mi propio hermano me maldecía por cobarde desde su nueva casa en el cielo. ¿Por qué no había sabido protegerlo bien? ¿Por qué no habíamos sabido cuidar nuestro barrio y nuestra ciudad? Todos nuestros esfuerzos habían sido en vano: nuestro barrio estaba destruido, Tenochtitlan ya no existía. ¿Qué podíamos hacer para que los extraños se fueran y nos dejaran vivir de nuevo en paz? Mi maestro el gran sacerdote también había muerto y era como si hubiera olvidado todo lo que me había enseñado. ¿Hacía cuánto tiempo que no ofrendaba mi sangre para nuestro Señor Xipe? ¿Hacía cuánto tiempo que no veía el sol salir por las montañas? Ya no sabía qué sentían los dioses. Ya no sabía qué pasaría con el maíz.

En verdad me sentía completamente solo, hijos míos. Ya no sabía cuál era mi deber como mexica. No sabía qué podía hacer por mi barrio, por mi ciudad, por mis dioses, por mi familia, porque los había perdido a todos.

En ese momento sólo quería estar muerto para poder ir a descansar con nuestros antepasados y acompañar a mi hermano Cuahuitlícac. Ya no quería sufrir más, ya no quería ser mexica.

XII. De cómo viví entre las lagartijas

Cuando desperté al día siguiente, recordé que la espada de Cuahuitlícac había quedado tirada enla calzada en el lugar de la batalla. Pensé que mi hermano había sido hecho prisionero por haberla soltado; se había olvidado de que esa espada era su protección y su fuerza porque había pertenecido a su doble, el joven extranjero. Ahora yo tenía que recogerla y guardarla, pues quizá así ganara la fuerza y la valentía que habían sido de Cuahuitlícac.

Corrí en dirección de la gran calzada: dejé atrás las calles llenas de familias tenochcas y llegué hasta el canal en el que habíamos vencido a nuestros enemigos. No había nadie cerca, sólo los cadáveres que llenaban el agua y la calzada. Nadie los había recogido y nadie los recogería ahora. Algunos tenían los ojos y la boca abiertos, otros no habían soltado sus armas. Parecía que aún estaban en el combate.

Me tuve que abrir paso entre ellos para llegar cerca del muro donde habían capturado a mi hermano. Avancé con mucho cuidado, para no tocar los cuerpos, pues temía que alguno me tomara de los pies y me llevara con él al reino de los muertos. Encontré la espada tirada en un charco de sangre seca y oscura. Cuando la recogí, vi que el muro estaba salpicado de algo blanco. Me acerqué a tocarlo pero entonces volteé al piso y vi que un guerrero estaba tirado a mis pies, con la cabeza destrozada. Eran sus sesos.

Di un grito y salí corriendo. Sentía tanto miedo que no me fijé adónde iba. Todavía hoy, cuando sueño con esa calle, hijos míos, me despierto aterrado. Y cuentan los de Tlatelolco que ahora su ciudad está llena de fantasmas que vagan por las calles, asustando a los niños y a las mujeres; por eso es peligroso salir de noche, los fantasmas pueden robarle el alma a cualquiera. No tienen descanso porque no los sepultaron como debían, nadie recogió sus cuerpos, nadie lloró su muerte, nadie juntó leña para quemar sus cuerpos. Por eso para ellos la guerra no ha terminado ni terminará nunca.

Huyendo de los muertos, dejé atrás lo que quedaba de la gran albarrada y no me detuve hasta que oí voces de personas vivas. En cuanto las escuché, me di cuenta

de que eran españoles y que yo había corrido hasta su campamento. Sin pensarlo más, me escondí en la primera casa que encontré. Adentro estaba oscuro y mis ojos tardaron en acostumbrarse a la oscuridad. Entonces vi a un extraño, hincado en el piso, al fondo de la habitación. Estuve a punto de salir huyendo de nuevo, pero me di cuenta de que él no me había oído. Tenía la cabeza inclinada y hablaba en voz baja. Estaba completamente indefenso.

Levanté la espada y me acerqué en silencio, para no prevenirlo. Ahora podría vengar la muerte de mi hermano. Pero el hombre volteó cuando estaba sobre él, a punto de atacarlo. Era el viejo que me había encontrado en la milpa, el dueño del libro. Sus ojos verdes y fríos se fijaron en los míos, pero su cuerpo no intentó moverse, ni siquiera levantó un brazo para detener mi espada. Podía cortarle el cuello de un solo tajo.

Quizá debí haberlo matado en ese instante, tal como lo hubiera hecho mi hermano Cuahuitlícac, pero no lo maté, hijos míos, no me atreví a dejar caer mi espada sobre el cuello del viejo. Quizá fue porque no dejó de mirarme con sus ojos claros y tristes, o porque no levantó ni una mano para defenderse. Cuando maté al joven español pensaba que así salvaría a mi hermano, pero de nada había servido: ahora mi hermano estaba muerto. ¿De qué serviría matar a este viejo? Bajé mi espada y empecé a caminar hacia la puerta sin darle la espalda. Él no se movió ni se puso de pie.

Llegué a la puerta y salí a la calle sin dejar de verlo. Entonces alguien me arrebató la espada y me tomó firmemente del brazo. Otros hombres rieron y me jalaron el cabello hasta tirarme al piso. Cuando quedé tirado los pude ver: eran cuatro españoles que me señalaban y reían. Su capitán era el hombre gordo con la cara comida por el cocoliztli. Los extraños me sujetaron con fuerza pisando mis piernas y mis brazos y el gordo tomó mi espada, la puso sobre mi pecho y volteó a ver a sus amigos. Todos rieron aún más fuerte. Cerré los ojos y sentí el filo del metal en mi piel, arriba de mi corazón. El hombre empezó a apretar y sentí que me cortaba.

Entonces escuché la voz suave y pausada del viejo. Como aquel día en el calmécac de Yopico, no necesitaba hablar fuerte para que los demás lo escucharan. Los otros españoles dejaron de reír y soltaron mis piernas y mis brazos, al tiempo que el gordo dejaba de cortarme con el filo de la espada. Abrí los ojos y me puse de pie de un brinco.

Entonces el viejo se acercó a mí, me tomó del hombro y me alejó de los extraños. Caminamos juntos por la calle en dirección a Tlatelolco hasta que el viejo se detuvo y me hizo una seña de que me alejara. Sus ojos verdes se posaron en los míos y me sonrió. Iba a decirle que yo tenía su libro, pero me di cuenta de que no había manera de que me entendiera. Por eso me quedé parado, en silencio, hasta que el viejo me volvió a señalar que me fuera hacia Tlatelolco y se dio media vuelta.

Cuando llegué a donde estaban los mexicas, sentí mucha hambre. Quizá fue porque vi las caras demacradas y tristes de las mujeres y los niños. No recordaba cuándo había comido por última vez. Pensé que en la plaza del mercado habría comida y me dirigí hacia allá. Era ya mediodía y el sol iluminaba cada rincón de la plaza, las nubes que traían la lluvia de las montañas todavía no alcanzaban a taparlo. Había gente por doquier. Hombres, mujeres y niños se calentaban al sol.

Lo que más me sorprendió fue el silencio. Antes esa plaza resonaba con los gritos de vendedores y compradores de las cosas más maravillosas del mundo: plumas de las hermosas aves de los bosques del sur; conchas de animales del mar; cobre de Michoacán; carne seca de venado y de conejo; guajolotes y perros; patos, gansos y toda la comida que se sacaba del lago. Pero ahora nadie tenía nada para vender.

Descubrí una fogata en un rincón de la plaza y me acerqué. Se oía el crepitar de la carne sobre el fuego y el humo traía olor a banquete. Cuatro hombres, sentados alrededor del fogón, cuidaban la poca carne que preparaban. No se veía muy apetitosa, pues estaba llena de nervios y grasa, pero conmigo llegaron más personas hambrientas. Nos arremolinamos alrededor de los dueños de la carne sin despegar los ojos del fuego. Pero los hombres del fogón fueron más rápidos que nosotros: en un instante recogieron la carne del fuego y se la metieron a la boca. No les importó ver si estaba bien cocida, no les importó quemarse la boca, sólo querían comerla antes de que se la quitáramos. Me quedé todavía unos momentos a su lado, viendo cómo devoraban con prisa la carne y escuchando el crepitar de la grasa que había quedado en las piedras calientes del fogón.

En otro rincón de la plaza varias mujeres cocinaban algo en una olla grande. Pensé que acaso me convidarían un poco de pozole. Me acerqué lentamente y me senté a su lado sin decir nada. Ellas se afanaban únicamente en agitar la

comida con sus grandes cucharas de palo. Así pasó mucho tiempo, hijos míos. De nuevo se reunieron muchas personas alrededor de la comida, pero ahora yo estaba más cerca. Las mujeres nos veían con desconfianza y se pegaron a la olla para proteger su comida. Tampoco ellas nos querían convidar. Pero esta vez no aguanté más. Me puse de pie, las empujé y metí la mano a la olla. Tomé un pedazo de comida e inmediatamente me lo llevé a la boca. No pudieron detenerme. No me dolió meter la mano en el agua caliente, hijos míos, pero cuando probé el guiso sentí tanto asco que lo escupí en mi mano. Era un pedazo de cuero seco y correoso. Las mujeres habían puesto a cocer mecates y cueros de sandalia y no les habían echado ni siquiera sal o chile. Estuve a punto de tirarlo, pero vi que varios niños estaban esperando para quedarse con él. Entonces cerré los ojos y lo volví a engullir. Tuve que masticarlo durante mucho rato.

Cuando logré tragarlo, sentí tanta sed que tuve que ir a un canal a beber. El agua era verdosa y salada y daba más asco que el cuero, pero mi sed era más grande aún.

No quise volver más a la plaza del mercado. Tampoco busqué a los guerreros de Yopico. Ya no quería saber nada de la guerra: sin Cuahuitlícac y sin su espada no tenía ánimos para ir al combate. De nada había servido capturar el estandarte de los españoles, de nada había servido la muerte de mi hermano, de nada servía tanta muerte. Los mexicas estábamos vencidos. Aun si lográbamos destruir a nuestros enemigos, ¿cómo habíamos de volver a construir nuestra ciudad? ¿Cómo habíamos de volver a la vida a todos los guerreros, a los jóvenes, a las mujeres, a los viejos y a los niños que habían muerto?

En verdad no encontraba respuesta para estas preguntas, hijos míos. Y sabía que si la encontraba, no me serviría de nada porque una respuesta no me daría de comer, ni me protegería de la lluvia, ni me ayudaría a encontrar a mi padre y a mi madre, ni haría revivir a mi hermano.

Durante varios días no dejé de caminar de un lado a otro por Tlatelolco. Al principio, algunas personas me gritaban que por qué no estaba combatiendo a nuestros enemigos, me decían que era un cobarde porque no cumplía con mi deber. Pero al cabo de los días ya nadie me veía siquiera. La gente sólo pensaba en encontrar algo de comida y un lugar en donde protegerse de la lluvia. Para no verlos más ni escuchar sus quejas, empecé a caminar por los techos de las casas.

No paraba de moverme, hijos míos, aunque no iba a ningún lugar. Sentía tanta hambre que ya no podía siquiera pensar ni descansar.

Entonces encontré a la lagartija. Tomaba el sol agarrada a una pared, quieta y tranquila, como si nada pasara a su alrededor. Me acerqué en silencio y salté sobre ella. Alcanzó a escapar y a esconderse en una grieta del yeso, pero me quedé ahí a esperar a que volviera a salir. En cuanto asomó la cabeza, la atrapé. De un solo movimiento le quebré el pescuezo y ahí mismo prendí una pequeña fogata y la asé. Luego la devoré en tres bocados, con todo y huesos.

Así fue como empecé a cazar lagartijas. No era nada difícil: cada mañana me tiraba al sol en una azotea y esperaba a que salieran a calentarse. Me quedaba quieto, tan quieto como ellas, hasta que se acercaban. Varias veces caminaron sobre mis piernas y mis brazos. Entonces, cuando menos lo esperaban, las atrapaba de un solo movimiento. Si me movía antes de tiempo, o tardaba demasiado, se escapaban y tenía que esperar a que salieran de nuevo. Con dos lagartijas asadas al fuego mataba el hambre.

Si capturaba más, las cambiaba por tortillas a las familias de tlatelolcas que aún tenían algo de maíz en sus casas. Pero aun cuando estaba lleno, seguía cazando: si veía una lagartija, la dejaba ir para ver dónde se escondía y capturarla al día siguiente.

Así pasé muchos días, no sé en verdad cuántos, entre las lagartijas. Así me olvidé de la guerra, de mi barrio, de mi familia y de mi hermano. Sólo me gustaba tirarme en el techo y sentir el sol, que calentaba mi cuerpo. Me gustaba descubrir las grietas donde se podían esconder esos animales astutos y ágiles. Me gustaba verlas quedarse completamente quietas, como yo, para poder atrapar una mosca. En verdad sentía que éramos muy parecidos, tal como me habían dicho los viejos. Quizá por eso las podía atrapar y comer con tanta facilidad, quizá me ayudaban porque sabían que yo también era lagartija.

Mientras cazaba lagartijas se me ocurrió que seguramente los abuelos de los abuelos de estas lagartijas habían tomado el sol en el mismo lugar, sobre las mismas rocas, entre los mismos carrizales, mucho tiempo antes de que llegáramos los mexicas. Luego, se habían acostumbrado a vivir entre las casas que habíamos construido y habían vuelto a encontrar lugares para calentarse. Ahora, no les importaba que nuestra ciudad desapareciera. Si quedaban sólo ruinas, ellas seguirían viviendo entre ellas cazando moscas. Si venían nuevos

pobladores en nuestro lugar, no sentirían ninguna diferencia.

Por eso, cuando estaba entre las lagartijas, no me importaba más lo que pasaba entre los hombres. No me importaba escuchar el estruendo de los cañones o los gritos de los guerreros. Sólo veía las montañas y los bosques en el horizonte, en el mismo lugar en que los había visto siempre. Por las mañanas, avistaba los altares de sus cumbres. Entonces recordaba las noches que había pasado allá arriba, quemando incienso y sacándome sangre de la lengua y las piernas. Al mediodía las montañas se cubrían de nubes y luego las nubes bajaban hacia nosotros trayendo la lluvia que alimentaba a las plantas y a los hombres. A ellas tampoco les importaba que hubiera una guerra, que los mexicas fueran destruidos por sus enemigos.

Recordaba entonces las palabras del gran sacerdote: nuestro deber en la tierra era alimentar a los dioses para que ellos no nos abandonaran. Tal vez por olvidarnos de ellos nos estaban castigando ahora, tal vez no querían saber más de los mexicas y nos habían dejado solos para que nos destruyeran nuestros enemigos. Pero entonces veía que la lluvia no dejaba de caer, y pensaba que nosotros, los hombres, estábamos en deuda con los dioses. Seguramente el maíz crecía ahora en las milpas de los pobladores de las riberas del lago, porque ellos sí habían pagado su deuda y habían hecho las ofrendas a los dioses. ¿Qué pasaría el año siguiente, y el siguiente? No importaba si México era destruido, la lluvia seguiría cayendo y el maíz seguiría creciendo si los hombres sabían pagar los dones de los dioses.

En ese momento, hijos míos, decidí que pasara lo que pasara yo quería vivir para ver eso. Resolví que el resto de mi vida quería encargarme de cumplir con los deberes de los hombres, dando ofrendas a los dioses para pedirles sus dones. Entonces recordé que los viejos me habían dicho que las lagartijas podían caer una y otra vez sin hacerse daño, que siempre sobrevivían y prosperaban. Así supe que yo no moriría en la guerra, ni perecería de hambre en Tlatelolco: mi destino no era el de mi hermano Cuahuitlícac, yo llegaría a anciano y quizá sería algún día como el gran sacerdote.

De tal manera, tirado día a día entre las lagartijas, fue como decidí que tenía que salir con vida de esa guerra y que tenía que encontrar a mi familia para ayudar a mi padre y a mi madre, para cuidar a la esposa de mi hermano y a su hijo recién nacido. Si yo era lagartija, si yo podía vencer las contrariedades, tenía también el deber de proteger a los que estaban cerca de mí.

Entonces empecé a buscar de nuevo a mi familia, volví a caminar por las calles, preguntando por la gente del barrio de Yopico, buscando caras conocidas. Recorrí las calzadas, seguí los callejones, me asomé a los canales. En todos lados preguntaba por los de Yopico pero nadie me daba respuesta: la gente sólo se preocupaba por conseguir algo de comer o por cuidar a sus parientes enfermos. Por eso, sentía miedo de que también mi familia estuviera enferma, de que no tuvieran qué comer.

Busqué tanto y tanto que llegué a perder la esperanza. No sabía ya si los podría encontrar. Me oprimía el corazón el pensar que había pasado mucho tiempo y que quizá ya no los reconocería y que ellos tampoco se acordarían de mí. También me daba miedo tener que decirles que había muerto Cuahuitlícac, mi hermano, el valiente, el orgullo de la familia, y que yo, Cuetzpalómitl, el pequeño, el débil, seguía vivo.

Cuando me hartaba de buscar y de preguntar, regresaba con las lagartijas y descansaba. Entonces me olvidaba del miedo y pensaba sólo en las nubes y las montañas, en el sol que me calentaba y en las piedras donde se escondían mis amigas. De esa forma recuperaba el ánimo para seguir la búsqueda de mi familia al día siguiente.

Sabía ya lo que quería, hijos míos, sabía que quería vivir hasta ser anciano para hacer ofrendas a los dioses, pero en verdad no sabía qué hacer para lograrlo. Únicamente me ocupaba de cazar lagartijas, conseguir agua y buscar a mi familia. En verdad no era más que un niño pequeño que estaba perdido, sin padres, sin hermanos mayores, sin maestros que le enseñaran el camino. Por eso a veces soñaba en convertirme en una lagartija y quedarme a vivir entre las rocas. Pero aun así temía morir aplastado por una piedra o pisado por alguno de nuestros enemigos.

Mientras tanto, la guerra continuaba. Los españoles avanzaban algo cada día. En ocasiones, para sorprender a los mexicas, se pintaban la cara y se adornaban con plumas, como si fueran nosotros. Así nos atacaban por sorpresa y mataban mujeres y niños.

Detrás suyo venían sus aliados, los tlaxcaltecas y los chalcas, los xochimilcas y los acolhuas, y ellos se dedicaban a destruir nuestras casas y nuestros templos.

Traían inmensos mazos con los que deshacían muros y techos. Las casas de adobe se desmoronaban en unos cuantos golpes; los templos y los palacios de piedra resistían más, pero nuestros enemigos no cejaban hasta derruirlos. Trabajaban sin cesar y en un día lograban destruir barrios enteros.

Así llegaron nuestros enemigos hasta la gran plaza del mercado. Los guerreros tenochcas y tlatelolcas la defendieron con valentía, pero ellos los hicieron huir con sus caballos y sus arcabuces y se instalaron a orillas de la plaza. Después de esa victoria, ya no quisieron atacarnos más, pues sabían que tendrían que matar a cada guerrero, a cada joven, a cada mujer, a cada viejo y a cada niño, sabían que los guerreros defenderían cada calle y cada canal hasta morir. Por ello prefirieron esperar a que nos muriéramos de hambre o a que nos rindiéramos por agotamiento.

El capitán Cortés se sentaba cada mañana en un templete en la orilla de la plaza, ahí donde todos los mexicas lo podían ver, y nos llamaba a gritos. Malintzin traducía sus palabras:

—¡Ríndanse, mexicas! Han sido valientes, han combatido como grandes guerreros. Pero ahora nada les queda. Su ciudad está destruida. Sus hijos y sus mujeres mueren de hambre. Ya sólo pueden pedir clemencia. ¿Qué esperan para rendirse? ¿Creen poder triunfar? ¿Creen poder vencer a los españoles, que son fuertes como dioses? ¿Creen poder contra los tlaxcaltecas y los chalcas y los acolhuas y todos los pueblos que están unidos en contra del pueblo mexica? Mejor ríndanse y entréguennos todo su oro. Nosotros les daremos de comer y de beber, los dejaremos descansar.

Pero nuestros guerreros no querían rendirse. Nunca mostraban su miedo. Para aparentar que no tenían hambre, se sentaban frente a Cortés a comer tranquilamente; para mostrar su valentía, atacaban a los enemigos cada mañana, aunque en verdad no les podían hacer daño. Y a los tlaxcaltecas y chalcas que destruían la ciudad, les gritaban:

—¡Destrúyanlo todo, perros asesinos! ¡No descansen, no dejen piedra sobre piedra! A nosotros los mexicas no nos importa pues ustedes mismos tendrán que volver a construir las casas y erigir los templos. Si triunfamos, los haremos trabajar sin descanso hasta que nuestra ciudad vuelva a ser como antes. Si triunfan los extraños, serán entonces ellos los que los fuercen a construir sus casas. Porque aquí vivirán, aquí, en medio del lago harán su ciudad. De

cualquier manera México seguirá siendo la cabeza de esta tierra, el centro del mundo, y todas las otras ciudades tendrán que obedecerla.

Unos días después los tlaxcaltecas nos gritaron que los españoles habían construido una nueva arma, un arma terrible y destructora que iba a acabar con nosotros, que nos iba a aniquilar. Todos corrimos a la plaza del mercado y vimos que en el lugar en el que solía sentarse el capitán había ahora una máquina de madera hecha con un inmenso tronco. Muchos hombres se afanaban a su alrededor: los tlaxcaltecas trajeron una inmensa piedra y la colocaron en la máquina, en un extremo del tronco, mientras varios españoles jalaban y torcían una cuerda muy gruesa. Después, todos se echaron hacia atrás.

Apareció entonces el capitán Cortés y nos habló por medio de Malintzin:

—¡Mexicas! ¡Prepárense a morir! Con esta arma hemos de terminar con ustedes.

Sentimos miedo al oírlo. Si aquella arma era aún más temible que los caballos y los arcabuces, entonces en verdad había llegado nuestro fin. Pero nadie se movió: todos queríamos observar el portento, queríamos saber qué más podían hacer esos hombres extraños que habían llegado de quién sabe dónde y que habían traído cosas tan sorprendentes a nuestra tierra. Y acaso también muchos querían morir para ya dejar de sufrir.

El capitán se acercó a la cuerda y la cortó con su espada. El inmenso tronco se levantó de golpe y la descomunal piedra salió por los aires hacia nosotros. Gritamos. Varias mujeres y algunos guerreros perdieron el sentido. Pero la piedra no nos hizo daño: pasó volando sobre nuestras cabezas y cayó en el agua de la laguna, más allá de Tlatelolco. La máquina quedó sola, dando vueltas sobre el templete.

—Es como una honda —dijo un guerrero que estaba a mi lado—. Nos quieren matar con una honda gigante.

Ahora los españoles corrían de un lugar a otro, dando gritos y sin dejar de hacer gestos con los brazos. Parecían muy enojados. Los tlaxcaltecas trajeron otra piedra y los españoles la volvieron a instalar en la honda. Cuando el capitán se acercó de nueva cuenta a cortar la soga, los tlaxcaltecas nos gritaron:

—Ahora sí van a morir. No va a quedar uno solo de ustedes.

Pero la piedra volvió a pasar sobre nuestras cabezas. Nada lograron los españoles con su arma. Sólo consiguieron que por una tarde nos olvidáramos de la guerra y nos fascináramos con su portento.

Cuando empezó a anochecer, la gente abandonó la plaza. Iba de regreso hacia mis lagartijas cuando vi que mi padre caminaba por la calle, adelante de mí. Di gritos y corrí hasta alcanzarlo. Me recibió con los brazos abiertos y nos abrazamos durante mucho rato. Estábamos tan sorprendidos que no pudimos decir nada, ni siquiera me atreví a contarle de la muerte de mi hermano.

Mi padre me condujo a un remoto callejón donde vivía con mi madre, la esposa de mi hermano y su hijo. La calle era angosta y estaba atestada: los sanos apenas se alcanzaban a sentar y los enfermos yacían en el piso, entre charcos de agua. En una esquina un viejo daba gritos:

—Es una lástima que no haya funcionado el arma de los extraños. ¡Una lástima que no nos haya matado a todos de una vez! ¿Para qué queremos vivir? Ojalá pronto nos destruyan, para que ya no tengamos que sufrir más. Ojalá nos hagan desaparecer de la tierra con sus armas mágicas. No tenemos ya nada que hacer en este mundo.

XIII. De cómo terminó la guerra en Tlatelolco y de cómo huimos de la ciudad

—ES el Tecolote Precioso. Déjenlo pasar. Trae como arma la espada de fuego de nuestro dios Huitzilopochtli y la va a usar contra nuestros enemigos. Si los vence, será una señal de que aún podemos triunfar, de que debemos seguir combatiendo. ¡Será nuestro agüero de victoria!

Los pregoneros venían gritando por el callejón y todos los que vivíamos allí nos pusimos de pie. Detrás de ellos venía un guerrero vestido con las insignias sagradas del tecolote, las mismas que había usado el rey Ahuízotl, padre de nuestro señor Cuauhtémoc, cuando iba a la guerra y con las que había vencido a muchos enemigos y conquistado muchos pueblos. En su mano izquierda el guerrero cargaba la gran espada de turquesas de Huitzilopochtli. Con esa misma arma nuestro dios había matado a su hermana Coyolxauhqui y había derrotado a sus cuatrocientos hermanos cuando ellos habían querido matarlo.

—Esta arma es más poderosa que la honda gigante de los extraños —dijo un anciano que vivía al lado de nosotros—. Si el guerrero no destruye a los enemigos de un solo golpe, si no los aniquila completamente, eso querrá decir que no podremos ya vencer. Sabremos así que nuestro dios ha sido derrotado en verdad y que el dios de nuestros enemigos es más fuerte.

Cuando el Tecolote Precioso pasó frente a nosotros, todos bajamos la vista: en verdad era temible en su aspecto y en su fuerza. Cuando llegó a la plaza, los españoles se echaron también para atrás y corrieron como si hubieran visto a un dios enfurecido. Huyeron tan rápido que el Tecolote Precioso no logró herir a nadie. Así fue como espantó a los enemigos por algunos instantes. Pero pronto volvieron a enfrentarlo y entonces el guerrero tecolote volvió a atacarlos pero ellos ya no huyeron más, se quedaron en su lugar y dispararon sus ballestas hasta que nuestro guerrero tuvo que retroceder.

Todo esto no lo vi yo. Me lo contó mi padre, que siguió al guerrero tecolote hasta la plaza del mercado, donde atacó a los enemigos. Yo me quedé con mi

madre, mi cuñada y su hijo. Estaban enfermas, porque hacía muchos días que no bebían agua limpia, sólo bebían el agua sucia y salitrosa de los canales, y hacía mucho tiempo que no comían más que tortillas viejas, echadas a perder, llenas de manchas rojas y verdes. Por eso se habían debilitado y ahora apenas podían levantarse.

Cuando les llevé lagartijas, al principio no quisieron comerlas. Pero tanta era su hambre que terminaron devorándolas como yo. Cada día cazaba algunas, hasta que se hicieron más difíciles de encontrar. Entonces me di cuenta de que no sólo yo vivía de ellas; otros jóvenes, y algunos viejos, recorrían los techos para cazarlas.

Mi padre regresó con una expresión tan triste que supimos que el guerrero tecolote había fracasado. Nos contó lo que había sucedido y luego nos dio la espalda y guardó silencio. Adiviné inmediatamente que se había enterado de la muerte de mi hermano. Ya era de noche cuando se atrevió a decírnoslo. Nos relató que el nuevo capitán de Yopico le había contado cómo Cuahuitlícac había sido capturado después de apoderarse del estandarte de los enemigos. Al oír la noticia, mi madre y la esposa de Cuahuitlícac se pusieron a llorar. Cuando escuché sus lamentos y vi cómo mi padre sacudía la cabeza con la vista clavada en el piso, sentí ganas de huir y regresar con las lagartijas. Pero no podía abandonar a mi familia; tenía que quedarme a su lado, mirar por ellos, como lo hubiera hecho mi hermano.

Esa noche, mientras dormíamos, un inmenso cometa de fuego voló sobre Tlatelolco. Iluminó el cielo como el mismo sol y su luz nos despertó a todos. Era una inmensa bola de fuego que volaba entre las nubes y daba vueltas como un remolino, soltando chispas por doquier. Era ruidoso, parecía que se quebraban miles de huesos. Se quedó arriba de nosotros por un buen rato y finalmente se alejó hacia el lago.

Entonces el anciano que dormía a nuestro lado se levantó y empezó a gritar:

—Es nuestro dios, el señor Huitzilopochtli que vino a despedirse de nosotros. Nos ha dejado, pues ya ha terminado su tiempo sobre la tierra. Ha muerto, por eso ha huido al lago, a hundirse en el agua. Estamos solos, completamente desamparados.

El viejo estaba flaco y pálido, pero todos le creímos pues tenía el cabello largo y

enredado, lo que significaba que había sido un gran sacerdote; su voz era fuerte y clara, como la de un hombre sabio que sabía hablar con los dioses.

Nadie volvió a dormir esa noche. Todos pensábamos en el portento y sabíamos que esa señal quería decir que los mexicas estábamos acabados. ¿Qué podríamos hacer sin nuestro dios? ¿Quién nos protegería? ¿Quién nos daría su fuerza?

Al día siguiente terminó la guerra. Nuestro emperador Cuauhtémoc y los otros grandes señores y gobernantes dejaron la ciudad y huyeron en sus canoas para perderse en el lago, como nuestro dios. No querían dejar rastro ni memoria de sus personas, para no tener que ver su propia derrota. Cuando los vimos alejarse, supimos que México había sido vencido para siempre, que en verdad había llegado a su fin nuestro turno de mandar sobre la tierra.

Pero los españoles vigilaban el lago con sus bergantines y capturaron a nuestros señores y los llevaron con el capitán Cortés. Él los recibió en la plaza del mercado, donde todos los podíamos ver y los trató con respeto, como a grandes guerreros. Pero nada podía consolar nuestro dolor, hijos míos. Estábamos vencidos.

Todo esto sucedió en el día 1-serpiente del año 3-casa, según contaban nuestros abuelos, o en el 13 de agosto, día de San Hipólito, del año del Señor 1521, como contamos los cristianos.

Después de capturar a nuestro emperador, los españoles dispararon sus cañones al aire para celebrar su victoria.

Ese mismo día los mexicas empezamos a abandonar nuestra ciudad. Era imposible quedarse más tiempo en Tlatelolco. Había muertos por doquier, en las calles, dentro de las casas, bajo el agua de los canales, y su peste lo llenaba todo. Los sobrevivientes estaban enfermos y pálidos de tanto esperar, de comer mal, de sufrir dolor y sentir miedo. Sólo querían llegar a tierra firme, donde podrían comer cualquier cosa. Ya no pedían maíz, ni tortillas, ni carne de guajolote o de perro: se conformaban con verdolagas o quelites o cualquier otro yerbajo.

Mucha gente enfiló por las calzadas. Salieron hacia Tepeyac, al norte, y hacia

Iztapalapa y Coyoacán, al sur. Nadie quiso ir a Tacuba, al oriente, porque sabían que ahí estaba el Tonatiuh y le tenían miedo, pues él había masacrado a los jóvenes en el patio del gran templo. De nada sirvió: los españoles detuvieron en las calzadas a los que salían y les robaron las pocas cosas que llevaban consigo. En busca de oro y chalchihuites registraban a hombres, mujeres y niños. Si veían una doncella hermosa o un joven fuerte, los apartaban para tomarlos como esclavos. En ese mismo lugar les marcaban la piel con un hierro ardiente, para que todos supieran que ya eran suyos, que se habían convertido en sus sirvientes. Y sus familias tenían que seguir adelante, no podían hacer nada para protegerlos. Por ello, las doncellas hermosas se manchaban la cara y se rasgaban la ropa para parecer feas o deformes. Pero aun así pocas se salvaban, porque detrás de los españoles esperaban sus aliados, los tlaxcaltecas, los chalcas y los guerreros de todos los pueblos que nos habían combatido, y también ellos tomaban esclavos y despojaban a los que huían de la ciudad, aunque se conformaban con menos que los españoles, con unas cuantas plumas o una manta de algodón.

Así, cuando los mexicas llegaban a la tierra firme, no tenían ya nada de valor con qué comprar alimentos a los pobladores de la ribera.

Otros mexicas, desesperados, quisieron huir caminando por el lago. El agua les llegaba al cuello y tenían que cargar a sus hijos en hombros. Muchos murieron ahogados porque no alcanzaron a pisar el suelo de la laguna o porque se hundieron en el lodo.

Los de Tlatelolco no salieron por los caminos; ellos tenían barcas y podían escapar a otros lugares donde no había enemigos. Por eso esperaron hasta la noche para huir. Sabían que sólo así, a escondidas, podrían llegar a otras poblaciones donde tenían parientes que los podían recibir.

Todas las familias se afanaban en buscar la manera de escapar de la ciudad; pero mi padre no hizo nada, hijos míos. Se quedó todo el día sentado en el mismo lugar, en la calle, sin levantar la cabeza ni decir cuál era el camino que debíamos tomar. Cuando llegó la tarde, le pregunté si nos convendría huir por alguna de las calzadas.

—No podemos ir por las calzadas, Cuetzpalómitl, hijo mío —me dijo con una voz plana y resignada—. Seguramente los extraños se quedarán con la esposa de tu hermano, porque ella es muy hermosa, y también te tomarán a ti como esclavo, pues eres joven y puedes correr muy rápido. Entonces ¿qué haríamos tu

madre y yo sin ustedes? Ya perdimos un hijo y sin ti nos quedaríamos completamente solos. ¿Quién nos cuidaría? ¿Dónde obtendríamos comida? Mejor es que nos quedemos aquí a morirnos de hambre.

Entonces guardó silencio, como si no tuviera que decir nada más en su vida.

—Pero yo puedo conseguir una barca y la podemos pagar con nuestro oro —le respondí, casi desesperado—. Iré por ella y volveré por ustedes al canal que está aquí cerca. Con una barca podremos ir adonde queramos y no nos tomarán por esclavos.

Quise parecer fuerte y seguro como mi hermano, pero no tenía idea de dónde podría encontrar una barca. Mi madre se acercó y me acarició la cabeza.

—Tienes razón, hijo mío. Yo tengo una hermana en Culhuacán. Seguramente, nos recibirá y nos esconderá por unos días. Pero, dime, ¿dónde piensas conseguir una barca?

—No te preocupes, madre. Si me esperan en el canal, vendré a recogerlos en la noche.

Sin atreverme a decir más, me puse de pie y salí corriendo.

En realidad no sabía cómo conseguir la barca, hijos míos. Corrí primero al embarcadero principal pasando por los techos de las casas. Había cadáveres por todos lados, en las calles, en los canales, sobre los techos, dentro de las casas. No se podía avanzar sin pisar un brazo o una pierna. Tenía tanta prisa que no me importaba ya y tampoco sentía el olor, pues me había acostumbrado a él. Sin embargo, ahora puedo reconocer desde muy lejos el olor de la muerte, hijos míos, y siento el miedo que no me dejaba sentir a mí mismo entonces. Siempre que me topo con ese tufo, tengo pesadillas en las que miro de nuevo a los cadáveres de Tlatelolco y trato de correr para alejarme de ahí aunque ellos me sujetan y me jalan.

En el embarcadero los hombres de Tlatelolco esperaban la noche sin dejar de vigilar sus barcas. Desde el techo, bien escondido, escuché lo que decían.

—Fuimos vencidos por culpa de los malditos tenochcas —decía un guerrero—.

Esos cobardes abandonaron su ciudad, y vinieron a comerse nuestra comida y a beberse nuestra agua. Sin ellos hubiéramos podido combatir mejor y hubiéramos vencido a los extraños. Pero esos cobardes nos quitaron nuestra fuerza.

—Ahora sería mejor que mueran todos —le respondió un anciano—. Ojalá los maten los extraños y se los den a comer a los perros tlaxcaltecas.

Al oír que no dejaban de hablar mal de los tenochcas ni de desearnos la muerte, entendí que la única manera en que podría conseguir una barca sería robándola; era claro que ningún tlatelolca estaría dispuesto a ayudarnos, ni siquiera a cambio de mi lingote de oro.

Corrí sobre los techos para buscar otro canal en que hubiera menos gente. Por doquier encontré familias de tlatelolcas que se afanaban en preparar sus barcas para partir esa noche, pero eran siempre demasiados para que un joven como yo se las quitara. Corrí de un lugar a otro hasta que me quedé sin aliento, pero aun así no me detuve: tenía que encontrar una barca sola, en un canal vacío.

Por último, cuando el sol ya se había puesto y las calles se habían llenado de sombras, llegué a un canal muy estrecho y vi que en él estaba un viejo completamente solo que se inclinaba sobre su barca para acomodar un bulto.

Sin perder tiempo bajé del techo y me acerqué a él. Siguió agachado, hablando en voz muy baja, de modo que no pudo oír mis pasos. Sin vacilar lo golpeé en la nuca y luego lo empujé hacia un lado. Antes de que pudiera reaccionar subí a la barca, tomé el remo y me alejé de la orilla.

El corazón me latía con mucha fuerza, como los tambores que llamaban a la guerra desde lo alto de los templos, y las manos me temblaban. Remé con fuerza y doblé en otro canal; lo seguí hasta donde lo cerraban unas casas. Desesperado, di media vuelta pero encontré que el canal tampoco tenía salida por el lado contrario.

En ese momento me di cuenta de que estaba perdido. No podía salir de ahí y menos aún sabría encontrar el canal en que me esperaban mis padres. Si hubiera podido ver los braseros de un templo habría podido orientarme, como hacía en las madrugadas en que regresaba de los montes, pero ahora todos los templos estaban destruidos y sólo podía ver las sombras de las casas bajo la luna, los cadáveres y, de vez en cuando, una persona que caminaba furtivamente. Tampoco podía pedir auxilio: los tlatelolcas me matarían en un instante al saber

que era un joven tenochca que había robado una barca. Sin saber qué hacer, dejé caer el remo y me senté en la barca a lamentar mi desgracia.

En ese momento sentí una mano que me jalaba la pierna. Estuve a punto de saltar al agua, pero volteé al fondo de la barca y vi que había una niña acostada, tapada por varias mantas. Era ella con quien estaba hablando el anciano.

—¿Dónde está mi abuelo? —me preguntó con voz temblorosa—. ¿Quién eres tú? ¿Qué le hiciste?

Pensé que tenía que librarme de ella antes de que se pusiera a gritar, pues entonces no tardarían en venir los tlatelolcas. Me agaché para tomarla de los hombros y levantarla pero me detuve cuando la sentí tan débil y ligera. Seguramente estaba enferma como mi madre y mi cuñada.

—¿Qué me vas a hacer? —preguntó temerosa.

La solté y no dije nada.

—Estás perdido, ¿verdad? ¿Por qué te llevaste la barca? Mi abuelo nos iba a sacar de Tlatelolco. Es un gran remero y conoce todos los canales. Vamos a mi casa y él nos llevará a la ribera de la laguna. Nosotros no tenemos adónde ir, pero al menos en la ribera encontraremos algo de comer.

—Pero, yo...

La niña me sonrió y me di cuenta de que tenía razón: no había otra salida. Recogí el remo y regresé al canal donde había robado la barca. El anciano estaba sentado en la calle, sobándose la cabeza. Cuando nos vio, se puso de pie y se acercó amenazante. Era grande y parecía muy fuerte.

La niña levantó la cabeza y gritó lo más fuerte que pudo:

—¡Abuelo, abuelo! Unos hombres se llevaron tu barca, pero este muchacho los detuvo. Les aventó piedras y los hizo huir. Él me salvó la vida.

Al escuchar a su nieta, el anciano me sonrió.

Entonces le expliqué que mi familia me esperaba en un canal para huir de la ciudad y que podíamos ir a Culhuacán, donde nos recibirían y nos esconderían

por unos días. El hombre se sentó y se rascó la cabeza donde lo había golpeado.

—¿Por qué he de confiar en ti?

—Porque le regresé su barca, abuelo.

Mientras yo buscaba la barca, mi madre había convencido a mi padre de que esa era nuestra única salida. Por eso nos esperaban en el canal, con los pocos bultos que nos quedaban. En un principio, vieron con desconfianza al anciano tlatelolca, pero cuando mi madre descubrió a la niña enferma, se acercó a acariciarla.

Apenas cupimos en la barca. El anciano conocía perfectamente el camino y nos llevó por los canales más apartados y seguros pues ahora los guerreros enemigos vigilaban con antorchas desde arriba de las casas, mientras otros caminaban a lo largo de los canales y revisaban cada una de ellas. No querían dejar escapar a un solo mexica. Varias veces tuvimos que agacharnos y detenernos hasta que las cuadrillas se alejaron.

Finalmente salimos al lago y remamos con más fuerza para alejarnos lo más rápido posible de las ruinas de la ciudad. Había empezado a llover y el lago se agitaba en olas que nos mojaban y que varias veces estuvieron a punto de volcar la barca. Pero nada nos detuvo.

Cuando llegamos a Culhuacán, saltamos a tierra lejos del embarcadero, donde nadie nos podía ver. El anciano y yo escondimos la barca entre los carrizales y luego mi madre nos guió entre las milpas hasta que llegamos a la casa de su hermana. Nos dejó escondidos entre las matas de maíz y entró a hablar con ella. Mientras aguardábamos nadie se atrevió a mirar a los demás ni a decir palabra.

Finalmente regresó mi madre junto con su hermana y su esposo. Parecían temerosos, pero nos invitaron a pasar. Nos echamos a dormir en el piso de tierra, sin petates, pero nos sentíamos más cómodos y tranquilos que en mucho tiempo. El anciano tlatelolca y su nieta durmieron entre nosotros.

Me desperté antes del amanecer, primero que los demás, y salí en silencio de la

casa. No había nadie en la calle, ni cadáveres, y me sorprendió ver que las paredes estaban todas encaladas y brillantes y que los techos estaban intactos. Aquí no había habido batalla. Por todos lados crecían plantas y yerbas verdes: eran la piel de nuestro Señor Xipe. La neblina cubría el cielo y tapaba la punta del cerro que se veía al final de la calle.

Corrí hacia allá y trepé el monte sin detenerme. Cuando llegué a la punta, el sol había salido y la neblina comenzaba a disiparse. Durante breves instantes me imaginé que cuando la niebla se fuera del todo podría ver de nuevo a México, y a mi barrio Yopico, con sus templos de colores, sus canales azules y sus ahuehuetes verdes y me trepé al altar para admirarlo todo mejor.

Pero cuando la ciudad apareció finalmente, a lo lejos, pude ver sólo edificios quemados, casas rotas y montones de piedras. En Tlatelolco se veía el humo de varias hogueras gigantescas. Seguramente estaban ya quemando los cuerpos de los muertos.

Sentí entonces mucha tristeza, hijos míos, tanta que parecía que mi corazón podía detenerse en cualquier momento. Recordé al gran sacerdote, a mi hermano, a todos los compañeros del calmécac que habían muerto. Me senté en el altar y lloré por mucho tiempo, con los ojos cerrados.

Cuando los volví a abrir, el sol había subido más y empezaba a quemar. Levanté la vista hacia él y saludé a Cuahuitlícac, que estaba allá arriba. Pensé que seguramente él descansaba de todos sus esfuerzos y nos contemplaba con alivio al ver que habíamos huido sanos y salvos. Ahora el agua del lago brillaba como el espejo del viejo español. Había barcas por doquier y avanzaban con lentitud como si fuesen hormigas. Tanto resplandecían las ciudades de la ribera que parecían hechas de sal. Los cerros estaban verdes como chalchihuites. Los recorrí con la vista: el de Chapultepec, al poniente; la sierra de Tepeyac, al norte; el cerro Tláloc, al oriente, del otro lado del lago; los dos inmensos montes nevados, el hombre y la mujer, allá por Chalco; los montes del sur, cubiertos de árboles. Todos empezaban a cubrirse de nubes. Estaban ya donándonos su sangre, la lluvia que caería sobre nosotros esa tarde.

Del pueblo subían ruidos de personas: gritos de niños que jugaban y gritos de vendedores en el mercado. Entonces sentí hambre y pensé que quizá las mujeres de la casa habían ya preparado tortillas y frijoles.

Antes de bajar del altar miré al piso y descubrí una lagartija que tomaba el sol a mi lado. Me quedé quieto para no asustarla y la saludé. Ya no tenía que comerla. Los dos estábamos vivos, aún caminábamos sobre la tierra, bajo el sol, y estábamos en nuestra casa, en el lago, entre las montañas. Habíamos sobrevivido.

XIV. De cómo volvimos a nuestro barrio y de cómo fue la vida bajo los españoles

NO estuvimos mucho tiempo en Culhuacán. A los pocos días, nuestro rey Cuauhtémoc, que ahora era prisionero del capitán Cortés y obedecía sus órdenes, llamó a todos los mexicas que estaban repartidos en las riberas del lago para que regresáramos a nuestra ciudad. Y nosotros volvimos desde los cuatro rumbos a donde habíamos huido y nos establecimos de nuevo donde habían estado nuestras casas y nuestros barrios, entre las ruinas.

Recogimos los escombros y construimos techos para protegernos de la lluvia y del frío. No eran casas como las que habíamos tenido antes de la guerra, pero al menos ya no vivíamos en la calle. Cuando volvimos a encontrarnos con la gente de nuestro barrio fue una lástima ver cuántos jóvenes faltaban, cuántas mujeres, niños y viejos habían muerto por el hambre y las enfermedades. El patio del calmécac se veía tan triste y vacío que ya nadie quería reunirse en él.

Entonces los nuevos triunfadores decidieron que querían vivir en el corazón de nuestra ciudad, donde antes vivían los gobernantes mexicas. El capitán Cortés nos mandó que termináramos de derruir el gran templo y los palacios de nuestros emperadores que estaban a su alrededor. Sobre sus ruinas construimos nuevas casas para los españoles. Nunca más se habría de elevar el templo de nuestro dios Huitzilopochtli: quedó enterrado bajo una capilla para el dios español, que erigimos en su lugar y con sus mismas piedras.

Fue un invierno muy duro, hijos míos. Estábamos de regreso en nuestra casa pero no teníamos alimentos. El año de la guerra ningún mexica se acordó de plantar la tierra y después de nuestra derrota, cuando vino la cosecha y los otros pueblos llenaron sus trojes de maíz y frijoles, nos apercibimos de que no teníamos nada para nosotros pues ya nadie nos pagaba tributos y nadie estaba obligado a darnos alimentos.

Todos esos meses trabajamos sin cesar para los españoles. Recogíamos escombros y cascote, tirábamos los pocos muros que quedaban en pie,

tallábamos piedras para las nuevas casas y cargábamos vigas de madera para los techos. Los jóvenes de Yopico y de todos los demás barrios empezábamos a trabajar al amanecer y al final del día, si habíamos cumplido nuestra tarea y habíamos hecho todo lo que los capataces nos ordenaban, recibíamos tres o cuatro tortillas frías con un poco de sal y chile. Ahí mismo devoraba una de las tortillas, para no desmayarme de hambre y cansancio, y guardaba las demás para mi familia. Mi madre y mi cuñada me esperaban ansiosas; todo el día habían soñado con la comida que les traería. Otras veces, cuando los capataces no quedaban satisfechos con nuestro trabajo, nos daban apenas una o dos tortillas. Entonces yo no comía y lo guardaba todo para mi cuñada, pues ella tenía que amamantar a su hijo y no podía quedarse sin comida.

Mi padre se mantenía también muy ocupado y salía de viaje durante muchos días. Los españoles querían cobrar ahora los tributos que los mexicas solían cobrar a los pueblos conquistados. Por eso ordenaron a los calpixque del palacio del rey que los llevaran de pueblo en pueblo y les dijeran qué cosas pagaba cada uno: si era maíz, o cacao, plumas o mantas, obsidiana o chalchihuites, algodón o ixtle, pulque o aguamiel; pero, sobre todo, buscaban oro. Ahora todas esas riquezas que habían sido de los mexicas eran para ellos, nuestros vencedores. Mi padre recibía apenas una taza de chocolate o un pedazo de mole de guajolote que le regalaban sus antiguos conocidos en los pueblos, porque recordaban que siempre había sido un hombre justo. Otros le regalaban unas cuantas plumas o un pequeño chalchihuite roto. Cuando llegaba a México, corría al mercado y los cambiaba por algo de comer. Pero no alcanzaba para mucho: los ribereños que venían a vender su maíz, sus calabazas o sus guajolotes a nuestra ciudad sabían bien que los mexicas moríamos de hambre y por eso cobraban muy caro todo. Con suerte, mi padre conseguía suficiente comida para dos o tres días.

Algunas noches, cuando ya todo mundo se había dormido, me escapaba de mi casa y corría hasta el viejo calmécac, donde había estado el templo de nuestro Señor Xipe. Ahí prendía fuego en un pequeño brasero y me sacaba sangre con una espina de coral, roja y brillante, que había encontrado entre los escombros. Después quemaba mi sangre y llamaba a nuestro Señor Xipe y a los dioses de la lluvia para rogarles que no nos olvidaran y que volvieran a darnos alimentos.

Cuando amanecía, desde lo alto del templo observaba por dónde aparecía el sol y veía que se acercaba cada vez más al cerro que marcaba el tiempo de hacer la

fiesta de nuestro Señor Xipe. Mientras más calurosos se hacían los días y más se acercaba la fecha, iba más a menudo al templo a ofrecer mi sangre. Ya no me importaban el cansancio ni el hambre. Durante el día, cuando cargaba piedras, sólo recordaba lo que el gran sacerdote nos había dicho antes de morir y trataba de pensar qué era lo que podíamos hacer para volver a ganar el favor de nuestro dios.

No descansaba, hijos míos, porque sentía mucho temor. Nuestros dioses nos habían abandonado porque nosotros los habíamos olvidado: los habíamos dejado de lado para hacer la guerra. Ahora teníamos que ganar su perdón, pues de otra suerte nuestro maíz no crecería y moriríamos de hambre. Los demás pueblos tenían de comer porque no habían olvidado a sus dioses, pero ellos no nos ayudarían en nada. Disfrutarían viéndonos morir de hambre, viendo nuestras milpas secas y yermas, oyendo los llantos de los niños hambrientos y los lamentos de los ancianos.

Por fortuna, no era el único que pensaba en eso. Poco a poco, el antiguo templo empezó a ser visitado por gente que también venía a dar su sangre. Todos me veían con admiración cuando se enteraban de que yo había sido el primero en ir a hacer penitencia por las noches.

Así fue como entre todos organizamos la fiesta de nuestro Señor Xipe, para recibir el nuevo año y preparar la tierra para cambiar de piel y reverdecer. Pero ese año, por primera vez en mucho tiempo, no teníamos ni un cautivo que sacrificar. ¿Cómo podíamos ayudar a nuestro Señor Xipe a cambiar de piel si no lo vestíamos con la piel de un hombre sacrificado? Nos rompíamos la cabeza para encontrar una solución hasta que un anciano recordó que su abuelo le había contado que hacía muchos años, cuando los mexicas eran pobres y débiles y aún no tenían cautivos que sacrificar, hacían una piel con ramas y hojas de árboles verdes y con ella vestían al hombre que representaba al dios.

Yo mismo me encargué de fabricar la nueva piel de nuestro dios, hijos míos. Un día me escapé al bosque del cerro de Chapultepec y corté ramas de pino y oyamel. En mi casa, con ayuda de mi madre, las junté y las amarré unas con otras hasta completar un traje que me cubría el cuerpo entero. Esa noche, cuando llevé el traje de hojas al templo, todos los hombres se rieron, pues lo había hecho pequeño, para un joven como yo, y no le quedaba a nadie más.

—Bueno, muchacho —me dijo el anciano—. Serás tú quien represente a nuestro

Señor Xipe. Te mereces ese honor.

Cuando llegó el día de la fiesta me puse el traje de hojas y caminé por las calles de Yopico y de los barrios vecinos, rodeado de niños que anunciaban a gritos que ya venía nuestro Señor Xipe. Aún recuerdo el orgullo que sentía. Todos los vecinos me veían con admiración y me regalaban algo: quizá un poco de comida o unas piedrecitas brillantes.

Ese año llovió mucho, hijos míos, y los mexicas hicimos todo lo que debíamos para que crecieran nuestras milpas. Celebramos todas las fiestas de los dioses de la lluvia y de los dioses del maíz, adornamos nuestros campos con figuras hechas de olote y con flores, visitamos los altares en las puntas de los cerros. Sin embargo, no era igual. Ahora teníamos que hacer nuestras fiestas a escondidas, para que no nos descubrieran los españoles y nos castigaran, pues ellos habían prohibido que habláramos con nuestros antiguos dioses. Además, ya no podíamos dar la sangre y los corazones de los cautivos, y nuestras ofrendas no eran tan ricas ni tan vistosas. Sin embargo, no dejamos de ofrendar nuestra propia sangre ni de regalar algo a los dioses, nuestros señores.

Por ello, nuestros esfuerzos dieron frutos cuando llegó la cosecha. Llenamos nuestras trojes y aún tuvimos maíz de sobra para poder vender en el mercado. Ya no pasaríamos hambre: habíamos vuelto a ganar el favor de los dioses. Podíamos seguir viviendo.

Pero nada volvió a ser como antes, hijos míos. Las cosas cambiaban continuamente en nuestra ciudad pues con los años llegaban más y más españoles a México.

Los comerciantes establecieron sus tiendas en el centro de la ciudad. Me embelesaba al pasar frente a ellas y admirar las cosas que vendían: telas de muy diversos materiales y colores, rojas, doradas, azules, blancas; cacharros y platos blancos como la sal, pintados con paisajes desconocidos; objetos de metal brillante, como cuchillos, candelabros, cajas; muebles de formas muy complicadas hechos de madera tallada; libros llenos de manchas oscuras, como el que yo tenía guardado en la casa.

Los nuevos gobernantes españoles nos daban órdenes y nos cobraban nuevos tributos. También le dieron un nuevo nombre a nuestra ciudad, San Juan

Tenochtitlan, y nos mandaron construir una iglesia para nuestro nuevo dios, el mancebo San Juan Bautista. Tlatelolco se llamó Santiago Tlatelolco y sus habitantes erigieron un templo al apóstol Santiago.

Eran tantas las cosas que nos pedían los nuevos gobernantes que apenas teníamos tiempo para obedecerlos. De tanto oír las órdenes de los capataces y los cobradores de impuestos empecé a comprender la lengua de los españoles. Después, hablaba con los comerciantes y les preguntaba cómo se decía esta cosa o la otra, cómo se pedía un favor, cómo se saludaba a un conocido.

Cuando los principales del barrio vieron que hablaba la lengua de Castilla, me encargaron que fuera su traductor y mensajero. Un día me tocaba ir a las tiendas españolas a comprar grandes cirios blancos para ofrendarlos a un dios; otro día tenía que acompañar al mayordomo del barrio al palacio de gobierno para resolver sus asuntos; a veces, traducía las órdenes de los capataces que organizaban la construcción de una nueva calzada o de una iglesia.

En esos años llegaron también a México hombres muy diferentes, los sacerdotes que servían al dios de los españoles. Eran hombres santos como nuestros sacerdotes. Se vestían con ropas modestas, andaban descalzos, ayunaban y no se acercaban a las mujeres. Pero estos hombres querían que nosotros olvidáramos a nuestros antiguos dioses y que sólo adoráramos a los suyos. Fueron de barrio en barrio destruyendo las imágenes de nuestros dioses y poniendo en su lugar imágenes de los suyos.

En Yopico llamaron a todos a una reunión en el patio del antiguo calmécac. Ahí nos preguntaron qué cosas podía hacer nuestro Señor Xipe. Los viejos respondieron que era el dios de las bendiciones porque cambiaba de piel cada año. Traduje sus palabras y después conté que hacíamos una fiesta en su honor cada primavera y que entonces alguno de nosotros se ponía una piel hecha de hojas y ramas verdes, para que así nuestro dios y la tierra cambiaran de piel y reverdecieran. Los sacerdotes sonrieron y nos dijeron que esa fiesta era muy parecida a Pentecostés, que también es en la primavera, y que se celebra en honor del Espíritu Santo. Por eso ahora nuestro señor y protector sería el Espíritu Santo. Después nos dieron una imagen de ese dios, con forma de paloma, para que la colocáramos en el lugar en que teníamos a nuestro viejo Señor Xipe.

Esa misma noche los hombres de Yopico nos juntamos de nuevo en el patio para discutir qué haríamos. Prendimos un brasero con copal en el centro, como se

suele hacer en reuniones importantes, y bebimos pulque porque ya no teníamos chocolate. Hablaron primero los ancianos y dijeron que no estaban de acuerdo con ese cambio, pues los hombres de Yopico siempre habíamos adorado a Xipe y no podíamos abandonarlo ahora. Si lo hacíamos seguramente nos castigaría y su ira sería tal que podría matar a nuestras plantas de maíz o hacernos enfermar a todos.

Pero los principales respondieron que teníamos que obedecer a los españoles y adorar a sus dioses; de lo contrario nos castigarían, y quizá nos matarían si seguíamos haciendo ofrendas a Xipe. Los grandes discutieron y discutieron toda la noche sin encontrar una solución, hasta que yo me atreví a dar mi opinión:

—Los sacerdotes españoles nos han contado hoy mismo que en honor de su Espíritu Santo ellos hacen la misma fiesta que nosotros hacemos en honor de nuestro Señor Xipe. Nos han dicho que ese Espíritu Santo es el dios encargado de traer las bendiciones a esta tierra. Eso quiere decir que el dios de los españoles y el nuestro son el mismo. Yo creo que si aceptamos a su Espíritu Santo en realidad seguiremos adorando a nuestro Señor Xipe; simplemente le cambiaremos de nombre.

Después de que hablé ya nadie agregó nada y todos aceptamos al nuevo dios. Si tenía razón, podríamos mantener contentos a nuestro dios y a nuestros nuevos gobernantes, todo al mismo tiempo. Así, todo seguiría siendo como antes y Yopico seguiría bajo la protección de Xipe aunque ahora tuviera un nombre nuevo.

Al poco tiempo, los sacerdotes abrieron una escuela para enseñar a los jóvenes mexicas todo lo que debíamos hacer en honor de nuestros nuevos dioses. Era como el calmécac, y los principales de Yopico me enviaron a ella porque ya hablaba castellano. En esa escuela aprendí bien la historia de Dios y de su hijo Jesucristo, aunque ya la conocía del libro del viejo español, y también aprendí a leer la escritura de los españoles y a contar con sus números. Pasado de un año, cuando conocía bien la nueva religión, los sacerdotes me bautizaron y me llamaron Francisco.

Cada vez que iba de visita a mi casa, lo primero que hacía era sacar mi libro de su escondite. En él leí la historia de los hebreos, el pueblo elegido de Dios y aprendí acerca de sus sufrimientos a manos de los egipcios, de su viaje a Israel, la tierra que su dios les había prometido, de sus errores y de los castigos que

recibieron y de su nuevo cautiverio en Babilonia. En verdad esa historia era muy similar a la nuestra, hijos míos. Nosotros también sufríamos en Aztlan bajo la tiranía de otro pueblo hasta que nuestro dios nos guió a través del desierto a una nueva tierra que nos había prometido. Ahí prosperamos. Pero ahora, como los hebreos, habíamos sido conquistados por unos invasores y sufríamos de nuevo.

Cuando terminé de leer la Biblia, fui a visitar el barrio de los españoles y compré a escondidas, a un viejo conocido, un libro que narraba las hazañas de un gran guerrero llamado Amadís. Lo leí en unos días y lo cambié por otro, que narraba la historia de los romanos, un pueblo muy poderoso, como los mexicas, que gobernó el mundo hace muchos siglos y que luego fue derrotado por unos conquistadores. Así, de libro en libro, fui aprendiendo lo más que podía del mundo de los españoles. Pero cada cosa nueva que leía, hijos míos, me hacía recordar las cosas que ya conocía de nuestro mundo y me hacía entenderlas mejor.

Así pasaron los años, y con cada uno llegó alguna novedad. Yo esperaba con ansias esas cosas nuevas y me esforzaba por conocerlas y comprenderlas más y mejor. Pero para otros era difícil entender tantas novedades. Mi padre se quejaba de todo y añoraba los años anteriores a la llegada de los españoles, cuando el mundo era conocido y los mexicas estábamos en su centro. Desde nuestra derrota mi padre había envejecido mucho: cada año que pasaba era como si se hiciera diez años más viejo.

Solía sentarse en un rincón de la calle, bajo la sombra de un gran ahuehuete, junto a otros hombres como él. Bebían pulque desde la mañana y por la tarde se quedaban dormidos, completamente borrachos. Al día siguiente volvían a embriagarse de la misma manera mientras hablaban de lo que se había ido para no volver.

Cuando los escuchaba evocar las glorias pasadas de los mexicas, sentía nostalgia por las cosas de antes, por el calmécac, por las fiestas en honor de nuestros dioses, por el mercado, por mi hermano Cuahuitlícac, por el gran sacerdote, por las riquezas que se veían en los templos, en los palacios y en las calles. Pero no extrañaba todo igualmente, hijos míos. Cuando los viejos presumían de sus combates, de los cautivos que habían hecho y de los sacrificios que habían presenciado, me sentía contento de que no hubiera más guerras.

Ahora entendía que no era mi destino ser un gran guerrero y me alegraba de no estar obligado a ir a los campos de batalla. Prefería la vida pacífica de la ciudad, me gustaba cuidar de los dioses y leer sobre los otros hombres que hay en nuestro mundo.

Por ello, cuando me alejaba de los borrachos me olvidaba de su nostalgia, y pensaba en todas las cosas nuevas que debía aprender.

Así, yendo y viniendo a los barrios de los españoles con los encargos de los principales, aprendiendo a leer y escribir en la escuela de los sacerdotes, haciendo penitencias en las fiestas de nuestro Señor Xipe, que ahora se llamaba Espíritu Santo, se me fue el tiempo tan rápido que llegué a la edad de casarme.

Mi primera esposa vino de Tlatelolco: era la niña que me ayudó a escapar de la ciudad en la noche en que terminó la guerra. De vez en cuando yo la iba a visitar a su barrio y le llevaba algún regalo y así nos hicimos novios. Para la boda organizamos un festejo en mi casa y otro en la suya. Mis nuevos parientes me miraban con desconfianza, pero a mí no me importaba. El abuelo de mi esposa y mi padre prohibieron que se hablara de la guerra y de la derrota de México, y ya no hubo motivo de pelea. Bebimos y comimos juntos hasta el amanecer. Mi padre y los viejos de Tlatelolco se embriagaron en un rincón, brindando por los reyes muertos.

Con mi esposa tuve dos hijos y dos hijas. Como todos lo hacían, los bauticé con nombres españoles: Francisco, Pedro, María de la Concepción y María de los Ángeles. Fueron años prósperos. Construí una nueva casa en un solar con un patio grande y mis padres, mi cuñada y mi sobrino Santiago, el hijo de Cuahuitlícac, se mudaron con nosotros. Había suficiente comida para todos. Era un lugar hermoso, lleno de vida y de juegos.

Cuando me casé, me convertí en uno de los principales del barrio. Mi labor era organizar las fiestas para los dioses y cobrar los impuestos de cada familia para las ofrendas y los adornos en el templo. También me hice cargo de construir la nueva iglesia de Yopico. Yo mismo le pedí a un fraile sabio y generoso que diseñara el edificio y más tarde conseguí la piedra en las canteras de Oxtopulco, la madera en Tacubaya, y organicé a los trabajadores de todo el barrio. Entre todos levantamos la casa del Espíritu Santo en menos de dos años.

Mientras cumplía con estas labores pensaba siempre en el gran sacerdote y en las palabras que nos había dicho antes de morir. De los jóvenes que lo escuchamos éramos pocos los que habíamos sobrevivido. Muchos habían muerto con el cocoliztli y los demás cayeron como flores en la guerra. Pero ahora habíamos logrado cumplir su voluntad. Pese a que nuestro dios había cambiado de nombre, seguía trayéndonos la lluvia y los alimentos y nosotros no dejábamos de hacerle ofrendas para pagar sus dones.

En esos años, hijos míos, yo era joven y fuerte y creía que la vida únicamente podía mejorar: nuestro barrio prosperaba y el templo estaba siempre lleno de flores; mis hijos crecían sanos y ganaban fuerza. Así, pensaba que los sufrimientos habían pasado y que sólo vivirían en nuestros recuerdos.

Pero entonces volvieron las enfermedades. Nos atacaron de nuevo por sorpresa y mataron a tantos que parecía que la guerra asolaba nuestra ciudad. Fueron peores que el cocoliztli: por todo Yopico se escuchaban los lamentos de aquellos que habían quedado viudos o huérfanos.

Mi querida esposa y tres de mis hijos murieron en un solo día. Les dimos sepultura en el patio de la iglesia entre las tumbas nuevas de todos los que habían muerto como ellos. Cuando regresé a mi casa, me tiré sobre un petate, cerré los ojos y le pedí a los dioses que me llevaran a mí también pues no podía soportar ver nuevamente tanta muerte.

El barrio se veía tan solitario y tan triste que nadie se atrevía a hablar con sus amigos o sus vecinos. El templo estaba vacío porque ya nadie confiaba en el Espíritu Santo. De nada nos había valido su protección. Otros pensaban que nuestros antiguos dioses nos habían castigado por abandonarlos. Por eso se reunían en las noches, dentro de sus casas, y se sacaban sangre en honor de Tláloc y Xipe y Huitzilopochtli. Yo no sabía qué creer, hijos míos, y a qué dios culpar por la muerte de mi familia. Dejé de ir al templo y de cuidar las ofrendas. Pasaba los días en el patio de mi casa, tomando el sol como una lagartija.

Poco después mi padre también cayó enfermo. En un día se apagó su vida. Cuando me llamó para despedirse, lo encontré tirado en el piso, pálido y débil.

—No llores por mí, Cuetzpalómitl, hijo precioso —me susurró al oído—. Estoy contento de irme al reino de los muertos. Ya no tenía nada que hacer aquí sobre

la tierra, nomás me quedaba beber pulque. Yo nací en un mundo diferente y ese mundo ha muerto, por eso ahora es momento de que yo muera también. Espero encontrarme pronto con tu hermano Cuahuitlícac. Él tampoco hubiera vivido contento en el nuevo mundo de los españoles.

Cerró los ojos y descansó unos instantes. Después me tomó la mano.

—Hay hombres que encuentran la muerte en el campo de batalla, por eso todos los admiran y los recuerdan. Otros morimos lentamente en silencio y todos nos tienen lástima. Tú eres diferente, Cuetzpalómitl. Ahora te llamas Francisco y te gusta tu nuevo nombre. Te vistes como español y hablas con los extraños en su lengua. Soportas el dolor y sabes ganar fuerzas del sufrimiento. Siempre sobrevives porque te gustan los cambios. Así naciste y así morirás, siempre serás lagartija. Me da gusto por ti, y admiro tu fuerza.

”Yo sé que ahora sufres porque has perdido a tu esposa y a tres de tus hijos. ¿Crees que yo no siento también la muerte de ellos? ¿Crees que no echo de menos los gritos de mis nietos en el patio? Es tanto mi dolor que prefiero morir a seguir recordando sus rostros y sus voces.

”Pero tú vas a reponerte, hijo mío, tú vas a sobrevivir. Tienes a tu hijo mayor, Francisco. Pronto encontrarás una nueva mujer y tendrás nuevos hijos. Cuídalos y quiérelos como a los primeros. Goza cada día que los tengas a tu lado, porque cada día de felicidad es un regalo de los dioses.

”Pero no olvides nunca que el sufrimiento jamás termina. No creas que te puedes escapar de él. Cuando pienses que todo va bien, cuando estés próspero y tengas una mujer y estés rodeado de hijos y todos en el barrio te vean con respeto, entonces la calamidad te atacará de nuevo. No olvides que así lo quieren los dioses: ellos nos han mandado aquí a sufrir.

”Sé que me veías con desprecio cuando bebía. Sé que nunca entendiste por qué me gustaba embriagarme con pulque hasta que se me entumía la lengua y me quedaba dormido. Pero ahora podrás entenderme. Cuando estoy borracho puedo dejar de pensar y de sufrir. Hay dolores tan fuertes, hijo mío, recuerdos tan amargos, que sólo pueden borrarse con el pulque. Por eso los dioses nos dieron esa bebida, para que pudiéramos resistir tanto sufrimiento.

”Espero que vivas muchos años, Cuetzpalómitl, y que nos recuerdes a mí y a tu hermano Cuahuitlícac, y que les cuentes de nosotros a tus hijos y a tus nietos. A

través de ti viviremos. Llegarás a viejo y todos escucharán tus historias y conocerán nuestro mundo gracias a ti.”

Nunca he olvidado las palabras de mi padre, hijos míos. Los que mueren ven las cosas mejor que los que seguimos vivos, su alma ya está fuera de sus cuerpos y no se engaña con pasiones ni sentimientos. Por eso hay que escucharlos y obedecerlos. Lo que mi padre me dijo ese día fue un bálsamo para mi corazón. Mis heridas se curaron con sus palabras y volví a ganar fuerzas para vivir.

Esa misma tarde murió y después de darle sepultura, bebí pulque hasta caer al piso. No sé cuánto tiempo pasé dormido, pero descansé, me olvidé de mis hijos y de mi mujer, de mi hermano y de mi padre, de todos los muertos que cargaba sobre mis hombros.

Al día siguiente regresé al templo e hice una ofrenda de flores blancas a nuestro dios: ya no me importaba que se llamara Espíritu Santo o Xipe, tampoco me importaba que hubiera dejado morir a mi esposa y a mis hijos. Lo había perdonado porque había entendido que él tampoco podía vencer a la fatalidad. Por más fuerte que sea, un dios también tiene que obedecer las leyes del destino. Y los hombres tenemos que obedecer a los dioses.

Mi padre tenía razón. Pronto me casé de nuevo y tuve dos hijas, María del Carmen y María Teresa. Francisco creció, se casó y me alcanzó a dar un nieto antes de morir en otra de las enfermedades. Mi sobrino Santiago, el hijo de Cuahuitlícac, ha vivido siempre a mi lado y me quiere como si yo fuera su verdadero padre. Mi madre vivió hasta que era la mujer más anciana del barrio y murió una noche mientras dormía, sin el menor sufrimiento.

De vez en cuando vuelvo a beber pulque y me olvido de todo lo que me ha pasado. Siempre que despierto, tirado en el piso bajo el sol, encuentro una lagartija a mi lado, pues ellas no han dejado de acompañarme nunca.

Ahora yo también soy un anciano y sé que pronto iré a reunirme con mi padre y mi madre y mi hermano. Sé que allá me esperan también mis hijos y mi primera mujer y tengo ganas de encontrarlos de nuevo.

Esta es mi historia, hijos míos, y la historia de mi familia y del barrio de Yopico y de los mexicas. Casi todos han muerto ya, sus cuerpos son polvo en el patio de la iglesia o cenizas guardadas en las casas de sus familiares. Sólo yo sigo vivo y he hablado por ellos; pero no es porque sea el más valiente, o el más fuerte, o el más sabio, sino porque soy lagartija y las lagartijas siempre sobreviven.

Ustedes me preguntan si las cosas han cambiado mucho, si la vida antes de los españoles era muy diferente a la de hoy. Sólo les puedo decir que cuando sueño que soy otra vez niño, o cuando cierro los ojos para recordar cómo era nuestra ciudad y cómo eran los edificios y los dioses y las personas antes de que llegaran los extraños, es como si viajara a un mundo diferente, a un mundo tan distante como el cielo o el infierno, un mundo tan inaccesible que ni siquiera los barcos y los caballos de los españoles pueden llevarnos a él.

Yo vengo de ese mundo, hijos míos, pero ahora vivo en éste. He contemplado tanta muerte que el dolor no cabría en ocho mil pechos más fuertes que el mío. Pero lo resisto porque también he visto nacer a muchos hombres y muchas cosas nuevas. He visto templos destruidos y nuevos templos erigidos sobre ellos; he visto reyes muertos y nuevos reyes coronados en su lugar; he visto arder a las viejas figuras de los dioses y he adorado a las nuevas que han tomado su puesto; varias veces me he quedado sin familia y luego la he recuperado.

Mis ojos han visto muchas cosas, hijos míos, y he escuchado y leído de muchas más. Conozco las historias de los grandes pueblos y de sus grandes hazañas; he leído sobre reyes tan poderosos que su solo nombre hacía temblar a los hombres, he sabido de sus triunfos deslumbrantes seguidos de sus derrotas aún más extraordinarias. Lo que sucedió con nosotros, los mexicas, había pasado antes con muchos otros pueblos, y seguirá pasando con los que vendrán. Así lo quiere el destino. Aquí mismo, en el centro de este inmenso valle, se elevarán gigantescas ciudades, pero todas terminarán deshechas entre el polvo y el humo, como terminó la nuestra.

Todo esto lo sé, hijos míos, porque me lo han enseñado otros hombres. Los viejos me han contado sus historias y los libros me han dicho las suyas. Cada generación debe escucharlas y repetirlas a sus hijos, para que los hombres nunca olvidemos que nada en esta tierra dura para siempre, que el destino nos alcanza a todos.

Mas hay otra cosa que he aprendido yo solo y que sigo aprendiendo cada día,

cuando salgo al patio de mi casa y siento el mismo calor del sol que sentía cuando era niño; cuando huelo el aroma de las tortillas recién hechas y pruebo el sabor de los frijoles y el chile, que no han cambiado; cuando escucho a los niños que juegan en el patio y que hacen los mismos ruidos que hacía yo a su edad; cuando veo que a mi alrededor crecen los mismos ahuehuetes y a lo lejos brillan las mismas montañas, y sé que dentro de ellas se guarda la misma agua que nos da de beber y de comer, y que en los campos crece el mismo maíz, que es nuestra carne; en fin, cuando saludo a las lagartijas que siempre me han acompañado. Entonces, hijos míos, pienso que los hombres somos tan débiles y pequeños como las lagartijas, tan frágiles como los retoños de un árbol que se pueden arrancar de cuajo. Pero también pienso que si admiramos el sol que sale cada día, si sentimos la lluvia que viene de las montañas, si cuidamos a las plantas que reverdecen cada año, si damos ofrendas a los dioses que nos alimentan, entonces podremos seguir viviendo sobre la tierra y viéndonos los rostros, aunque a nuestro alrededor se derrumben ciudades e imperios. Y estoy convencido de que a eso es en verdad a lo que hemos venido a este mundo.

Esta historia la terminó de escribir el viejo Francisco Cuetzpalómitl del barrio de Yopico del Espíritu Santo, en la ciudad de San Juan Tenochtitlan, en el mes de septiembre del año del Señor 1573 y la dedica a sus nietos y a las lagartijas.

Glosario

aguamiel: líquido dulce y transparente que se extrae del corazón de los magueyes y que se usa como miel para endulzar o se fermenta para hacer pulque.

agüeros: sucesos extraordinarios o milagrosos que los mexicas creían que servían de señales de que algo importante iba a suceder en el futuro.

ajolote: anfibio de color oscuro parecido a una lagartija. Generalmente no pierde las branquias en estado adulto y conserva rasgos larvarios indefinidamente.

amate: papel hecho con la corteza del árbol del mismo nombre.

atole de chía: bebida dulce y refrescante hecha con semillas de planta de chía.

calmécac: en náhuatl, “casa de linaje”. Era la escuela y templo donde vivían los jóvenes nobles mexicas.

calpixque: en náhuatl, “cuidadores de la casa”. Eran los mayordomos encargados de cuidar los tesoros del rey mexica.

capulines: pequeñas frutas negras del árbol del mismo nombre.

cempasúchil: flores de color amarillo brillante que se utilizaban, y se utilizan hoy, para la fiesta de los muertos.

chalchihuites: piedras de color verde, brillantes, parecidas al jade, que eran muy valoradas por los mexicas y los pueblos vecinos.

chinampas: campos de cultivo que los mexicas y pueblos vecinos construían en las aguas del lago apilando tierra y lodo entre dos filas de árboles hasta crear un jardín artificial.

coatepantli: en náhuatl, "muro de la serpiente". Era un muro alto y fuerte que rodeaba el gran recinto del templo principal de Tenochtitlan.

copal: resina que al quemarse despide un olor agradable.

gallinas de Castilla: las gallinas y los pollos que conocemos hoy, diferentes a las gallinas de los mexicas, que eran los guajolotes.

ixtle: fibra dura y resistente obtenida del maguey y que usaba la gente pobre para hacer sus vestiduras.

jilote: la mazorca tierna de maíz que se come entera.

lanzadardos: instrumento largo de madera que servía para arrojar pequeños dardos o flechas para cazar aves o para la guerra.

macana de obsidiana: espada de madera con filos de cristales de obsidiana que se usaba en las batallas.

maceguales: campesinos, hombres del pueblo.

máxtlatl: mal conocido como taparrabos, era una tela que se enrollaba alrededor de la cintura para cubrir los genitales.

mayordomo: persona encargada de cuidar y administrar las riquezas del palacio del rey de México, o de las iglesias y los barrios después de la llegada de los españoles.

olote: centro de las mazorcas de maíz. Normalmente no se come, pero se utiliza para decoración o como combustible.

portentos: véase agüeros.

pulque: bebida alcohólica suave hecha con aguamiel de maguey fermentado.

Quetzalcóatl: dios de los sacerdotes y del gobierno que, según la mitología

mexica, dio a los hombres el conocimiento del fuego, de las técnicas y de las artes.

rey: los mexicas llamaban tlatoani a su gobernante, que quiere decir "el que habla". Los españoles lo llamaron rey.

tecolote: búho o lechuza.

telpochcalli: en náhuatl, "casa de los muchachos". Escuela donde vivían los jóvenes maceguales del pueblo mexica.

temazcal: baño de vapor, contruido en adobe, en cuyo interior se ponen piedras al fuego, que se rocían con agua y hierbas olorosas.

téotl: en náhuatl, "dios".

Tezcatlipoca: dios del destino, una deidad muy temida y reverenciada por los mexicas y pueblos vecinos.

Tláloc: dios de la lluvia y de la tierra.

tlaloque: ayudantes de Tláloc que vivían en las montañas y cuidaban el agua que se guardaba en ellas, según la mitología mexica.

trojes: graneros donde se guardaba el maíz.

tzitzimime: temibles seres fantásticos que volaban y atacaban a las personas con sus inmensos dientes.

virrey: gobernante español que representaba al rey de España en los territorios conquistados por ese país.

Ilustración: Iñaki Garrido

SM de Ediciones

Magdalena 211, Colonia del Valle,

03100, México, D. F.

Tel.: (55) 1087 8400

www.ediciones-sm.com.mx

ISBN: 978-607-24-0051-1